

JUSTO NAVARRO

---

*Petit Paris*

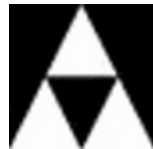


---

ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

# PETIT PARIS

JUSTO NAVARRO



**ANAGRAMA**

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© Justo Navarro, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4002-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

They have found that the fountain of youth Is a mixture of gin and  
vermouth.<sup>1</sup>

COLE PORTER, *Paris*, musical, 1928

Si l'on est deux, il y a un traître. Pourquoi croyez-vous que j'ai choisi  
la solitude? (*Rires*)... Le commerce avec les hommes est très  
dangereux.<sup>2</sup>

JEAN-PIERRE MELVILLE a Rui Nogueira,  
en *Le cinéma selon Jean-Pierre Melville*

We few, we happy few, we band of brothers.<sup>3</sup>

SHAKESPEARE, *Henry V*, IV, 3

# I. GRANADA-PARÍS

## 1

Cuando el lunes 22 de marzo de 1943 el comisario Polo llegó a París, el hombre al que buscaba llevaba muerto siete días. Lo encontraron deshecho, arrollado por un tren en la gare d'Austerlitz, en las vías que van al sudoeste de Francia, hacia la frontera con España, y no era ya el individuo de la foto que enseñaba Polo: había cambiado de nombre y de nacionalidad.

No era el primer viaje de Polo a París. Hubo un primer viaje que duró siete meses, empezó apenas sin maletas y acabó en un sanatorio. El 13 de septiembre de 1940 había salido de Madrid en un tren especial: el ministro de la Gobernación y su séquito iban a Berlín a ver a Hitler.

Polo no formaba parte de lo que el ministro llamó personal decorativo del convoy. Acompañaba al general jefe de la policía, y el general le pidió en Hendaya, por sorpresa, que se quedara en París. La estación de Hendaya era impresionante: esvásticas, los soldados de la Ehrenkompanie que rindió honores al ministro, voces de mando en alemán y música mientras la ciudad en silencio cerraba las ventanas. Polo recibió la petición del general jefe como una orden. No iría a Berlín. No vería el autómata eléctrico del Reichssicherheitshauptamt, el organismo central de la seguridad del Reich: la máquina de Best-Mehlhorn, un fichero con 500.000 expedientes sobre individuos interesantes desde un punto de vista policial. Electricidad, velocidad y precisión: el operador dispone del dato requerido con solo pulsar una tecla.

El instinto tecnológico de Polo era notorio. Pero, con estudios en ingeniería de telecomunicaciones, se quedaría por el momento sin verificar empíricamente la potencia real de la máquina de información alemana.

Como si hubiera activado el fichero del Reichssicherheitshauptamt, el general examinó el expediente funcional del comisario. Polo tenía más de sesenta años. Se acercaba a la cumbre de su carrera al servicio de la Seguridad del Estado: la jubilación. No estaba a mitad del camino de la vida, sino, como máximo, a mitad del final. En 1936 había guiado en Granada a un enviado especial del Caudillo Generalísimo. La misión cumplida en 1936 seguía siendo secreta, y ese aspecto enigmático añadía intensidad al halo de prestigio que iluminaba al comisario. Con algo de monstruoso (medía dos metros), Polo daba la impresión de amparar a quienes estuvieran con él. Era todo ojos para abarcar el mundo visible e invisible, todo oídos para percibir sus voces, o esa sensación producía. Die Beichtväter-Feinheit, la sutileza de los padres confesores, fue la cualidad que le atribuyó en París el Standartenführer de las SS.

¿Qué misión lo esperaba en la Francia germanizada? De septiembre de 1940 hasta abril de 1941, cuando casi murió de pulmonía, se dedicó a captar soplones, canarios que cantaran como radios, republicanos españoles en fuga, desesperados, acosados por la policía española, la policía francesa y la Gestapo, amenazados incluso por sus viejos camaradas. Buscaba a antiguos burócratas de la Dirección General de Seguridad de la República derrocada, hombres de Estado deseosos de volver a servir al Estado, aunque fuera el Estado del Orden Nuevo, a las órdenes del Caudillo Generalísimo: lo Stato totalitario, lo Stato per eccellenza, il vero Stato, der totale Staat! El italogermanismo estaba de moda.

En el otoño-invierno de 1940 Polo se equipaba de colaboradores en Francia como un miope astigmático y sordo que necesita unas gafas para ver mejor y un audífono para afinar el oído. Empezó a oír voces: fugitivos rojos compraban salvoconductos y pasaportes falsos, visados falsos expedidos en negociados franceses auténticos y verdaderas embajadas centroamericanas y sudamericanas, pasajes en barcos que esperaban en Marsella para pasar a los huidos al otro lado del Atlántico. Vio dinero, joyas, obras de arte en el fondo de las maletas: París era aún más impresionante que la estación de Hendaya.

## 2

Y al cabo de poco más de dos años, el 22 de marzo de 1943, por la tarde, cansado como si llevara tres días en una ciudad turística, Polo se vio otra vez en París, en un salón demasiado lleno de cosas: floreros sin flores, mobiliario variado, una escafandra, columnas de libros encuadernados en piel, alfombras enrolladas, una armadura, una pantalla de rayos X, doce cajas de botellas de vino, lámparas y estatuas, una vitrina con instrumental médico, cuadros de tres siglos en el suelo y en las paredes; un tesoro, el caos provisional de una mudanza. Hasta en la chimenea había de todo menos fuego. Funcionaba la calefacción. Aquel desorden opulento armonizaba con el excelente traje del inquilino de la casa y le hablaba a Polo de cómo le había ido en París a uno de sus más eficaces colaboradores de 1940 y 1941.

Al abogado Luciano Bernard, antiguo funcionario de la República, su permanente espíritu de servicio lo había llevado en el Orden Nuevo a cooperar con el Consulado General de España en París y, por pura pasión profesional, con la Sûreté, con la Gestapo y con la SiPo. Pero el 22 de marzo de 1943 Bernard estaba triste. El comisario Polo había ido a París a enseñarle unas fotos de su malogrado amigo y socio Matthias Bohle. Bernard y Bohle habían compartido aquel apartamento de seiscientos metros cuadrados en el que cabían todos los tesoros del mundo, y ahora Bohle estaba muerto, un imprevisto absurdo, un tren, al que se había tirado sin ningún motivo un lunes.

A Bohle, según Bernard, todo le iba bien cuando se mató.

Hacía mucho frío en el Hôtel Sport de Grisolles, a treinta kilómetros de Toulouse, el día de noviembre de 1940 en que Polo conoció al abogado Luciano Bernard, un hombre que había sido fuerte y volvería a serlo, se le notaba en el porte, aunque en ese momento tiritara de fiebre y la nariz le goteara como las ramas heladas de los árboles. El comisario invitó a coñac. Y, antes de que Polo le pidiera u ofreciera nada, exigió Bernard, tosiendo, como delirando: quería irse de Grisolles, quería una casa en Toulouse y un salvoconducto para moverse por la zona libre. El dinero, en principio, era secundario. ¿Necesitaba Polo un informante? Nadie va a informar ni a enterarse de mucho recluido en Grisolles, dijo Bernard. Bajo el miedo a ser

detenido a la hora menos pensada o a morirse de un enfriamiento, el abogado conservaba una indestructible capacidad de mando y decisión.

Polo no le buscó casa en Toulouse. Se lo llevó a París, donde quedaban algunos refugiados importantes con papeles falsos, y Bernard no escogió mal a sus amigos. Si vestía en Grisolles un traje que empezaba a gastarse y a tomar un tono metálico de mosca de carnicería, en París lo cambió por ropa nueva. Las apariencias son lo único que en principio ofrecemos, pensó, y pronto le cortaba los trajes un sastre de lujo. El traje que llevaba el 22 de marzo de 1943 no podía ser mejor, pero no le caía bien. Es el esqueleto, no el sastre, pensó Polo. Bernard tenía un esqueleto grande, impertinente, incómodo.

Había mejorado con la edad: era dos años más viejo que la última vez que lo había visto Polo, y parecía más joven. Le iba bien. Le sobraba el dinero, por el momento. Tenía propiedades que defender, lo decía el portalón de la casa de tres plantas en la que ocupaba uno de los dos apartamentos del primer piso, vivienda con tres salidas y vistas a la rue du Bac y al patio interior, pasada la rue de Babylone, buen sitio. Pero Bernard seguía estando molesto, como el día que conoció a Polo en el Hôtel Sport, como si hubiera aprendido a vivir en una silla incómoda, torcido y mal encajado en un traje espléndido. No era muy expresivo. Tenía cara de saltamontes, amplias entradas y pelo aplastado hacía atrás con brillantina y fijador.

En noviembre de 1940, en Grisolles, cuando Bernard era el animal que huye de la jauría, Polo le ofreció la oportunidad de metamorfosearse en ave canora, prolongación del cazador, y Bernard convirtió en negocio la necesidad de huir de la policía de tres países: Polo cazaba con reclamo, necesitaba un pájaro que cantara y atrajera a otros de su especie. Bernard cantó. Conocía el juego policiaco. Se ofrecía a sus antiguos correligionarios para prepararles la fuga a América, documentos a cambio de dinero, y a cambio de dinero informaba a la policía española y a la Gestapo, si la policía española y la Gestapo no eran en París la misma cosa.

Era una historia feliz y fácil de imaginar, de noviembre de 1941 a marzo de 1943, en la que Luciano Bernard se había transformado en Bernie. Lo que no sabía Polo era qué grado de intimidad lo había unido al hombre con quien compartió el apartamento de la rue du Bac, el muerto de la gare d'Austerlitz.



### 3

Si en Granada, una remota ciudad en el sur del hemisferio norte, a aquel individuo le habían llamado Paolo, o Corpi, o el Italiano, en el Petit Paris policial en el que se había movido antes de tirarse al tren lo conocían por Matti, solo Matti, y ni siquiera procedía de Italia, sino de Suiza. Era de Schwyz, y en ese dato coincidían él y su pasaporte, que lo identificaba como Matthias Bohle. Polo ya se había informado.

De la mesa donde apoyaban las manos y los vasos de whisky («Nos lo traen de Lisboa», dijo Bernard) desbordaban papeles prisioneros de tres pisapapeles de cristal con forma de hexaedro y, aunque olía a tabaco en la habitación, de dos ceniceros limpios capaces de fracturar un cráneo. Rodaban entre tanto papel dos habanos en tubos de cristal, llegados de Lisboa como el whisky, y una o dos navajas de relojero propaganda de la marca Moeris (no se sabía si eran dos navajas o una sola que se movía y aparecía cada vez en un sitio distinto y por una cara diferente: Montres Moeris, decía en una cara; Watches Moeris, en la otra), un cuaderno con las tapas de piel verde, un lápiz de metal con manchas de óxido, dos teléfonos, un huevo de piedra, una guía telefónica, una lupa, un abrecartas, un podenco de bronce y una figurilla alada que sostenía un avión, más los periódicos del día, *Paris-Soir*, *Le Petit Parisien*, *Pariser Zeitung*, *Le Matin*, en lo esencial las mismas noticias que se leían en Granada, en *Patria* o en *Ideal*, firmadas por el mismo periodista internacional y único del momento, el Gran Cuartel General del Führer, emitiendo las últimas noticias del frente ruso y el frente africano, con la colaboración del Gran Cuartel General de las Fuerzas Armadas de Italia. En aquella mesa parecía caber cualquier cosa que se le echara encima: nada se movió cuando Bernard añadió al maremágnun las tres fotos que acababa de enseñarle el comisario Polo.

Olía a gato, pero no había ningún gato, o no se veía. Según Polo, las imágenes habían sido tomadas el domingo 24 de enero de 1943, en la Sala Wagram, durante los prolegómenos de un combate de boxeo, el campeonato de Francia de los pesos pesados. La cámara había enfocado a un grupo escogido de público, una alegre hermandad de gigantes, púgiles, guardaespaldas, policías, gestapistas o gánsters o las dos cosas, el orden sagrado de los pistoleros, dientes invictos, eufóricos y risueños, alguna nariz

y alguna boca que parecían vistas a través de un cristal imaginario contra el que se aplastaban. Eran hombres muy tapados, con sombrero y sin sombrero, guantes y buenos abrigos cruzados y sin cruzar, para guardar cuatro o más pistolas. Polo señaló al guapo de la banda, un hombre rubio, el más bajo sin ser bajo, lo que le daba la autoridad de un niño caprichoso.

—Sí. Es Matti —dijo Bernard.

Tenían la radio puesta a poco volumen, Bernard lo creía necesario y Polo lo atribuyó a una superstición de vigilante vigilado, temeroso de micrófonos espías: el ruido de la radio perturbaría oídos ocultos en algún rincón o detrás de un calefactor, micrófonos. Tocó una pianista, sonaron canciones para el recuerdo. Radio-Paris lanzó un sermón contra los judíos: *Les Juifs contre la France*, dijo el locutor. Sonó la fanfarria introductoria. En el altavoz estallaron dos frases. Le han puesto el nombre al revés al programa, pensó Polo: debería llamarse *La France contre les Juifs*.

La lámpara se volvía más poderosa conforme se iba la luz natural. El comisario no se había quitado el abrigo. El sombrero y los guantes descansaban en una silla, ciegos, sordos y mudos. La armadura, más presente y más pesada cuanto menos visible, parecía toda oídos, toda ojos a través del yelmo vacío: tenía una cerradura a la altura del corazón y el ojo de un enano podía estar en ese momento detrás del ojo de la cerradura. La mano derecha de Polo volvió al interior del abrigo y salió con otra foto: dos individuos se sentaban en la terraza de un café ante dos vasos. Los miraban un camarero y los clientes de las mesas vecinas, y todos disfrutaban con lo que veían: dos señores felices.

—¿Reconoce a este señor? —preguntó Polo, y apoyó el dedo índice de la mano derecha en uno de los dos hombres, alguien que podía ser el propio Polo.

—Si no me equivoco, es usted, señor comisario.

—¿Conoce a la persona que está conmigo?

Bernard no tocó la foto. Solo acercó la cara a la imagen, para ver mejor al acompañante de Polo, un hombre rubio y joven. La barba casi adolescente no lo envejecía. Llevaba el pelo muy corto por los laterales y la nuca, como los pilotos de la Luftwaffe que se veían en Armilla, en el aeródromo de Granada. El nudo de la corbata y el traje primaveral eran perfectos.

—¿Dónde se hizo esta foto? —preguntó Bernard, como si cambiara de

personaje y el antiguo jerarca de la Dirección General de Seguridad de la República reviviera. Polo vaticinó que en un plazo máximo de diez años, si seguía vivo, Bernard ocuparía la subsecretaría general de algún ministerio en Madrid.

—8 de junio, Granada, Corpus Christi, 1939, Año de la Victoria, si lo prefiere.

—Si no me engaño, Matti estaba en Argentina en 1939, en Buenos Aires. Así que, por mucho que se parezca, ese individuo no es Matti, perdón, Matthias Bohle.

—¿Está seguro?

—Era mi socio. Me atrevería a decir que era mi amigo. Compartíamos esta casa.

Había otro problema. Paolo Corpi, cuando Polo dejó de verlo en septiembre de 1940, podía tener veintisiete o veintiocho años, pero en 1943, en la foto del boxeo, parecía ser más joven que en 1940. ¿Corpi no era Bohle? París sentaba bien a sus habitantes ocasionales: el Bernard de 1940 había sido cinco años más viejo que el de 1943. Ahora Bernard hablaba de un tal Matthias Bohle, pero Polo veía en la foto a su amigo traidor, Paolo, Paolo Corpi. ¡En París il bello Corpi se había convertido en il bello Bohle, der schöne Bohle! Y ahora estaba muerto, se había ido como se fue de Granada, de repente, como se va la juventud: un instinto especial lo movía a desaparecer en el momento en que sus socios ponían en él la máxima confianza.

Bernard miró el reloj. Ahora eran más intensas las sombras y más viva la luz de la lámpara sobre las fotos. El ojo mágico-ciclópeo indicador de sintonía de la radio brillaba verde en la habitación cada vez más oscura. Se acercaba la hora del camuflaje de luces, las siete y treinta y cuatro de la tarde: cada día la Kommandantur fijaba una hora distinta con variación de pocos minutos, todo París atento a las órdenes militares y a los bombardeos aéreos. Pronto habría que correr las cortinas, cubrir las ventanas con telas azules a la espera del toque de queda.

—¿Me permite asomarme a la habitación de Bohle? —preguntó Polo después de beberse de un trago el whisky que quedaba en el vaso.

—Ya ha estado la policía —dijo Bernard, y no se movió. Casi no había

tocado su whisky, pero entonces se mojó los labios y aprovechó el gesto de acercarse el vaso a la boca para volver a mirar el reloj.

—Si es tan amable... —Polo se había puesto de pie y se dirigía a la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores, como si conociera la casa y buscara un dormitorio donde echarse un rato. Parecía cansado. Sus movimientos recordaban los de esa gente que ha paseado durante horas por una ciudad mal conocida.

—Como quiera —dijo Bernard.

Encendió la luz. Estaban en un salón que era una réplica del salón donde habían mirado fotos como quien participa en una reunión familiar en torno a una mesa y una lámpara recordando a los desaparecidos y a los difuntos. Y los difuntos, todos los que se habían abrazado, evitado y peleado en aquella casa, se ocultaban ahora entre la multitud de cosas que poblaban las habitaciones.

Era un piso grande en el que todo se duplicaba. En vez de atravesar un pasillo iluminado por tulipas amarillentas, con cuatro cuadros en el suelo y vueltos contra la pared como en un desván o un anticuario, se diría que habían atravesado la luna de un espejo, y dentro del espejo habían encontrado un mundo a primera vista menos anárquico, más limpio, sin papeles encima de una mesa sobre la que reinaba un podenco de bronce entre tres pesados ceniceros, y contra la pared otra radio RCA Victor, pero apagada, y otra vez el mismo pandemónium de mobiliario inútil, el desorden profesional de un guardamuebles o una trapería, el botín de una plaga de desvalijamiento de casas ricas, el tesoro del emperador de la chatarra. Qué desagradables los candelabros de iglesia que no están en la iglesia, pensó Polo. Había cuadros en las paredes y en el suelo, amontonados contra la pared y dentro de la chimenea apagada, y en las paredes la marca de otros cuadros que ya no estaban allí, y el omnipresente olor a gato invisible, y una bombona de oxígeno. El caos provisional de la habitación paralela donde había hablado con Bernard alcanzaba en el segundo salón el nivel del caos definitivo, lo que desmentía que Corpi pudiera ser Bohle. A Corpi le gustaba la gente que acaba lo que empieza, y Bohle se había tirado al tren dejándolo todo manga por hombro.

Pero en cuanto Bernard encendió la lámpara del dormitorio de Bohle, Polo reconoció el carácter funcional y práctico de l'ingegnere Paolo Corpi, un

hombre de negocios al fin y al cabo: buenas maderas, racionalidad rectilínea, tonos marrones y verdes, teléfono a mano, cerca de la cama. ¿No había ni un papel? ¿Ni un tubo de pastillas para el dolor de cabeza? En aquel cuarto el olor a tabaco era más intenso. Alguien había vaciado los cajones de la mesita de noche y del escritorio, sobre el que quedaban dos paquetes empezados de un tabaco marca Raleigh, rubio americano, y un cenicero que imitaba una bañera con una etiqueta roja estampada: Byrrh. Pero el armario conservaba la ropa blanca, las camisas, las cajas de zapatos y sombreros, unas ochenta o noventa corbatas, nueve trajes. La corpulencia invernal de los trajes vacíos del muerto se extendió al dormitorio como un olor.

—¿No tenía abrigo? —preguntó Polo.

Sonó el teléfono en ese instante y Bernard dio dos pasos para descolgarlo. ¿Esperaba una llamada a esa hora exacta?

—C'est Bernie —dijo Bernard al aparato, y ya había colgado sin despedirse cinco segundos después.

A través del auricular taponado por la oreja, Polo creyó oír muy lejanas tres palabras y, si acaso, solo distinguió la mitad. Insistió:

—¿No tenía abrigo?

—Lo llevaba puesto cuando murió —dijo Bernard.

Las etiquetas de seis de los trajes pertenecían a un sastre de Buenos Aires, a un sastre de Zúrich y a un sastre de París, de la rue Marbeuf, que había hecho cuatro ternos completos, chaqueta, chaleco y pantalón. A los otros tres trajes les habían descosido las etiquetas. Polo hundió el brazo en un estante que parecía vacío y sacó la caja de una pistola. No había que abrirla para saber que estaba vacía.

—Buena tela y buen corte —dijo Polo—. ¿Y la Walther?

—Matti la llevaba encima. La tiene el juez. La he reclamado.

—¿Siempre llevaba la pistola?

—Hay guerra, ¿no?

—¿No tenía más armas?

—No que yo sepa.

—¿Y el gato?

—Se lo llevó Nicole hace dos días.

—¿Nicole?

—Nicole Dermitt, la novia de Matti. ¿Me permite una curiosidad, señor comisario? ¿A quién está buscando?

—A uno que no se llevó un gato. Se llevó cuatro kilos de oro. Y una pistola que era mía, una Ruby, no valía mucho. Estoy en el Hôtel Barbicane para lo que usted necesite. Ah, antes de que me diga dónde he dejado mi sombrero, ¿sería posible ver las navajas de afeitar del señor Bohle?

## 4

Las fotos de Matthias Bohle en el boxeo habían sido reveladas en la remota Granada, a unos 1.700 kilómetros de la rue du Bac, y procedían de un documental fabricado en Berlín.

## 5

Dieciséis días antes, el sábado 6 de marzo de 1943, llovía en Granada cuando, a las diez de la noche, en el despacho del director del periódico *Patria* tendieron una sábana blanca sobre la biblioteca como si amortajaran a los libros, y cerraron las ventanas a la calle Oficios, frente a la Capilla Real y la sacristía de la parroquia del Sagrario. En aquella calle confluían la Santa Madre Iglesia Católica y el Movimiento Nacional, los dos vértices españoles del Nuevo Orden Europeo. Apagaron las luces. A toda velocidad trepidó el Zeiss Ikon, proyector alemán de 16 milímetros. Los invitados al despacho del director del periódico del Movimiento iban a ver antes de su estreno en los cines un reportaje producido por el III Reich. Olía a tinta y plomo fundido, pero a esa hora no retumbaba todavía rítmicamente la rotativa de *Patria*, máquina también alemana, una Koenig-Bauer, 14.000 kilos robados a un periódico republicano de San Sebastián que ya no publicaría más insensateces criminales.

Apareció en la fantasmal sábana luminosa el mariscal del Reich Hermann

Goering. ¡Feliz cincuenta cumpleaños, Reichsmarschall! ¡Feliz 12 de enero de 1943! Genio de la invención y la organización, eminente nazi de la primera hora, con innatas facultades para realizar e improvisar, el Reichsmarschall Goering encarna y justifica la fe del pueblo alemán en la victoria.

A las imágenes les habían bajado el sonido, pero una sombra con voz y auriculares traducía al español la épica entusiasta del documental y la transformaba en el monótono discurso tecnocrático de un ingeniero que explicara los secretos más profundos de la fabricación del hormigón armado. Nativo de Korneuburg, a las afueras de Viena, el ocasional intérprete cinematográfico sufría una deformación profesional de rutinario profesor de idiomas, educador en alemán de los hijos de buena familia que querían completar los estudios de Derecho, Filosofía o Medicina en Heidelberg, Friburgo y Berlín, las universidades de moda. Herr Viena le llamaban, y no por su origen vienés, sino porque le veían cara de pan de Viena miope, la tuviera o no.

La noche del 6 de marzo traducía la película alemana para un grupo selecto de invitados: tres jefes principales del Partido, el cirujano de la plaza de toros, un canónigo de la catedral, un catedrático de Historia Antigua, un catedrático de Derecho Romano y un industrial tabacalero-azucarero, además del perro del industrial, acompañaban al director de *Patria*. De reconocido gusto y criterio, todos menos el perro admiraron acerías y aviones, vibraron en el frente ruso, volvieron a París cuando enero se iba y en el haz de luz del proyector se mezclaban las partículas del mundo en desintegración y el humo de tabaco.

¡Gala en el Palais de Chaillot! ¡Celebración del X aniversario de la toma del poder en Berlín: Hitler, canciller! Una pancarta llenó la pantalla, la fachada del palacio parisino: Wir werden siegen, weil uns Adolf Hitler führt. Venceremos porque Adolf Hitler nos guía. Y, sin salir de París, acabaron con deportes, domingo 24 de enero, Sala Wagram, gran gala boxística, campeonato de Francia de los pesos pesados, el campeón Ricol contra el aspirante Rutz. La luz de la sábana relampagueaba en las gafas del traductor de alemán, y al industrial del tabaco y el azúcar se le cortó la respiración y se le paró la sangre.

¿A quién había descubierto transformado en actor de cine? En la pantalla,

entre los camaradas del aspirante al título, banda imponente de boxeadores, guardaespaldas, ladrones o policías, distinguió al Italiano: il bello Paolo parecía un niño dominante entre sus hermanos mayores mucho más fuertes, y el magnate tabacalero no supo quién ganó el combate. Una nube en los ojos y las palpitaciones le impidieron ver cómo el árbitro levantaba el puño del aspirante amigo del Italiano, vencedor por KO técnico en el octavo asalto.

No vio la ceja abierta del campeón destronado. Para sangre ya tenía la suya, que se le había subido a la cabeza. No oyó los aplausos del reducido y escogido público del que formaba parte aquella noche.

Al día siguiente, domingo 7 de marzo de 1943, cuando el reloj de la catedral daba la una de la tarde, el comisario Polo llamó a la casa del industrial Juan Salas Martialay y la puerta se abrió inmediatamente al fondo del zaguán que, protegido de noche por una verja con dos cerraduras, daba a la calle de las Tablas. Esperaban al visitante. La mano invisible de una criada tiró del pestillo de la puerta desde la galería de la primera planta y funcionó un dispositivo de poleas cuya pieza esencial era un cordón. No ladró el perro, fino de nariz. También el perro esperaba, y había reconocido el olor y los pasos amigos aunque hacía casi dos años que el comisario no pisaba aquella casa.

Polo se acercó como otras veces a la fuente de mármol, un círculo en el centro de un patio escoltado por columnas dóricas, y miró al cielo. La casa de la calle de las Tablas seguía pareciendo silenciosamente vacía, y el ruido del agua invitaba a distraerse divagando o pensando en el paso del tiempo. La mañana era buena a pesar de las nubes. Y entonces, como tantas veces en otra época, una ventana se abrió y Salas Martialay saludó con la mano, sin palabras, invitando al comisario a subir a su despacho.

Lo esperaba al final de la escalera, vestido como si acabara de llegar de misa de doce en la catedral, y Polo sabía que acababa de llegar de misa de doce. «Mi querido comisario», dijo, y con la mano le señaló la puerta de su sanctasanctórum, donde, aparte del perro, pocos entraban. Recibía a socios y clientes en otro sitio, muy cerca, en las oficinas de la azucarera-tabacalera, en la calle Alhóndiga. Habían encendido la chimenea y cerrado los balcones, con los postigos de par en par para que entrara la luz.

«Quítese el abrigo, póngase cómodo», dijo Salas. Y, quizá como parte de



la invitación a liberarse de la ropa pesada, él mismo se quitó la chaqueta y se dejó el chaleco, abotonado sobre la camisa muy blanca y planchada y rematada por un cuello y unos puños impecables con gemelos de oro. La corbata era negra, luto por Salas padre, muerto de repente al inicio vigoroso y fecundo de la vejez, y a Salas padre pertenecían las iniciales grabadas en los gemelos. El perro miraba a Polo, que dejó el sombrero en una silla y no se quitó el abrigo para sentarse en la butaca opuesta a la butaca del dueño de la casa. Salas, Polo y el perro fingieron que estaban acostumbrados a reunirse todos los días, aunque hacía más de veinte meses que el industrial evitaba al comisario.

Bebieron cerveza y hablaron del tiempo. «No está fría», dijo Salas hijo. Y tenía razón, las botellas salían de un cubo de hielo medio derretido, pero Polo no atribuyó a la temperatura de la cerveza las tres arrugas paralelas que cruzaron la frente del industrial. En un signo de interrogación o de impaciencia, los labios de Salas se contrajeron y dejaron ver los dientes: ansias de morder más que de hablar. Las cejas cayeron como en un gesto de embestida. El industrial era cazador.

—Querido amigo —dijo Polo—, a usted le preocupa alguna cosa. ¿Quiere que me vaya de la casa que le alquilé a su padre? ¿Para eso me ha llamado con tanta urgencia?

Los retratos del señor Salas padre y la señora Martialay de Salas, en chaqué y traje de noche y condecorados por Su Majestad Alfonso XIII, se concentraron en aquel sabio treinta años mayor que su hijo, y también el perro sin orejas ni rabo clavó los ojos en Polo, aunque no movió su postura de esfinge cruce de mastín y podenco. Tenía unos dedos que parecían saber escribir a máquina, pero, de buena voz en el monte cuando acosaba jabalíes, era muy lacónico en el trato con la humanidad. Su dueño tampoco habló: parecía que se le había encasquillado algún secreto en el pecho de atleta cazador acostumbrado a decir lo que le da la gana. Era como si Salas hijo hubiera perdido el aire vitalicio de seguridad inviolable que respiraba desde la cuna.

Miró a Polo con ojos de caja registradora, de animal que no olvida nada, se bebió de un trago media jarra de cerveza, se levantó y fue a la mesa de despacho, digna de un monarca absoluto. Volcó contra la mesa el portarretratos con la foto de su mujer y sus dos hijas. ¿No quería que vieran

lo que el cabeza de familia iba a hacer? Un individuo impresionable que observara la intrepidez con que abrió el primer cajón podría haber sospechado un gesto fatal: una pistola, un tiro, el arrebato suicida. Alguien correteó por el piso de arriba, sobre el despacho, cuatro pies ligeros, de muy pocos años, como si las niñas gemelas del industrial volaran a detener la mano aniquiladora de su padre, que solo descolgó el teléfono para marcar una única cifra.

—Las niñas —dijo, y se acabaron las carreras, la trepidación del techo.

Lo que la mano sacó del cajón no fue una pistola, sino un trozo de película, quince o veinte fotogramas que tendían a enrollarse como una culebra o un muelle que quiere volver a su primitiva forma espiral. El industrial encendió la lámpara de mesa.

—Mire usted esto. ¿Ve usted a quien veo yo?

La estatura excepcional del comisario se inclinó y volvió a inclinarse sobre la lámpara para repetir el examen de los actores que protagonizaban la película.

—Tendría que llevarme los fotogramas, positivarlos, estudiarlos mejor. Pero, si está usted pensando en quien yo pienso, podría ser, podría ser que veamos lo mismo, mi querido amigo.

No esperó Polo al lunes. En cuanto salió de la casa de la calle de las Tablas fue al Bar Restaurante Los Mariscos. Sabía que allí encontraría al fotógrafo con el que prefería trabajar.

## 6

Polo pasó parte de la tarde de aquel domingo en Foto Lapido, el estudio de la calle Sancti Spiritu con escaparate a la calle Reyes Católicos. El fotógrafo convirtió los fotogramas de película en instantáneas de una banda de amigos en un combate de boxeo en París y amplió otra imagen: dos hombres disfrutaban en Granada de un día primaveral en la terraza de un café.

Uno de los dos hombres estaba en ese momento en Foto Lapido: era el comisario. Pero también su compañero de café tenía cierta presencia aquel

domingo en el estudio fotográfico: aparecía en las imágenes del grupo parisino de aficionados al boxeo. ¿Podía asegurarse que el individuo de París era el mismo que se sentaba con el comisario en la terraza del Café-Lechería Bib-Rambla? ¿Había truco en los fotogramas del documental alemán? Polo conocía la potencia falsificadora de las artes fotográficas. Había verificado más de una vez el efecto que causa en los acusados la presentación de una foto en la que inapelablemente se les ve participar en una reunión que jamás se celebró. Una foto así produce también un impacto fulminante en el juez: la confusión del reo ante su imagen en un sitio en el que niega haber estado, y en el que es verdad que no ha estado nunca, prueba de modo irrefutable su disposición a mentir, es decir, su culpabilidad.

El comisario requirió la opinión del profesional, un artista del montaje fotográfico y, en su vertiente más pública y popular, un fabulador capaz de transformar a cualquiera en un duplicado de Greta Garbo o de Clark Gable.

—No hay truco. Son la misma persona —sentenció el experto.

El individuo en cuestión era anormal, monstruosamente simétrico. No es común un esqueleto tan fino ni tanta simetría, dijo el fotógrafo, y fue señalando las dos hoces que dibujaba en las sienes el arranque de la cabellera rubia, las arrugas gatunas de la frente, la suavidad de los arcos superciliares sobre unos ojos quizá demasiado cargados de impaciencia, los pómulos, la uve invertida sobre la pirámide nasal, la línea de separación entre los cartílagos de la nariz, protuberantes, impertinentes como las orejas. Bajo el surco nasolabial, muy marcado, los labios, retadores, proyectaban un punto de sombra bajo la boca. Una hendidura remataba el mentón trapezoidal. ¡Il bello Paolo Corpi era en París un astro cinematográfico! Polo se rió sin ruido, sin una palabra, sin un gesto.

La barba rubia que Corpi había lucido en Granada, siempre incipiente, empeñada en ser eternamente lampiña y juvenil, ni siquiera escondía la hendidura del mentón y no había sido un impedimento para que el fotógrafo reconociera a la misma persona en la foto granadina y en las imágenes de París. Pero, aparte de la barba, liquidable en tres pases de cuchilla, existía una diferencia radical entre los dos individuos, el del boxeo y el del café, Corpi y su doble: si todo el mundo presumía en Granada de tener al Italiano por amigo, quien se viera obligado a admitir que conocía a los sujetos de la escuadra parisina, incluyendo al sosias de Corpi, probablemente sentiría la

necesidad inmediata de aclarar que no eran amigos suyos. Polo, además de a Corpi, había creído identificar a dos de aquellos aficionados al boxeo: ¿alguna vez pasaron por la Oficina Española de París en los días en que el comisario montaba su red de soplones en Francia? ¿Quiénes eran? Si Corpi era Corpi, no andaría lejos del Bureau Espagnol. En el pequeño París de Polo, su Petit Paris Policier, todo el mundo se conocía.

Paolo Corpi era consciente de gustar a hombres y mujeres, y alguna vez se le notaba, lo que no hacía que se le apreciara menos. Era joven: Polo le calculó veintisiete años cuando llegó a Granada en 1938, y Polo tenía fama de adivinar la edad de una persona en las líneas de la frente. Corpi cultivaba una leyenda de vida intensa, bélica, secreta, de espía o quién sabe qué. Había estado en la toma de Málaga por las tropas de Mussolini. De Málaga llegó a Granada, o eso contaba en alemán, español, italiano y francés. ¿Cuántas lenguas sabía aquella Babel humana? Todos los idiomas civilizados, dijo un día. Los mismos que un apóstol en Pentecostés, dijo una noche. El alemán era su lengua materna, nativo de Bolzano, en el Südtirol de Italia, o eso dijo. Había representado en España a la Deutsche Zeppelin-Reederei, a la Deutsche Luft Hansa AG y a los estudios cinematográficos UFA. (O eso decía: en 1943 cada uno de sus méritos se había convertido en un motivo de sospecha.) En Granada conoció a todo tipo de personas, hizo negocios con lo mejor del mundo conveniente e inconveniente. En aquellos días era difícil sentarse a una partida de póquer en la que por lo menos uno de los jugadores no hubiera matado a alguien.

Pero exhibía una inocencia instintiva, al margen de todo lo que supiera, que sabía más que nadie. Buscaba, y quizá había encontrado, una fórmula matemática para ganar a la ruleta. De una de sus noches de póquer sacó, y le regaló a Polo, algo sobre una banda que planeaba el atraco al Banco Hispano-Americano, en plena Gran Vía. La policía mató a tres bandoleros en una casa del callejón del Pretorio. Es la degradación de la guerra, dijo Corpi. Los soldados enemigos se habían convertido en bandoleros, atracadores, terroristas anarcocomunistas.

Era joven, y quien estaba con él se sentía joven aunque ya no lo fuera. El millonario tabacalero-azucarero Salas Martialay fue su amigo más íntimo: deportista, cazador, incluso había cazado hombres en la misma guerra que

curtió a Corpi. Se hicieron inseparables. Nada había especialmente molesto en la vida del industrial, y con Corpi compartió una misma disposición a la felicidad. Los dos eran muy suyos, incluso en sus caprichos de entregarse a quienes les daba la gana. Pero, Polo lo había visto, a veces Corpi se abstraía, parecía acordarse de cosas que había dejado pendientes en otro sitio. Se fue sin despedirse, y el industrial, contra todos sus principios y todos sus hábitos, se sintió dolido, estafado como una novia abandonada.

Cuando el comisario volvió de Francia en abril de 1941, Paolo Corpi acababa de desaparecer. Salas Martialay no solo mantenía una sincera ficción de amistad con el comisario: era también el dueño de la casa que Polo tenía alquilada en la calle de Gracia. Pero dejó de recibir a su inquilino y amigo. ¿Por qué se distanció el magnate? ¿Por qué se volvió esquivo, como si en presencia del comisario lo cubriera una nube? ¿Le dolía el amor arruinado y Polo le traía el recuerdo del traidor? Polo le había presentado al Italiano. Polo había introducido en su vida a Paolo Corpi, la decepción amorosa, la primera decepción amorosa en la vida de un privilegiado al que nadie le había dicho nunca no. Jamás.

## 7

Olía a humo de madera un poco verde en el despacho de la calle de las Tablas, a las siete de la tarde del lunes 8 de marzo de 1943. El perro esfinge tenía los ojos llorosos, pero los clavó inmediatamente en aquel hombre de un tamaño excepcional que acababa de llegar y tanta veneración le provocaba: el comisario. Además de a humo agrio, olía a coñac y, al alcance de la mano del dueño de la casa, una botella y una copa reflejaban las llamas de la chimenea. El comisario no quiso beber.

Desplegó sobre la mesa el material investigado: fotogramas de 16 mm de un documental de los servicios de propaganda del Reich, cortados a tijera por el industrial Salas en las dependencias del periódico *Patria* y convertidos en la calle Sancti Spiritu en postales de un grupo de actores de cine o criminales famosos. A quien parecía el principal de la tropa, el más iluminado desde su propio interior o gracias al azar de los focos cinematográficos, el fotógrafo de

Sancti Spiritu, un experto en la producción y reproducción de imágenes auténticas y falsas, le había dedicado retratos individuales, con sombrero y sin sombrero, primeros planos, recortando y aumentando convenientemente la imagen, diluyéndola o glorificándola en un aura angélica, como de ánima que se dirige al paraíso, mitificándola, cámara de Hollywood frente a una estrella. Cuando Polo admitió la muy alta probabilidad de que aquel astro del cine fuera un doble o un sosias del bello Paolo Corpi, el perro cerró y abrió los ojos, y Salas se echó coñac con ansia. Polo volvió a rechazar una copa.

Había llegado el momento sadomasoquista de la confesión, el sufrimiento de recordar lo imposible de olvidar, un mal recuerdo, un recuerdo patógeno, algo de lo que uno evita hablar consigo mismo, no digamos con los otros: el momento de la sinceridad destructiva, denigrante y vergonzosa, el tormento personal de sacar a la luz un secreto indecible en público, aunque el público fuera una sola persona y una persona tan discreta como el comisario. Salas, el penitente a punto de humillarse y exhibirse desnudo, se transmutó: ahora miraba a Polo con ojos de máquina de picar carne. ¿A quién quería matar? ¿A quién quería hacerle pagar los malos recuerdos? Acostumbrado a que nada le fuera imposible, si alguna vez se hubiera empeñado en cambiar de sitio una montaña no habría atribuido la inmovilidad de la mole geológica a la fuerza de la naturaleza, sino a una debilidad personal, una flaqueza de su propia voluntad, que no solía detenerse ante nada.

Se sentiría eternamente culpable, jamás se perdonaría no buscar, encontrar, destrozar al Italiano, pulverizarlo, desintegrarlo, dejarlo como si le hubieran pasado por encima todos los vagones de un tren de mercancías, dijo. Y en cuanto empezó a hablar de negocios, el industrial tabacalero-azucarero recuperó su plena potencia arrolladora. Ocuparse de cuestiones materiales, prácticas, es el mejor antídoto contra la reflexión, los miedos, las dudas y todo lo que se interponga en el camino del triunfo.

—¿Il bello Paolo? No era un cabrón. Era un auténtico hijo de puta y además era un cabrón —proclamó el industrial tabacalero-azucarero, y parecía recitar unas sagradas escrituras.

Movilizó las orejas el perro en señal de alerta, como si husmeara entre las zarzas a un jabalí: lo más expresivo que tenía eran las orejas, cortadas para evitar en las cacerías mordiscos y desgarros.

## 8

Salas y Corpi habían sido inseparables. Corpi usó las escopetas de Salas en cacerías que suplantaron las emociones de la guerra: juntos mataron al jabalí y mataron al corzo, compartieron perro, de la mesa de juego pasaron a la mesa de negocios, del tapete verde al cálculo de beneficios. ¿Qué había sido aquello? ¿Un enamoramiento? El amor vuelve idiotas a sus víctimas, pero ¿quién iba a suponer a Salas, un campeón de las finanzas y la industria, víctima de la imbecilización amorosa?

—El cabrón hijo de la gran putísima desapareció, y podía haber desaparecido antes. No me gusta joder a nadie pero tampoco me gusta que me jodan, usted me entiende, mi querido comisario, y disculpe la forma de hablar. El caso es que con él desaparecieron cuatro kilos de oro, y el oro era mío.

No abrió la boca el comisario, sino un poco más los ojos, impasibles y más grises que otras veces, invulnerables a las llamas y el humo de la chimenea, de otro mundo. La reacción no obedecía a la sorpresa. Solo era una invitación a que el declarante siguiera hablando, el gesto que se le hace a un niño para que acabe de comerse un plato poco apetitoso.

Estaba claro. Si Corpi había desaparecido con el oro en 1941, hasta esa fecha el oro se guardaba en la caja fuerte de la familia Salas, y en ese caso se trataba de oro criminal: la obligación de declarar y entregar al Estado, en concepto de depósito, el oro en poder de particulares seguía vigente. Y era oro hipócrita: los Salas se habían sumado desde el primer momento a la Guerra Santa anticomunista de 1936 con la misma generosidad con que, en la órbita empresarial, ofrecían su incondicional entusiasmo a todo lo que pudiera reportarles beneficios. Salas padre y Salas hijo habían participado en todos los fervores patriótico-católicos del Nationale Bewegung, que era como le llamaba el Salas joven al Movimiento Nacional, fórmula aprendida en la Alemania de 1934. La madre, doña Luisa Martialay de Salas, ofreció heroicamente su joyero a la patria. Y ahora surgían cuatro lingotes de oro clandestino que se transfiguraba en inmundicia, como en esos números de prestidigitación en los que dentro de un sombrero un as de diamantes se vuelve un conejo.

—Corpi me robó —añadió Salas para romper el silencio del comisario.

¿Eso era? ¿El novio había huido la víspera de la boda con las joyas de la novia, cuatro lingotes de oro, cuatro kilos?

—¿Qué quiere que haga yo? Me quedan dos días para jubilarme. Hable con sus abogados —dijo Polo por fin, y parecía cansado de que el perro lo mirara como lo miraba—. ¿Está usted denunciando un robo que tuvo lugar hace dos años? ¿Una estafa? ¿Una deslealtad entre socios?

—No.

—¿Me está confesando que ha infringido la ley de delitos monetarios? ¿Me está pidiendo que lo encubra? Entonces, ¿qué? ¿Me lo llevo a comisaría ahora mismo? ¿A santo de qué? ¿De qué oro hablamos? Si no lo tiene, ese oro ya no existe.

No se trataba de una denuncia ni de una confesión, aclaró Salas. Pero si el comisario consideraba que el hombre de París y Paolo Corpi eran la misma persona, ¿cabía la posibilidad de que el comisario, que conocía París, donde había trabajado siete meses, fuera a buscar a Corpi? No sería nada oficial, solo un asunto privado, el cobro o el pago de una deuda aplazada, algo inventaría el comisario. El oro era lo de menos: si encontraba el oro, Polo podía ponerlo en manos de las autoridades monetarias.

—No acostumbro a pedirle nada a nadie. Pero usted me presentó a Corpi. Por usted entró Corpi en esta casa. ¿Me permite pedirle algo que nunca admitiré haberle pedido y que ni usted va a oír?

—Querido Salas, por favor.

—Mate al jabalí. Mate al guarro. Por mí. Mátelo.

El comisario soltó una carcajada de taberna de cazadores en pleno zafarrancho alcohólico y Salas se sumó a las risas con la autoridad que le concedía más de medio litro de coñac ingerido entre las tres y las siete y media de la tarde.

—El oro era parte de la herencia materna de mi mujer —dijo entonces Salas, y ya no se reía. La mujer de Salas, Isabel Meyer de Salas, tenía fama de invisible: en el otoño de 1940 desapareció de la vida social. Rubia platino, de aspecto sajón y de una belleza tan pura que casi era una enfermedad, alguna lengua bífida la acusaba de ser tuberculosa.



## II. EL AYUDANTE

### 9

¿Dónde tenía su hotel el comisario? Ir de la rue du Bac al Hôtel Barbicane, en la rue Cardinet, suponía un largo viaje en aquel mundo: habían dado las siete y treinta y cuatro de la tarde, hora fijada ese día por la Kommandantur para el camuflaje de luces, y la Kommandantur también prohibía la circulación de coches no autorizados, si quedaban coches no autorizados sin requisar por la Kommandantur. Calcular en aquellos tiempos a qué hora volvería uno a su casa era un atrevimiento, sobre todo si tenía que cruzar el río de la orilla izquierda a la derecha, y en esa circunstancia se veía el comisario. El porvenir era una cosa poco segura.

—Le llamaré un coche —zanjó Bernard.

Polo acababa de examinar en un cuarto de baño de mármol verde tres navajas barberas no muy cuidadas, con poco uso. No tenía mucha barba Paolo Corpi, y no estaban grabadas sus iniciales en aquellas navajas fabricadas en Solingen. Incluso las iniciales eran entonces un peligro: unas letras bordadas en la camisa podían significarle al usuario la detención fulminante y, tras una sesión intensiva de lo que los alemanes llamaban *verschärfte Vernehmung*, interrogatorio reforzado, la cárcel, la deportación o, en casos extremos, el pistoletazo, si no coincidían con las iniciales del nombre y el apellido que figuraban en sus papeles. ¿Usaba documentación falsa el propietario de la camisa bordada? ¿Quién le había dado la camisa? ¿A quién se la había robado?

Bernard y Polo volvieron al salón principal y bebieron un último whisky

antes de despedirse como dos viejos colaboradores que se reencontraban al cabo de los años. Las cosas parecían más calladas, paralizadas de repente al oír llegar a los dos hombres. En la radio tocaba una orquesta. ¡Salud! Los expedientes se habían revuelto, sepultaban en la mesa el podenco de bronce y el monstruo alado que sostenía un avión. Emergieron tarjetas de salas de variedades y clubs nocturnos, Bobino, Alhambra, ABC, Jockey, Monico, Petit-Casino, Chantilly, Étoile, Tyrol.

—Lamento que no haya encontrado su oro, señor comisario. —Bernard levantó el vaso y Polo lo acompañó en su brindis por el oro perdido. El trago compartido fue muy largo y Bernard sirvió una dosis más de su whisky escocés de Lisboa, apartó del teléfono albaranes y cartas pendientes de contestación, descolgó y marcó un número. Pidió en pocas palabras, en francés, que le mandaran el coche.

¿Había visto antes el comisario al individuo que llegó a recogerlo? ¿Figuraba en uno de los fotogramas de la Sala Wagram positivados en el estudio de la calle Sancti Spiritu? El abrigo, ancho de espaldas y bien cortado, podía haber salido de una de aquellas imágenes de película: se ajustaba bien al cuerpo para el que fue hecho, pero también a la Luger o a la Walther P38, o a las dos juntas, la Luger y la Walther, y a la Smith & Wesson y el Colt, aquella escuadra era muy adicta a lo americano, aunque la única pistola que Polo le conoció a Corpi fue la Ruby de la casa Alkartasuna, salida en préstamo del armero personal del comisario y jamás devuelta a su sitio. Matti Bohle había preferido una Walther P38.

El chófer del Citroën 11 negro no tenía un aspecto menos peligroso que su copiloto, el hombre que acababa de recoger a Polo. Eran dos seres del mismo planeta, con la misma coraza y la misma escafandra: abrigo color antracita, sombrero gris marengo, corbata gris perla y rosa, guantes de piel negra, cigarrillo y humo. Polo ocupó el asiento trasero. En ese momento la protección que le brindaban le pareció preocupante. Dentro del coche las caras de sus acompañantes eran indistinguibles. Brillaba y se apagaba el ascua de los cigarros. Los faros del Citroën iban encapsulados en cajas de metal: proyectaban su luz a través de un corte longitudinal de seis centímetros de ancho y uno de alto, medidas máximas dictadas científicamente por la Kommandantur contra los ataques aéreos enemigos. Los cafés emanaban un resplandor rojo, y Polo, que tenía frío, pensó que hacía una buena noche para

que también a él lo tiraran a las vías del tren.

No eran policías: se tapaban demasiado. Los policías exhiben más o menos premeditadamente su poder legal de avasallar, golpear y matar, y los dos marcianos tenían instintos de depredador que oculta su verdadero aspecto y se disfraza de animal incomedible o peligroso. Pero sus gestos eran de policías. Se limitaban a lo necesario: movimientos mecánicos sometidos al espacio cerrado de la oficina, el cuartel, el sótano, el calabozo, el coche patrulla, el garito en horas de servicio y después del servicio. Dejaron al comisario en la rue Cardinet, a la puerta del Hôtel Barbicane. Se portaron como taxistas honrados, aunque quizá fueran policías, pensó Polo.

Los negocios más claros de aquellos días eran delito: tráfico de comida, tabaco y bebida, compraventa de cupones falsos y auténticos para conseguir bebida, comida y tabaco, expedición de documentación falsa para conseguir cupones o salir del país. Abundaban tanto los delincuentes que la policía reclutaba a cualquiera, peluqueros, farmacéuticos, pupilos de gimnasio boxístico, periodistas especializados en chantajes, carniceros, masajistas, mecánicos, chatarreros, agentes de seguros, atracadores, corredores de apuestas, abogados, recepcionistas de hotel, pistoleros, contrabandistas de tabaco y alcohol, fugitivos de Italia y de España con patente de antifascistas y carnet de la Gestapo, el Petit Paris, el pequeño París menguante, cada vez más vacío y cada vez con menos espacio, ocupado por la Sûreté, las Brigades spéciales, la nueva Milice française, la Kommandantur del Gran París o Gross Paris alemán, la Geheime Feldpolizei, la SiPo, la OrPo, la KriPo, la Gestapo, el Sicherheitsdienst, los gángsters gestapistas, los soplones. Un policía no es nada sin sus soplones, sus sentidos para percibir a distancia, el olfato, la vista y el oído, eso lo sabía Polo.

Cada uno tiene la compañía que se merece, y Polo no sabía si pensaba en Bernard o en sí mismo, que acababa de compartir coche con aquellos dos seres sin nombre ni lengua. En el viaje al hotel solo abrieron la boca para fumar.

El martes 23 lo pasó en blanco, gastó los cupones para alimentos recibidos en la Oficina Española, y decidió irse de París. Dio por perdida para siempre la pistola que mal prestó una vez: si Paolo Corpi había sido Matthias Bohle, estaba muerto, y en su nueva condición espiritual no parecía muy dispuesto a hablar de oro u otros asuntos materiales. Llamó desde el hotel a la Oficina Española para que le consiguieran billetes y salvoconductos. Solo le quedaba coger un tren y volver a España. Una secretaria le dijo que le avisarían cuando tuvieran los billetes. El miércoles 24 lo despertó el teléfono: un tal Monsieur Palma lo esperaba en recepción. ¿Quién era Palma? ¿Qué hora era? No había dormido, no tenía conciencia de haber dormido más de treinta minutos. La noche se le había ido intentando dormir y ahora, cuando acababa de dormirse, lo despertaban a las ocho de la mañana.

Volvió a descolgar el teléfono. Pidió que le subieran a la habitación café, o el sucedáneo que en ese momento pasara por café, y un periódico. El Barbicane no era un gran hotel, pero tenía sus lujos: teléfono y baño en la habitación. Polo entendió que le daban una habitación privilegiada, que le ponían un teléfono cerca no tanto para que lo usara como para controlar sus posibles contactos en París y tenerlo permanentemente a disposición de la Oficina Española. El hotel que te buscaban en París te ofrecía, por otra parte, un informe objetivo de quién eras para tus superiores. La ocupación de los hoteles se ejecutaba conforme al escalafón funcional alemán: desde los más altos cargos de la Wehrmacht, los ministerios y la diplomacia del Reich, huéspedes del Majestic, el George V, el Prince de Galles, el Meurice, el Continental o el Lutétia, hasta la tropa de secretarías y secretarios, telefonistas, contables, escribientes, personal médico, profesores de arte, técnicos cinematográficos especializados en propaganda, espías, policías y censores, que paraban en hoteles como el Barbicane. La conquista de Francia era también una masiva operación turística para funcionarios del Reich.

¿Qué hacía Polo en París? Ni Polo lo sabía en ese momento. Había ido a saldar una deuda que no era suya y a buscar una pistola que sí lo fue. Resolvía un asunto privado, de la familia Salas Martialay, no oficial, que, sin embargo, había exigido recurrir a las instancias públicas, al Gobierno Civil de Granada, al Partido, al Ministerio de la Gobernación y al de Asuntos Exteriores. El señor Salas era alguien. Movía dinero. Había movido cuatro o cinco despachos en Granada y en Madrid. Había movido al comisario. ¿Para

qué? ¿Para que buscara en un París en guerra cuatro kilos de oro robados en la remota Granada hacía veinte meses? ¿A cambio de qué?

Salas había recurrido al Código Civil para fijar la recompensa que obtendría el comisario en caso de satisfacer el encargo: la que la ley ofrece a los descubridores de tesoros en propiedad ajena, la mitad del botín. Polo no aceptó la oferta. El oro, si aparecía, era un asunto que el industrial del tabaco y el azúcar tendría que resolver con las autoridades competentes. Pero Polo llevaba ocupando más de dos décadas una casa propiedad de los Salas Martialay, familia a la que en cierto modo se sentía vinculado después de tanto tiempo de relación, y se ofreció a localizar a Corpi en París y resolver con él y ante la ley el asunto del oro de la mejor forma que permitieran las circunstancias.

Había sentido un deseo absoluto de salir de la Gran Granada y huir unos días a París, aunque solo fuera el Petit Paris policial en el que había trabajado siete meses, y, confundiendo deseo y deber, asumió el caso como una misión patriótica: si llegaba a recuperar los lingotes, él mismo se ocuparía de depositarlos en manos del Estado en nombre del propietario, Juan Salas Martialay. Algún día el Estado se los restituiría a Salas o a sus herederos, pero Polo renunciaba a los dos lingotes que le ofrecía el industrial. No confesó que le bastaba con salir unos días de donde estaba y acceder a la propiedad de un secreto más de una familia importante —esas cosas, los secretos, siempre son útiles a la larga—, y sobre todo no dijo que aprovecharía la ocasión para saldar una deuda con su amor propio: le repugnaba y avergonzaba que un imberbe como Corpi se hubiera atrevido a desaparecer (aun contra su voluntad o por accidente) con la pistola de un comisario de policía.

Sin descorder las cortinas para que entrara la luz, con la lámpara encendida, el comisario se bebió en la cama el primer trago de café negro y confirmó su decisión: volver ya a su casa. De la existencia del oro, si aún había oro, en París solo sabían Bernard y él. Siguiendo instrucciones de Salas, en la Oficina Española había justificado su presencia en París por una vieja deuda contraída por el señor Bohle, o Corpi, o como se llamara, con el industrial tabacalero-azucarero. El señor Bohle estaba muerto. Polo, por su parte, consideraba cumplidos su deseo irracional de volver a París y el encargo de Salas: había localizado al supuesto Corpi y había registrado su

casa en busca del tesoro perdido. No lo encontró, pero volvía con la noticia de la muerte del jabalí, aunque el cazador que se cobró la pieza hubiera sido un tren.

Cogió *Le Matin* del día, solo cuatro páginas, en París no sobraba el papel de periódico, pero en tan poco papel cabía una guerra mundial. La gran ofensiva soviética había fracasado definitivamente. Los bolcheviques habían perdido tropas y equipo: 150.000 muertos, 10.594 prisioneros, 1.061 carros blindados, 485 cañones y toda clase de armas. No resistían al oeste de Kursk. Se estrellaban al sur del lago Ladoga ante la resistencia decidida de las tropas alemanas. En el sur y el centro de Túnez formaciones germano-italianas sostenidas por la Luftwaffe libraban duros combates defensivos. Los bombardeos americanos terroristas seguían matando gente en Bretaña. Un ferroviario había muerto en el ametrallamiento de un tren. Polo bebió más café.

Pasó la página. Y en la página 3 vio escritas las palabras que alguien le había dictado a Bernard por teléfono dos tardes antes: Pablo, Diaboli, Claire, tres caballos, vencedores en el hipódromo de Maisons-Laffitte. La voz telefónica que habló con Bernard sabía a las siete y media de la tarde del día 22 el nombre de los ganadores de las carreras del día 23. ¿Apostaba Bernard? Volvió a sonar el teléfono. El señor Palma esperaba en conserjería.

## 11

Lo vio de espaldas. Era un individuo de su tamaño, del tamaño de Polo, aunque le faltaban casi cuarenta años para ser tan formidable como el comisario.

—¿Palma?

—Señor comisario.

Le faltaba corpulencia, tiempo, autoridad en los hombros, seriedad. Le sobraba incredulidad, el rictus de burla, aunque pareciera un hombre triste en una ciudad triste. Les está tomando el pelo a todos los tontos del mundo, pensó Polo. Era uno de esos que, cuando niños, para no ir al colegio suben el

termómetro. Iba bien vestido. Se le veía la buena familia, eso se nota: traje oscuro, chaleco, buen sombrero en la mano, zapatos importantes, incoherente la corbata morada con pintas naranja, incompatible con unos ojos pálidos y apáticos. Son hombres que interesan a las mujeres y no les dejan buenos recuerdos. En el fondo están deprimidos y eso los vuelve poco fiables. Polo se acordó de sí mismo hacía cuarenta años. Palma tenía el pelo muy claro, endeble, de estudiante de matemáticas larguirucho, de abogado sin experiencia. Era abogado. Alguna vez había tenido bufete abierto en Sevilla, o eso decía la tarjeta de visita que le dio y le quitó a Polo. Pero también le habían roto los cartílagos de la nariz, rehecha, desviada, con un agujero más grande que otro, grandes las orejas, muy perfilados los labios, el cuello largo. Lo más combativo eran los arcos superciliares de púgil, las cejas peladas. No llevaba pistola, Polo no necesitaba cachearlo para saberlo, como también sabía que el tal Palma era capaz de abrir una cabeza con un martillo. Según él, lo mandaban del Bureau Espagnol, de la Oficina Española, del consulado, para que asistiera al comisario durante su estancia en París. No desentonaba en el vestíbulo del Hôtel Barbicane: globos de cristal en el techo, lámparas de mesa y de pie, palmeras de interior, veladores, tres tableros de ajedrez, una radio, humo, oficiales alemanes que leían periódicos alemanes y fumaban tabaco alemán, dos enfermeras alemanas en uniforme de paseo, un piano.

Fue Polo a depositar la llave en conserjería, y lo siguió Palma. ¿Con cuánta antelación debía dejar el cuarto, en principio reservado para siete noches, del lunes 22 de marzo a la mañana del lunes 29? Habían surgido imprevistos. Era muy posible que dejara el hotel al día siguiente, dijo Polo, en cuanto consiguiera una plaza en un tren a Hendaya. El recepcionista consultaba el libro de registro, los ficheros, sugería dificultades administrativas, y Polo, por los ojos del joven Palma, entendió que su nuevo acompañante, que seguía todos los razonamientos con atención funcional, sabía poco francés: ceñía sus muecas al tono de las palabras y a los gestos del recepcionista. Levantaba las cejas, abría los ojos, fruncía los labios y no se le iba de los ojos un fondo de aburrimiento insuperable. Sonrió Palma, un extraterrestre que no distingue entre el lenguaje humano y el ruido del agua de un grifo, perdido en una lengua extranjera. A Polo le habían mandado un peso muerto de su mismo tamaño, una rémora, un lastre, un estorbo.

—¿Me trae usted mis billetes de tren?

—¿Sus billetes? No. No...

—¿Podría decirme a quién le debo el gusto de que haya venido a hacerme compañía?

—Al señor Asensio.

Polo llamó a la Oficina Española desde recepción. Preguntó por Asensio, el mismo que dos días antes había identificado a Bohle en las fotos que Polo le presentó, el mismo que había puesto en contacto al comisario con su antiguo conocido Bernard. Polo y Asensio trabajaron alguna vez juntos en 1940 y 1941. ¿Qué era Asensio? ¿Un agregado a la agregaduría militar de la embajada, aunque no fuera militar, ni funcionario de los cuerpos de seguridad a las órdenes de los militares? Era abogado, allí casi todos eran abogados, pero también periodista, propagandista, dependía más de la embajada alemana que de la española. En 1943 seguía teniendo una oficina en rue de la Paix y otra en rue Quentin-Bauchart, en los servicios auxiliares del consulado español. Polo estaba en el Hôtel Barbicane porque le había buscado ese hotel Asensio, el mismo que ahora le confirmaba que el trámite de los billetes estaba en marcha y que Palma quedaba a disposición del comisario todo el tiempo que durara su estancia en París.

—Estoy a su disposición —repitió Palma como un eco cuando el comisario colgó el teléfono.

—Solo quiero irme de aquí, billetes de tren, los papeles que hagan falta —dijo Polo.

Lo habían sometido a continua vigilancia desde su encuentro con Asensio cuarenta y ocho horas antes: estaba, pensó, en el hotel que le habían fijado, con teléfono bajo control permanente y el equipaje a disposición de quien quisiera registrarlo. Cualquier visita que recibiera sería anotada. Sabían incluso lo que desayunaba, café solo. Habían dirigido sus pasos desde que llegó a París. No le habían revelado nada nuevo: lo habían mandado a alguien a quien ya conocía, Bernard, un soplón, por muchos aires de gran mandarín que se diera en los nuevos tiempos. Y del apartamento de Bernard al hotel lo habían escoltado dos guardaespaldas más amenazantes para su protegido que para nadie: el protegido era el que los tenía más cerca. Y ahora lo custodiaba ese Palma, un pasmado, que a Polo le traía malos recuerdos: se veía a sí mismo, imberbe e imbécil en 1910 y creyéndose capaz de engañar al universo entero.



—Usted me dirá adónde quiere que lo acompañe —dijo Palma.

—¿Le suena a usted el nombre de Nicole Dermitt? —El mismo Polo se sorprendió de la pregunta que acababa de hacer.

—La novia de Matti Bohle, ¿no?

—Eso me ha dicho Bernie Bernard —respondió Polo. Matti y Bernie: ¿en qué mundo estaba entrando?

Le pudo pedir a Bernard la dirección de la novia de Matthias Bohle, pero ¿para qué? Polo daba el asunto por liquidado, tan enterrado como Paolo Corpi. Conocida la muerte de Bohle, había decidido irse de París cuanto antes, en las próximas horas. Y entonces se vio en busca de la novia de Bohle. No pensamos la mayoría de las cosas que hacemos: solo obedecen al sentido del deber o al capricho de un momento. Y el capricho se parece al deber: es imperativo, pensó Polo, camino del ABC. Palma no sabía dónde vivía la novia de Matti Bohle, pero sí dónde trabajaba esos días. Cantaba en el ABC, un music-hall de la rue du Caire. ¿Estaba muy lejos el ABC?

Disponían de poderes mágicos, un coche que Palma había aparcado en la esquina con rue Fortuny. Podía ser el mismo Citroën que había llevado al comisario al hotel desde el apartamento de Bernard: olía a lo mismo, la matrícula era parecida o igual a la del Citroën nocturno, y ahora Polo y Palma no se diferenciaban mucho de los dos marcianos de hacía dos noches, protegidos por sombreros, abrigos, guantes y zapatos acorazados, poca carne al aire y una máscara en vez de cara, la cara que pone el frío a los transeúntes.

Tenían el día por delante, sin horario ni obligaciones, vacío como París. No había ni humo de gasolina, ni coches, ni motores, faltaba el combustible. Los taxis se habían extinguido, mutados en bicicletas que tiraban de un huevo con ruedas, una cabina ridícula: vélo-taxis. Ni los alemanes aparecían. Se iban al frente del Este, a Rusia. Apenas se veía esa niebla verdosa que Polo había visto una vez en Berlín en 1939, y en París en 1940 y 1941, cuando hasta el cielo era verde: los alemanes en uniforme de la Wehrmacht. París en 1943 era distinto. Se sentía el desembarco aliado en África del Norte. La guerra estaba en el Mediterráneo, a un paso.

Como siguiendo el curso de los pensamientos de Polo, en una pared de la rue de Constantinople, rumbo al ABC, Palma le señaló con un gesto de la cabeza una franja de pintura blanca sobre la que habían escrito una cifra:

1763.

—1763, victoria de Prusia sobre Francia, fin de la Guerra de los Siete Años. Así tachan lo que pintan los terroristas: Stalingrado! Mierda pour Stalingrado, mierda pour la Résistance —dijo Palma como un guía turístico al volante de un taxi.

Hacía un mes que el mariscal de campo Paulus se había rendido en Stalingrado. París era una fábrica en proceso de desmantelamiento, cada día más vacía de obreros y máquinas. El ambiente era tan malo como las noticias de la guerra. Se temía el Ernstfall. La Emergencia. ¡La invasión! Y también se notaba cierta alegría en el aire local, lo que los alemanes llaman Schadenfreude: alegría por el mal ajeno.

—Veo menos alemanes que en 1941 —dijo Polo.

—Ahora los matan más —explicó Palma. Solo siete días antes, cerca de la gare de l'Est, un niño de diecisiete años, ni siquiera francés, un húngaro, un judío, había tirado una granada contra una cantina de la Wehrmacht.

Entonces tuvo Polo la sensación de haberse metido en un viaje peligroso. Estaba en una ciudad en guerra internacional e interna, sometida al toque de queda y a la ley marcial. Su obligación más inmediata era irse de París. No es raro que, en semejantes coyunturas bélicas, un viaje que debía durar unos días se extienda meses, años, decenios. Aquel París era el lugar idóneo para desaparecer bajo las ruedas de una locomotora con todos sus vagones detrás y sumergirse en el mundo desconocido.

## 12

—Es esta. —El dedo enguantado de Palma no dejó huella en el cristal de la vitrina con fotos de las estrellas del ABC, sobre la imagen de estudio de una rubia. Más que la novia de Bohle, parecía la hermana de Corpi. Figuraba en la foto el nombre de la artista: Nicole Dermit.

No estaba cerrada la entrada de artistas del ABC, un corto pasadizo pintado de verde e iluminado por una sola bombilla sucia. Olía a lejía, a amoníaco, a grasa de motor. La luz se reflejaba en el agua sucia de dos cubos

de zinc. Défense de fumer. La orden, en la pared, tenía más potencia en alemán, Rauchen Verboten, prohibido fumar, como si saliera a través del altavoz de un campo de instrucción. Palma encendió un cigarrillo y la llama de un encendedor de plata le llenó de sombras la cara. Fumaba tabaco negro alemán, Hoco, de soldado. Estaba entornada la puerta metálica que conducía al interior del local: Palma la abrió, la sujetó con la mano que sostenía el cigarro para que no batiera contra la pared y la pateó con la planta del pie. El Hoco salpicó chispas y ceniza. Gritó un hombre en algún sitio como si fuera él quien acabara de recibir el golpe, y apareció con una llave inglesa y ojos de estar mirando dónde podía hacer daño.

—Excusez-moi. Je suis tombé sur la porte —dijo Polo.

Los ojos de matón en potencia se ajustaron a la realidad que acababa de descubrir: dos policías de tamaño considerable. Tosió, volvió a toser, una manera parisina de espantar a un invasor obsesionado con la salud y protegido por toda clase de vacunas: toser, sonarse la nariz, estornudar, fumigar microbios para combatir plagas de organismos nocivos.

—Fumer est interdit, m'sieur —dijo.

—Una mierda pour vous —dijo Palma, francófono de repente, y le echó el humo en la cara al vigilante de la salud pública.

No eran franceses, no eran alemanes, les puso las cosas claras el hombre de la llave inglesa, a él no lo engañaban, y dio un paso atrás, para defenderse, para enarbolar su herramienta, no cogida en principio con intención de agredir. El guardián del ABC iba en botas de goma y mono de fontanero muy tiznado, quizá fuera un especialista en tuberías y calderas de calefacción. Hacía un frío de hospicio. No había espectáculo ese día, no había nadie en el ABC, los miércoles eran el día de descanso. El fontanero estaba solo. Reparaba averías, lo jodido, lo que no funciona, y estaba jodido casi todo en aquel tiempo. Hablaba deprisa, para confundir y espantar a los extranjeros.

Polo, en un francés aprendido de un clérigo español perteneciente a una orden fundada en Francia, le agradeció la información. Solo quería saber la dirección de la señorita Nicole Dermitt. El mecánico no sabía quién era Nicole Dermitt.

—On peut dire qu'elle chante —dijo Polo, y le explicó a Palma lo que decía aquel hombre. La cara de Palma, asintiendo, sonriendo despreciativo, abriendo mucho los ojos y entornándolos como un cajero que examina un

billete probablemente falso, no era un signo de que siguiera la conversación, sino de que no entendía una palabra. Oída la interpretación de Polo, Palma le señaló al hombre la puerta de la calle, pero el hombre no avanzó: retrocedió un paso.

—La foto —dijo.

Polo le rogó al mecánico que mirara la foto de la señorita Dermitt: estaba en la puerta del ABC, bastaba dar unos pasos, solo sería un segundo.

Dudó el mecánico. Se presentaban dos individuos, te sacaban un segundo de tu casa y no volvías más. Te montaban en un tren y quién sabe dónde acababas, si en Alemania o en Polonia. Polo lo ayudó a acercarse a la calle, temblaba un poco, la llave inglesa se le escapaba de la mano, que debía de sudarle. Se asomó a la calle, se acercó a la vitrina donde brillaban las estrellas del ABC. Miró la foto de Nicole Dermitt.

—Je ne sais pas où elle vit. Je ne la connais pas.

No sabe dónde vive, ni siquiera la conoce, tradujo Polo, como si expresara su propia opinión para tranquilizar a Palma, que se estaba poniendo nervioso y se acariciaba maniáticamente el dedo corazón de la mano izquierda con el pulgar y el índice de la derecha. Entonces Palma sacó un papel, el carnet de la Gestapo, y se lo puso al hombre en la cara. El hombre no sabía. Seguía sin saber.

—Tout ça c'est parler pour rien dire, c'est parler pour parler, je ne sais rien —lloriqueó.

—Diga lo que diga, es para nada, hablar por hablar —lo dobló Polo, y sujetó a Palma. Pero, teniendo en cuenta que la gente siempre dice menos de lo que sabe, hizo una última pregunta.

La supo contestar el fontanero: las taquillas para las funciones del día siguiente abrían a las cuatro de la tarde.

—Merci, monsieur. Vámonos.

Se llevó a Palma hacia el coche. Había adivinado por qué su nuevo protector o guardián no entendía ni una palabra de francés: la credencial de gestapista era todo su vocabulario.

—¿A usted quién me lo manda? ¿Asensio o la Gestapo?

—¿Hay diferencia? —respondió Palma.

Fueron a un bar con teléfono que conocía Palma en el camino de vuelta al Hôtel Barbicane, cerca de la gare Saint-Lazare. ¿Funcionaban esa mañana las líneas telefónicas? Sí, o eso parecía, pero la oficina de Asensio no dejaba de comunicar, o eso dijo Palma, a quien Polo vio sacar el paquete de Hoco, Schwarze Zigaretten, cigarrillos negros. Se lo ofreció al comisario, que lo rechazó, cogió un cigarrillo, dejó el paquete sobre la barra y se perdió al fondo del local, por la escalera que bajaba al sótano, al reino oculto de los lavabos y la cabina del teléfono. Palma se creía obligado a conseguirle al comisario la dirección de Nicole Dermit, y también intentó hablar con Bernard, o eso dijo cuando volvió a la barra, aplastó lo que quedaba de cigarro en un cenicero en forma de bañera, propaganda del aperitivo Byrrh, encendió otro Hoco y pidió Dubonnet con ginebra pasado por hielo en un francés de bebedor experimentado que no sabe francés, aunque era un joven con información: sabía los teléfonos de todo el mundo, por lo menos del mínimo mundo parisino al que Polo tenía acceso. También Bernard comunicaba. ¿Estaba hablando con Asensio?

El tabaco era alemán. La ginebra era alemana, de Frisia oriental. Antes de que Palma volviera a la cabina, Polo le recordó que lo más importante eran sus billetes de tren. El camarero mezclaba gin y Dubonnet, el hielo cantaba dentro del vaso y el comisario se acordaba de su adolescencia clerical en Zamora, agua y vino mezclándose en el cáliz. Era un niño católico, redimido por el dolor, no por la alegría, y el hielo sonaba dentro del vaso mezclador del barman como la campana cascada de un monaguillo, Cristo, Cristo, Cristo. Nuit noire, nuit noire, nuit noire. Palma fue otra vez a llamar a Asensio. Descolgaron por fin en la oficina, pero Asensio acababa de salir precisamente en ese instante y una secretaria intentó alcanzarlo antes de que llegara a la calle. No hubo suerte, y en el apartamento de Bernard ya no había nadie o nadie descolgó el teléfono. Entonces Polo pidió lo mismo que Palma. Bebieron. Llenaron otra vez. Palma invitó a comer en un restaurante que estaba a dos pasos, en rue Saint-Georges, cerca de donde vivo, dijo. Tampoco estaba lejos de la Oficina Española de rue de la Paix.

Era un restaurante de la Gestapo, adivinó Polo, en una de las zonas preferidas de los alemanes. Tenía éxito, dos salas casi llenas, separadas por

una mampara. La puerta solo se les abría a los amigos. A Palma le dieron una mesa al fondo del espacio que daba a la calle: lo conocían. El comedor se alimentaba del mercado negro, de colaboracionistas, milicianos y policías de todas las policías, y de oficiales alemanes, tan fotogénicos. No tenían que ponerse el uniforme: andaban, se movían, gesticulaban, miraban como alemanes, y sin uniforme imponían más. ¿Policía secreta? Palma y Polo unieron sus abrigos y sombreros a la cofradía que conspiraba en las perchas: ropa sin cuerpo, fantasmas que parecían juntar sus cabezas invisibles y sus sombreros sin cabeza en una conjura silenciosa mientras los comensales no dejaban de parlotear.

No se veían camareros con tijeras sujetas al cuello por una cinta, recortando cupones de racionamiento como un dependiente de tienda de comestibles antes de poner encima de la mesa tres cucharadas de arroz y un trozo ridículo de caballo. Allí abundaban para los amigos la mantequilla y la nata, el vino, la carne de ternera, las salsas. A 10.000 francos el kilo se cotizaba la mantequilla en el espacio exterior. Aquel restaurante era un monumento a las ventajas de la Zusammenarbeit, la cooperación o la colaboración con el Reich salvador de Europa. Vielen dank für die gute Zusammenarbeit!, dijo Polo cuando levantó su copa de vino. ¡Muchas gracias por su amable colaboración!

—¿Cuántos idiomas habla usted, comisario?

—Los mismos que un apóstol en Pentecostés —dijo Polo, y se volvió a llenar la copa.

—Yo ya había oído eso. A Matti Bohle.

—¿Sí? ¿El señor Bohle era su amigo?

—No. Nos conocíamos.

Palma y Polo callaron. En aquel restaurante se hablaba mucho, en francés, en italiano, en alemán. Las palabras proliferaban exuberantes, como las bebidas, una selva impenetrable de voces, un ruido de río caudaloso, un laberinto verbal sin sentido para el joven Palma. Era evidente: no estaba muy seguro de qué le iban a poner de comer ese día, pero aceptaba las sugerencias con muecas como si entendiera hasta la última palabra. Miraba al camarero como si se dirigiera a una cámara de cine y ya se sintiera mirado por los ojos masivos de un público atento a la pantalla, o como si no lo mirara nadie y estuviera solo ante un espejo. Cuando le pusieron el plato delante, miró la

comida como la miraría un venusino o un plutoniano o un habitante de Júpiter. ¿Qué era aquello? No era lo que Palma esperaba.

Comieron carne buena, para los pocos y felices que jamás se limitarían a una vida mezquinamente fraccionada en cupones de racionamiento y aprovecharían la escasez general para comer mejor que nunca. Bebieron más vino. Dejaron de comer y siguieron bebiendo cuando el camarero retiró los platos. ¿Qué hacía Palma en París?, se interesó Polo, por hablar: el tiempo empezaba a hacerse largo. Hijo de abogado, Palma había ejercido la abogacía en Sevilla, un mes, dos meses, en el bufete paterno. Tradujo para un periódico un cuento de Maupassant, de crímenes: una mujer asesinaba a un loro que le recordaba a su difunto esposo. Se rió Palma. Su dominio literario del francés y las amistades de su padre lo habían llevado a la diplomacia en París. Calló. Se mojó los labios en el vino. Miró a los hombres y a las mujeres con ojos de quien ve medio dormido animales extraordinarios. Polo empezaba a conocerlo. Palma no tenía mucho que decir, pero sufría arranques y de repente lanzaba algo a lo que había estado dándole vueltas, algo que salía despedido al exterior por la fuerza centrífuga.

—Quiero irme de aquí —soltó de pronto—. Esto está muerto. Falta que desembarquen los americanos y firmen el acta de defunción.

—Tenga cuidado —dijo Polo—. Lo están oyendo. No soy aquí el único que lo entiende.

—Me da lo mismo. Me voy a San Sebastián, en el mismo tren que usted seguramente. He hablado con mi padre.

No le preguntó Polo quién era su padre, tan nombrado. Se apreciaba que era un padre importante.

—Creo que hace usted bien —dijo Polo paternalmente, y se bebió su copa y llenó la de su sombra corporizada y rejuvenecida. ¿Cuántos años tenía Palma? ¿Veinticinco? No envejecería nunca: cuando callaba como una piedra, tenía ya cara de viejo infantilizado. Había vuelto a callar.

Esta vez no habló Polo. No quería mover más la piedra muda. Fue la piedra la que no soportó aquel silencio lleno de voces que la piedra no entendía.

—Quisiera confesarle algo, comisario, algo que me callé antes. Oí la voz de Asensio cuando llamé a su oficina, aunque no sé bien lo que dijo. Se iba, salieron a buscarlo. Lo encontraron. Oí la voz de Asensio y la puerta del

ascensor. La secretaria me mintió.

—Tendría prisa o no tendría ganas de hablar con usted.

—O con usted —dijo Palma—. Yo no soy nadie.

Se levantó Polo y se apartó de la mesa, y Palma arqueó las cejas al seguirlo con la mirada: la boca se le puso triste. Podía estar a punto de llorar o preguntándose: ¿Qué hace este? ¿Adónde va? Polo había ido a buscar algo al abrigo, un sobre.

—¿Los conoce? —Puso sobre la mesa la foto en la que Paolo Corpi y el comisario bebían en Granada granizado de limón.

—Es usted.

—¿Sabe quién me acompaña?

—Es Matti. ¿Eran ustedes amigos?

—Teníamos la suficiente intimidad como para que le robara a un amigo mío cuatro kilos de oro.

Un camarero se paseó por el salón con un cubo de hielo picado.

El oro es como ciertas personas, que animan y aceleran la vida cuando aparecen. Un huevo puesto encima de la mesa en un avión que vuela a velocidad constante no se mueve, como si el avión tampoco se moviera. Pero si de pronto acelera el avión, el huevo rueda, se cae, se rompe. Polo pidió más vino de la bodega de los reyes del mercado negro.

—¿Tenía usted mucho contacto con Matti? —preguntó, como si no hablaran de oro, sino de un conocido común.

—No —dijo Palma—. En los últimos meses Matti y su socio, Bernie, frecuentaban menos al personal del consulado.

Se dedicaban a las antigüedades, según Palma, muebles, cuadros, joyas, lo que vendieran los compradores de salvoconductos, pasaportes, visados y partidas de bautismo falsas. Los contactos de los dos socios con consulados y embajadas eran fluidos. Su negocio era internacional, su clientela procedía de toda Europa. Compraban cosas viejas y vendían papeles. El negocio había menguado en los últimos tiempos.

—He oído que Matti estaba teniendo problemas con el jefe, con el tercer socio.

—¿Asensio? —preguntó Polo.



—No, un tal Decoble. No lo conozco en persona. Se le nombra de vez en cuando en el consulado. Es el protector de Nicole Dermitt.

¿Menguaban los ingresos? ¿Se había tirado Bohle al tren?

—O lo tiraron —dijo Palma, y se llenó la boca de vino, como si quisiera amordazársela. Se puso además un Hoco en los labios. Lo encendió. El encendedor tenía dos letras grabadas: GP. Hizo un gesto al camarero. ¡Cenicero!

—¿Nadie lo vio caer al tren?

—No sé. Yo los vi esa noche.

—¿A quiénes?

—A Matti, a Bernie, a Nicole Dermitt, a los tres, juntos.

—La policía cree que Bohle se tiró al tren. Usted lo sabe. Trabaja para la policía, ¿no? —dijo Polo.

No contestó Palma. Había entrado en uno de sus momentos de ensimismamiento, de buceo en el río de piedras que debía de correrle por el cerebro conforme el restaurante se iba quedando vacío. Dos individuos con barras de hielo al hombro llamaron a la puerta e intentaron entrar en el comedor a pesar de que el camarero los empujaba a la calle, les señalaba la puerta de servicio, mientras una ola de frío penetraba en el local.

—No quiero más vino —dijo. Le gritó al camarero—: ¡Gin! ¡Dubonnet!

Eran más de las cinco de la tarde. Palma parecía entender que había llegado otra vez la hora del aperitivo, gin y Dubonnet, antes de volver a comer.

—¿Usted no cree que Bohle se matara?

—Ya le he dicho...

—No me repita lo que ya me ha dicho. Dígame lo que no me ha dicho todavía.

—Gin, Dubonnet —repitió Palma mirando al camarero, sin gritar ya, y volvió a dirigirse al comisario—: No me creo que Matti, o Bohle, como usted quiera llamarlo, se tirara por gusto o se cayera a las vías por casualidad. Sabía beber, no tropezaba, no se tambaleaba nunca. ¿Qué hacía en la gare d'Austerlitz a las seis y media de la mañana? Iba sin equipaje, sin salvoconducto, sin billetes, que yo sepa. No pensaba largarse a San Sebastián.

—Llevaba la pistola —dijo Polo, mirando al vino en el vaso, como si

hablara solo.

—Llevaba la pistola —repitió Palma—. ¿Por qué no se pegó un tiro en su casa? ¿Quién lo dejó en la estación? Ya le he dicho que lo vi con Bernie y Nicole.

—¿Cuándo?

—Los vi en el Armorial, a dos pasos de la Oficina Española de la rue Quentin-Bauchart. Es donde a Nicole le gusta beberse las copas cuando acaba su número en el ABC. Yo esa noche me fui a eso de las cuatro. Tengo papeles, documentación para circular, usted lo ha visto. —Pasó al francés para ser mejor entendido—: Me beneficio de un permis de circulation automobile, circulo como me sale de los cojones y las patrullas nocturnas me importan una mierda. Perdóneme la claridad, señor comisario.

—¿Usted se fue antes o después que sus amigos?

—Supongo que Matti, Bernie y Nicole se quedaron en el cabaret hasta las cinco o las seis de la mañana, hasta el fin del toque de queda, y no me creo que Matti fuera a darse un paseo por los andenes y se lo llevara el viento con tan mala suerte que se cayó a la vía. No me creo que se suicidara. A las cuatro de la mañana estaba muerto de risa en el Armorial. Le habría contado un chiste el pianista de Nicole. ¿Usted está buscando el oro?

—Ya no.

—¿Ya no?

—Han pasado casi dos años.

—Si Matti tuvo el oro, el oro seguirá en su casa. No son tiempos de vender, sino de comprar. Solo venden los desesperados, los que acudían a Matti y a su socio.

—Alguna obra de arte venderían Matti y Bernie.

—Sí, a los alemanes y a los amigos de los alemanes y a los amigos de los amigos de los alemanes.

Palma pidió más ginebra ablandada con Dubonnet y pasada por hielo. Polo bebió más vino. ¿Qué más quería decirle Palma? ¿Hablaban por encargo de Asensio? Palma era la segunda persona a la que le hablaba del oro. La primera había sido Bernie, que podía haberle contado la historia a Asensio.

—Comisario —saboreó Palma su cocktail, tragó dos veces—, si le ayudo a encontrar el oro, ¿qué parte me correspondería?

Polo se echó a reír antes de ponerse muy serio. Los huevos habían empezado a rodar.

—¡Pero si el oro no existe! ¿Le parece bien un kilo para usted?

Pagó Palma. Le sobraban los cupones de racionamiento. Tenía dinero. Era uno de esos hijos que causan preocupaciones en las familias bien.

Pidió permiso al comisario para acercarse un momento a la esquina, a la rue Notre-Dame-de-Lorette. Quería entrar en la iglesia. En el silencio del templo en penumbra tintinearón las monedas de Palma, que se sacó del bolsillo un puñado de francos. Encendió una vela en el altar de la Virgen: se echaba una moneda en la ranura y se iluminaba una bombilla puntiaguda con la luz en forma de llama. Devoción electroautomática.

—Por que encontremos el oro —rezó en voz alta, para que la oración llegara a oídos del comisario.

—Eche otra moneda y pídale a María Santísima que mañana tenga yo en el hotel mis billetes de tren —respondió el santo.

Nadie rezó por que encontraran entradas en las taquillas del ABC. No había ni para la sesión de las tres del día siguiente ni para la de las ocho. Les ofrecieron dos entradas para el 5 de abril, lunes. Antes era imposible. París se divertía: no era tan triste como aparentaba.

## 14

Monsieur Marcel Decomble le imponía a Palma un respetuoso desprecio: Monsieur se dedicaba a la chatarra. Chatarreros y traperos de toda Francia trabajaban para él o trataban con él, y él les vendía el material a los alemanes. Había ampliado a Bélgica y los Países Bajos el negocio de recuperación de metales viejos no ferrosos: aluminio, cobre, plomo, níquel, estaño, mercurio y zinc. En el mundo del comercio la vida social tiene su importancia, y Monsieur Decomble se relacionaba con toda clase de individuos. Colaboraba mercantilmente con los alemanes desde antes de la guerra, desde los años treinta, cuando tenía fama de espía alemán, británico y soviético. En el otoño/invierno de 1940 había pasado tres meses en la cárcel por corrupción de

militares alemanes. En 1943 se rumoreaba que era un infiltrado de la Resistencia en la Gestapo y un agente de la Gestapo en la Resistencia. Frecuentaba los palacios parisinos, las Casas Reales exiliadas en París, pero no era imposible imaginarlo entrando en los mismos sitios a mano armada, reventando una caja fuerte o arrancándole solo con las manos la cabeza a un canario. Era un buen jugador de póquer. Se beneficiaba de las reservas monetarias inagotables de las fuerzas de ocupación: las cajas fuertes del Banco de Francia. La chatarra lo condujo al arte. Cultivaba el buen gusto de los aviadores y los marinos de la Luftwaffe y la Kriegsmarine, la sensibilidad plástica de las SS. Ofrecía tapices, cuadros, espejos, mobiliario noble, neveras y receptores de radio. Les mandaba clientes a Bernie Bernard y Matti Bohle, sus encargados de la sección de mercancías artísticas.

Pero no vivía en un palacio, sino en una fábrica más allá del boulevard Kellermann, cerca de la rue de l'Interne Loeb, al borde de un tramo ferroviario donde aún agonizaban vagones de mercancías fuera de servicio. Era una factoría o un almacén, no una casa, con persianas metálicas de garaje, dos plantas y luz eléctrica encendida en el piso superior a las diez de la mañana. Palma dejó el Citroën frente a dos camionetas Peugeot DK5J, dos Renault Juvaquatre con cara de mastín policiaco-militar y un Delahaye 135 negro, incongruente con el escenario. Si alguna vez funcionó allí un negocio, lo habían saqueado antes de abandonarlo: en aquel lugar no se almacenaba ni fabricaba nada vendible.

Cuatro hombres bien vestidos, idóneos para darle una paliza a un forzado o pegarle un tiro a la criatura más débil, dejaron de hablar para observar a Polo y a Palma. Uno miró el reloj. Parecían cansados de esperar algo que no llegaba, padres de familia ejemplares, cumplidores de su deber: matarían por el bien de los suyos. El de aspecto menos peligroso, el más grande y más alto, se acercó a los dos que acababan de bajarse del Citroën. Eran las diez y seis minutos.

—Monsieur Decomble? —dijo Polo.

—C'est personnel?

Palma, sin una palabra, le ofreció su tarjeta de abogado con relaciones en la embajada. Su mutismo de extranjero que no entiende lo asemejaba a uno de esos sujetos crueles que en las películas americanas no abren la boca.

—C'est personnel —dijo Polo.

El guardián entró en el almacén. Una cortina se movió en una ventana: alguien examinó desde la planta superior a dos individuos abrigados y ensombreados, al sol y con los guantes puestos. Polo y Palma esperaron quince minutos largos antes de subir por una escalera de hierro y verse ante una puerta de madera y cristal tintado de blanco. Era la oficina de una fábrica, pero los talleres y las máquinas estaban en otra parte. Entonces empezó a oírse una sierra industrial en algún sitio.

Una estufa de leña calentaba aquel despacho. Parapetado en una mesa de contable, un hombre dominaba el mundo desde su silla giratoria. No era viejo, pero había vivido más que muchos viejos. Sobre la chaqueta de un pijama de seda blanca se había puesto el chaleco de un traje gris, más oscuro que el pelo gris, pobre y escaso, demasiado crecido y rizado. Tenía la cabeza sólida, el torso considerable, manos fuertes y un Longines de oro sujeto con piel de cocodrilo a la muñeca derecha. El cuadrante caía en la parte del pulso. Ese reloj no siempre había estado en una muñeca tan poderosa. Disponía de papel de fumar y un paquete de picadura de tabaco sin marca al alcance de la mano, un cenicero lleno de colillas, una caja fuerte, dos archivadores, dos teléfonos y tres timbres eléctricos instalados sobre la mesa, además de un mayordomo o secretario con traje y corbata y sentado ante una mesa auxiliar y una máquina de escribir encapuchada, aunque también podía ser un médico de cabecera dispuesto a poner una inyección o manejar un escalpelo en caso de necesidad. Saltaba a la vista que el mecanógrafo llevaba años sin reírse.

Monsieur Decomble fumaba y se movía en su trono giratorio, de Palma a Polo, de Polo a Palma. Los miraba por encima de unas gafas sin montura visible: aquilataba el peso específico de dos policías que habían tenido la delicadeza de quitarse los guantes y el sombrero antes de entrar en casa ajena. ¿Había llamado al consulado antes de recibirlos? ¿Había hablado con Asensio? ¿Con Bernie? Analizaba a Polo y a Palma con expresión de contable que ajusta y vuelve a ajustar cantidades que siempre considera fraudulentas o insatisfactorias. Levantó la mano que sujetaba el cigarro y el mayordomo desapareció por una puerta que llevaba a las profundidades de aquel hangar. Cesó el ruido de la sierra. La silla giratoria, como la rosa de los vientos, apuntaba a los cuatro puntos cardinales.

—Et bien?

—Bonjour. Monsieur Decomble, je suis un vieux ami de Luciano Bernard et...

—Venez vous de la part de Bernie? —La inmutabilidad estupefacta de Palma cambió la lengua del hombre de la silla giratoria—. ¿Ustedes me los envía mi querido Monsieur Bernie?

—No, Monsieur Decomble —dijo Palma.

—Ah, vosotros me sois enviados por Matti Bohle. Ese muchacho era infatigable. ¡Yo pensaba los muertos más tranquilos! ¿Quieren que les hable de él? La gente ama oír hablar de seres queridos que ya no son con nosotros. Todo el mundo va estos días a la espiritista. Los muertos son muy presentes hoy. Es la guerra. Yo no pude ir al enterramiento. No supe nada de l'accident. Je lis rarement les faits divers. ¿Cómo se dice en español?

—Los sucesos —le aclaró Polo.

—Voilà. No leo los sucesos. —Les señaló dos sillas. No les dio la mano. No les ofreció la percha para dejar los sombreros. ¿Le parecían más controlables con el sombrero sobre las piernas?

—Vous connaissez...

—Hay, puede ser, cosas que yo sé, o cosas que yo he sabido y que yo he olvidado y me retornarán, quién sabe, cuando ustedes sean idos de mi casa, vous comprenez, n'est pas?

—Plus ou moins.

—¡Más o menos! Hable en español, por favor, señor. He vivido en Tetuán, en Larache, en Tánger...

Como si aquellos lugares africanos le trajeran recuerdos de un país remoto, Polo sacó su foto con Paolo Corpi, muy lejos, en la terraza del Café-Lechería Bib-Rambla.

—Pardon, monsieur. ¿Usted es el padre de maître Palma?

—No. Soy Polo.

—Comisario Polo —dijo Palma.

—Ah, Monsieur le Commissaire! —confirmó Decomble, y lanzó una risotada, feliz de estar con un personaje tan grande.

—Connaissez-vous cet homme? —Polo puso encima de la mesa su foto con Corpi en Granada.

—¡Pero es usted, mon cher commissaire, con nuestro Matti! Qu'est-ce

que c'est que cette histoire? Por favor, en español, en español, ustedes son invitados míos.

Polo, a quien nadie había invitado a nada, contó en su francés colonial la historia de los lingotes de oro perdidos, y Decomble abrió los ojos en una medida proporcional al volumen de sus carcajadas.

—¡Es mi Bohle! ¡Es mi Bohle! —Prefería expresar su alegría en español. Se reía mucho aquel hombre: los pulpos sueltan tinta y enturbian las aguas para burlar a los cazadores. El idioma extraño le permitía pensar las cosas más de una vez, le ataba la lengua, le nublaba y confundía las palabras—. Quel con! Era, ¿cómo se dice?, un cabrón, mon petit fils, un figlio della gran puttana. Il dupé tout le monde! C'est un artiste! Rien ne m'étonne de la part de Matti!

Observó la cara de Palma, la expresión del que finge entender lo que no entiende, y no dijo más en francés. Sin que los ojos le cambiaran, Decomble pasó de la risa feroz a una seriedad de juez en el momento de dictar una sentencia de muerte. ¿Oro? Le estaban hablando de un delito perseguido por el DSK, Devisenschutzkommando, Destacamento para la Salvaguarda de Divisas: ¡La ley obliga a depositar el oro en un banco! Comprar y vender oro está perseguido, dijo. ¡La posesión de oro es prohibida!

—Una vez seulement trabajé el oro, en Tánger. —Bajó la voz como si contara un secreto, un delito insignificante y feliz, y en español habló mucho de Tánger, Larache y Tetuán. La sierra industrial volvió a activarse. Sonó uno de los teléfonos. Cuando dejó de sonar, Decomble lo descolgó. El auricular, encima de la mesa, emitía un zumbido.

Polo insistió: ¿de qué tipo eran los negocios que mantenía con Matthias Bohle? Decomble habló de Larache, Tetuán y Tánger, disponía de todo el tiempo del mundo para hablar por hablar, aunque su actitud era la de quien no tiene tiempo para nadie ni costumbre de dedicarle a nadie demasiado tiempo. De Bohle no dijo ni una palabra. Miraba más al joven que al viejo: analizaba a Palma como un inversor observa la evolución de una sociedad anónima que, con buena tesorería y dividendos confortables, se duerme en el éxito prometido y, aun conservando su valor, va perdiendo el favor de los mercados. Palma, cejas perezosas un poco levantadas y sonrisa de idiota, miraba a Decomble como si tuviera delante al hermano de su madre que más admiración le merecía. Decomble, que en ese instante hablaba de Tánger,

había decidido comprar y comerse a Palma, pensó Polo: metabolizarlo en su emporio de chatarra millonaria. Le ofreció, por el momento, un cigarro informe que acababa de liar con sus propios dedos y lamer con su propia lengua. Miró a Polo. ¿Tabaco?

—Merci, monsieur, je ne fume pas.

—Ah, vous êtes comme le Führer! Le tabac vous emmerde!

Hizo otro cigarro, Palma le dio fuego con el encendedor de las iniciales GP, y el dragón exhaló una interminable bocanada de humo. A Bohle y a Corpi, si no eran la misma criatura, les había gustado relacionarse con animales que aparentemente los superaban en potencia, y Palma practicaba la misma afición.

Entonces se abrió la puerta que llevaba al fondo de la casa y apareció la mujer, en albornoz de hombre, descalza y con calcetines disparejos, uno negro y otro azul. Polo la reconoció: estaba en el ABC, en las fotos de los artistas. Era la cantante, pero podía ser la hermana gemela de Paolo Corpi.

—Tu veux du café et de l'aspirine, Marcel?

Nicole Dermit no vio a los dos extraños. La novia de Matti Bohle estaba acostumbrada a ver gente a la que había que mirar como si no existiera.



### III. ESCUADRA ESPAÑOLA

#### 15

Cantaba Nicole Dermitt en el escenario del ABC, en la sesión de las ocho de la tarde del jueves 25 de marzo de 1943. Una banda de bailarines acróbatas —chaqué y sombrero de copa— había introducido en el escenario sin interrumpir sus saltos el piano con el que se acompañaba la cantante. Interpretaba un éxito alemán, «Und wenn's auch Sünde war». Palma había blandido la tarjeta de presentación que le abría todas las puertas, su carnet de la Gestapo, y ahora compartía con Polo un rincón entre bastidores. Habían visto en la sala algún uniforme alemán y alemanes de paisano innegablemente alemanes, y para ellos murmuraba en ese momento Nicole Dermitt muy cerca del micrófono «Und wenn's auch Sünde war»: Y si un pecado fue... Esa noche... Yo no me defendí... No me importa lo que el mundo diga de mí... Fue tan maravilloso...

—No está el pianista —dijo Palma.

Los angloamericanos fracasaban en Túnez, la Wehrmacht había rechazado el ataque de los sóviets al sur del lago Ladoga, los submarinos del Reich habían hundido 784.000 toneladas en diecinueve días, o eso decía *Le Matin*. Entre bastidores Polo y Palma eran una aparición con abrigo y sombrero, policías o agentes de la censura, dos marcianos contagiosos en una burbuja de vacío, los ojos clavados en la cantante, a la que solo veían de espaldas: corta cabellera rubia, traje de noche negro como el piano, y hombros y brazos muy pálidos, siderales a la luz de los focos. Y si un pecado fue, fue tan maravilloso... Und wenn's auch Sünde war...

Y entonces la música subió medio tono, el fox-trot se convirtió en tango, y Nicole Dermit pidió perdón en francés, «Pardonnez-moi», quién sabe si por pecar o por cantar para el invasor alemán. Perdóname, deja que vuelva a decirte Je t'aime. Pardonne ma folie extrême, acabó con voz de contralto ronca, más de hombre que de mujer. Perdona mi locura extrema. Hubo muchos aplausos, vítores alemanes, pero Nicole Dermit no se levantó a saludar a su público, sino que volvió a cantar, como si quisiera aprovechar cada minuto que le concedían en escena para ganarse unos segundos estelares más en el futuro. Esperaré día y noche tu regreso... J'attendrai, le jour et la nuit, j'attendrai toujours ton retour. J'attendrai, car l'oiseau qui s'enfuit vient chercher l'oubli dans son nid. ¿Lloraba, héroïne de la Résistance, por los prisioneros y los trabajadores forzosos franceses en Alemania? ¿Hablaba con el difunto Bohle, como si de día y de noche esperara el regreso de su fantasma, pájaro fugado de la jaula que a su nido volvía en busca de olvido?

Aún aplaudía el público cuando los malabaristas invadieron el escenario del ABC vestidos de cocineros y lanzando al aire platos, cuchillos de trinchar y muslos de pavo de cartón del tamaño de muslos de vaca, a la vez que arramblaban con el piano, la banqueta y la cantante, mientras cuatro coristas con cofia y delantal de camareras empujaban una plataforma sobre la que ya tocaba su primera melodía un organista: Albert Espagne et son Orguejazz!, gritaron las coristas al unísono.

Cuando Nicole Dermit llegó al camerino que compartía con otras cuatro artistas, por el momento ausentes, encontró la puerta abierta: la esperaban las dos sombras que rondaban aquella noche por el ABC.

—Enchanté de faire votre connaissance, mademoiselle Dermit... —dijo Polo con el sombrero en la mano, pero Nicole Dermit lo miró como si viera a un animal doméstico imprevisto, un papagayo gigante quizá, bien abrigado, y, sin una palabra, fue a sentarse ante el espejo, en una esquina, contra la pared. Encendió las bombillas que iluminaban su zona, marcada con el número 5. La luz intensificó la presencia en el espejo de la cantante: Nicole Dermit se volvió más irreal. Iba a ser difícil hablar con ella a través del espejo.

—Je m'excuse de vous importuner. Je suis un étranger...

Nicole Dermit se observaba como si intentara recordar quién era la mujer

que desde el fondo del espejo le devolvía la mirada, y Polo temió que fuera sorda o no hubiera entendido lo que acababa de oír.

—Je suis un étranger —repitió.

—Pas besoin de le dire, monsieur, cela se voit bien.

Pero Dermitt solo se veía a sí misma, parados los ojos en el espejo, mientras se cepillaba el pelo con un cepillo más propio de un caballo que de una criatura humana, y generaba un aura rubia en torno a su cabeza. Sin dejar de mirarse, a tientas, destapó un tarro con algodones, frascos de tónico facial y cajas de crema, y buscó una esponja para empezar a desmaquillarse. Polo no quería darle el pésame por la muerte de su amante, o lo que hubiera sido para ella Matthias Bohle. El comisario solo necesitaba un último testimonio definitivo de que Bohle había sido Corpi. Volvería a Granada en cuanto la mujer que había compartido los días parisinos de Corpi confirmara que el Italiano era el suizo Bohle.

—Je vous connais. Où puis-je vous avoir vu? —dijo entonces la cantante, que abría en ese momento mucho los ojos, y los cerraba, y se quitaba el rímel y las sombras. Los gestos le deformaban la voz. Desmaquillarse era como quitarse una máscara, y Polo vislumbró durante un segundo, bajo la última capa de cosméticos, la cara de Paolo Corpi.

Sí, dijo el comisario: Madame Dermitt lo conocía, lo había visto en casa de Monsieur Decomble.

—Votre nom?

—Polo, mademoiselle.

—Commissaire Polo. —Palma aprovechó para exhibir su francés impotente y alargó la mano hacia un paquete de tabaco que se sostenía entre dos polveras.

—Le paquet de Gauloises est vide, et il n'y a rien d'autre —dijo Nicole Dermitt, que ni siquiera pareció dirigirle la palabra al segundo policía. Parecía hablar sola en otro mundo, meditando sobre la escasez de tabaco que imponían los tiempos, y Palma, que solo había creído entender una palabra —Gauloises—, tampoco dio signos de haber oído lo que la cantante acababa de decir. Cogió el paquete de Gauloises, lo encontró vacío, se asomó a sus profundidades como si buscara un micrófono o algún mensaje camuflado, incluso lo olió antes de volver a encajarlo entre las dos polveras.

—Voulez vous me demander un autographe? —preguntó la cantante, y

por primera vez fijó los ojos en Polo.

¿Un autógrafo? Polo puso encima del tocador de Nicole Dermit una foto cada vez más estropeada, sobre la que iban superponiéndose huellas dactilares y briznas de tabaco y lo que quizá fueran partículas de comida incrustadas. Los dos individuos de la foto habían envejecido años en dos días. Eran Polo y Paolo Corpi en Granada.

—Vous avez connu Matti Bohle? —dijo Nicole Dermit, y ahora miraba a Polo como si el interrogatorio lo dirigiera ella.

—Exactement. Nous étions presque amis —respondió Polo, y no mentía. Creía que Paolo Corpi y Matti Bohle habían sido la misma persona y, por lo tanto, podía afirmar que conoció a Bohle y que casi había sido amigo suyo. Repitió—: Oui, nous étions presque amis.

—Presque? Que désirez-vous exactement?

La estatura del comisario lo obligaba a contemplar el mundo a distancia y provocaba en sus interlocutores un deseo de cercanía, de intimidad, un impulso semejante al amor subalterno del animal hacia su amo, del soldado al jefe de la tropa, o del discípulo al catedrático más tiránico. Pero Nicole Dermit estaba lejísimos, aunque el comisario tuviera su espalda al alcance de la mano. Era incómodo hablar con la cara del espejo. No son iguales las cosas vistas en un espejo y miradas directamente.

—Vous connaissez Paolo Corpi? —preguntó Polo.

—Corpi? Ce nom ne me rappelle rien.

Que el nombre de Paolo Corpi no le dijera nada a Mademoiselle Dermit le confirmó al comisario que el individuo que se había fotografiado con él en el Café Bib-Rambla de Granada y el que reinaba en París sobre la banda boxística de la Sala Wagram eran una sola persona. Había llegado el momento de irse.

Entonces Polo notó algo que antes no estaba en el camerino, una diferencia en los ruidos, entre el silencio de Palma y el roce de los dedos y los algodones y las borlas que Nicole se llevaba a la cara: como si el oído percibiera al unísono dos notas musicales distintas y reconociera su incoherencia. Dejó de mirar a la cara en el espejo. Se volvió. Con la espalda contra la pared, en un punto invisible para los cinco espejos del camerino, esperaba a Nicole el mayordomo o médico de cabecera de Decomble.

—T'inquiète pas: je termine dans deux minutes. Je suis bien foutue ce

soir —dijo la cantante.

El enviado de Decomble siguió mudo, y no parecía sentir ninguna inquietud. Ni se había quitado el sombrero, ni parecía respirar. Polo lo cacheó con los ojos. Llevaba una Luger.

—Tu est dégoûtant. T'as tout d'un flic. —Nicole Dermit perdió la paciencia, mirándose al espejo y desencapuchando una barra de labios. Y Polo dudó quién era el flic, el policía dégoûtant, asqueroso: si la cantante lo insultaba a él o insultaba al mayordomo médico.

—Pregúntele por el pianista —dijo Palma.

Polo no tuvo que preguntar.

—Voló, señor. El pianista voló. Si no está en Lisboa, ya está en Nueva York o en Hollywood —dijo Nicole Dermit en un perfecto español de erres mutantes, como si cantara, un poco ronca. Tenía la voz de Paolo Corpi.

## 16

Lo conocía la portera de la casa de place Suart-Merrill: estaba acostumbrada a verlo llegar al apartamento de la aragonesa a la hora de los malhechores y de los flics, si todavía era práctico distinguir entre el hampa y la bofia. Eran más de las once de la noche y las calles se volvían inseguras bajo el toque de queda. Alodia Dolz tenía una habitación con baño en lo más alto de un edificio de cuatro plantas, en una zona de pisos requisados por los alemanes, no demasiado lejos de la Oficina Española de rue QuentinBauchart.

Los pasos y la manera de abrir y cerrar el ascensor del visitante de las once y pico les sonaban a los inquilinos de la casa como una de esas músicas que la radio repite siempre a la misma hora. Palma ni le devolvió la mirada a la portera cuando pasó ante su garita, cerrada y solitaria en apariencia, pero sintió sus ojos encima, vigilantes a través de la mirilla que se abría cada vez que un ruido llegaba del portal, y la oyó desde el ascensor: salía de su refugio para comprobar que las llaves de la casa estaban bien echadas. Las cerraduras, las llaves y los cerrojos eran su obsesión profesional, su manía íntima.

Temía a los maleantes, que la habían obligado a pintar del color de la fachada las placas de bronce de los médicos, notarios y abogados habitantes del inmueble para evitar que las robaran. Temía a los curiosos. Temía a los vecinos, empezando por sus inquilinos, que podían ser maleantes, tal como estaban los tiempos. Desconfiaba de la Sûreté, de la Gestapo, de la Milice française y de las Brigades spéciales, pero era una de las mejores informadoras con que contaban todas las policías de París, y el mejor oído para detectar las voces de las emisoras prohibidas que sonaban al otro lado de las puertas de los apartamentos. A Palma le constaba.

Dos veces llamaron a la puerta los nudillos enguantados y Alodia entreabrió sin quitar la cadena de seguridad. Llevaba encima de un jersey rosa y unos pantalones de pijama de hombre la bata de siempre, rojo rubí: solo le faltaba un nombre de oro a la espalda para parecer el batín de un boxeador, algo que quizá había sido en otro tiempo. Estaba fumando y, a la vez que quitaba la cadena, lanzó una larga bocanada de humo. Palma entornó los ojos, separó los labios y aspiró y exhaló parte del humo que ya había respirado Alodia Dolz. Buenas noches, dijo.

El color azul cerúleo de las paredes hacía más estrecha la habitación. La luna del armario, duplicando las cosas, y una puerta para enanos pintada también de azul creaban una ilusión de amplitud irreal que, conforme se permanecía en el cuarto, se transformaba en ahogo. La luz era mala, procedente de un globo de cristal blanco en el techo. Un flexo encendido sobre una mesa plegable añadía a todo, además de sombras, el aura amarillenta de una bombilla de 25 vatios. Palma miraba a todas partes, como si quisiera adivinar por lo que tenía ante los ojos el carácter de la persona desconocida que sobrevivía en aquel cuarto.

—¿Encuentras lo que buscas? —dijo Alodia Dolz.

No contestó Palma. Las quemaduras de colillas en la alfombra seguían siendo las mismas, el mínimo calefactor azul cerúleo seguía transmitiendo la misma sensación de frío irreparable, de la percha seguían colgando el abrigo negro de Alodia Dolz y la funda de la cámara Leica, la cama turca en la que había abandonado el sombrero y los guantes no había cambiado de colcha. Naja, tabac d'Orient, paquete amarillo con una cobra en el centro, seguía siendo el tabaco de Alodia, que trasladó los guantes y el sombrero de Palma a la silla: encima de la cama traían mala suerte. La puerta enana, imposible de

abrir del todo (chocaba contra el lavabo), seguía dando a un baño diminuto que, con el añadido de un infernillo, servía también de despensa y cocina. En un portarretratos de cuero, sobre la mesa, un hombre feliz sonreía en la nieve: nunca iba a morir. El cenicero seguía lleno encima de la radio, apagada y con unos auriculares conectados. Palma retiró el plato de café en el que, al lado del cenicero, había dos alianzas de oro, y puso la mano encima de la radio. Telefunken. Estaba caliente. Comprobó el dial. Encendió el aparato. Se acercó los auriculares a la oreja derecha. Emisoras enemigas. La BBC.

—Está usted detenida —dijo Palma golpeando la radio dos veces.

—¿La radio o yo?

La besó y aprovechó para mirar el reloj, en el brazo que rodeaba la cabeza de Alodia, que apenas le llegaba al hombro.

—¿Qué quieres? —dijo Alodia. Conocía a Palma, tan tranquilo, tan silencioso: uno de esos que abren relojes para ver lo que tienen dentro y acaban destripándolos. Palma explicó lo que quería, sin quitarse el abrigo, de pie, mientras ojeaba la revista que Alodia había dejado abierta sobre la cama turca, fotos de las Propaganda Kompanien de la Wehrmacht: fábricas de aviones, soldados en las nieves rusas, maniqués en desfiles de moda en Berlín, publicidad, blindados Mercedes en un paisaje místico de oscuridad y haces de luz y escuadrillas en formación de bombarderos bimotores de la Luftwaffe, la estrella de Mercedes en el cielo nocturno.

Solo quería que los salvoconductos y billetes de tren a España del comisario Polo no se tramitaran todavía o se tramitaran con la lentitud suficiente como para que el comisario perdiera la impaciencia y se conformara con esperar las veleidades azarosas de la burocracia, tan parecidas al destino.

Había otro cigarrillo entre los labios de Alodia, que deformaba la boca y entornaba los ojos para evitar el humo: una máscara irritada. La proximidad de Palma le cambiaba los gestos, le provocaba una inquietud especial. Se quitó el cigarro de los labios, lanzó el humo con los ojos cerrados y la cara levantada hacia el techo, como si rezara o pidiera un deseo. La secretaria de la Oficina Española era una idealista pragmática, falangista de la Sección Femenina, condecorada con la Y de plata de Ysabel la Católica y dos alianzas en un solo dedo, viuda a los veinte años, viuda de guerra, una heroína. No hablaba de sus hazañas. Hablaba poco. Había probado su eficacia en oficinas

relacionadas con los servicios consulares de España en París, donde ejercía una autoridad tácita tan sobrentendida que ni quienes la acataban eran conscientes de su obediencia ciega a la camarada Dolz.

—Que me lo pida Asensio personalmente.

—Asensio no tiene nada que ver con esto, Alo. Te lo pido yo.

—Me llamo Alodia. ¿Te vas a quedar?

—¿Puedo quedarme?

—Te lo estoy diciendo, ¿no?

—Me lo preguntaba a mí, no a ti.

—Eres un cabrón, Palma.

## 17

Un imponderable despertó a Polo el viernes 26 de marzo en su habitación del Hôtel Barbicane: a las seis y media de la mañana, veinte minutos después del levantamiento del camuflaje de la iluminación, sonó ese conductor de noticias intempestivas que es el teléfono. ¿Estaban disponibles sus billetes de tren? Tanteó, encendió la luz y miró las cosas como si hubiera pasado su primera noche en aquel cuarto: no las reconoció a primera vista, aunque seguían lo mismo que cuatro días antes.

Se le citaba urgentemente en el Bureau Espagnol de rue de la Paix. Un coche lo recogería a las siete y media en el hotel. No podía negar que los servicios auxiliares del consulado se habían desvivido en todo momento por evitarle la inacción, el aburrimiento y hasta el descanso: le mandaron a Palma y ahora le ponían un Renault en la puerta. A las ocho menos cuarto el comisario entraba en las oficinas de rue de la Paix, el primer lugar al que se había dirigido en París el lunes 22 de marzo, día de su llegada: volvía al punto de partida como un bumerán de Australia.

Pero ni lo recibieron en el mismo despacho ni le dio la bienvenida Asensio. Un ujier que todavía no se había puesto la chaqueta del uniforme lo condujo al fondo del patio interior, a una dependencia idónea para interrogatorios especiales del tipo verschärfte Vernehmung, interrogatorio



reforzado, aunque no había bañera, ni cables, ni pinzas de conexión y electrodos a la vista. Puesto que no había nadie en la habitación, Polo dejó el sombrero en la percha y se sentó en una de las dos sillas disponibles, la que parecía para las visitas, de espaldas a la puerta. Los estantes estaban vacíos. Un flexo iluminaba, sobre la mesa, dos tazas con posos de café, un plato con cáscaras de huevo y unos papeles en blanco. El Caudillo Generalísimo y el Fundador del Partido clavaron los ojos en Polo desde dos fotos enmarcadas en la pared. ¿Qué querían? La única ventana tenía los cristales tintados de blanco, sin cortinas. Al otro lado de una puerta entreabierta que daba a otra habitación, junto a la biblioteca vacía, alguien hablaba solo. Hablaba, callaba, hablaba, hablaba más que callaba, nadie le respondía nunca: estaba hablando por teléfono.

Polo no identificó la voz (no era la voz de Asensio), pero sí a su dueño en cuanto lo vio, uno de los varios e intercambiables supuestos asesores jurídicos que se movían por el Bureau Espagnol. Se llamaba Viladeu. Era de esos que, cuando te los cruzas, siempre están mirando a otro sitio y nunca te ven, lo que los exime del esfuerzo o el compromiso de saludar. Acababa de afeitarse y se había afeitado demasiado rápido: pelos y restos de espuma habían sobrevivido al paso de la cuchilla. Llevaba muchas horas con el mismo traje, la misma camisa y el mismo nudo en la corbata, y quizá se había echado un rato sin quitarse ni la chaqueta, o no se había acostado en toda la noche. Se había aplastado muy bien el pelo hacia atrás, poco pelo, con brillantina y fijador.

Le tendió la mano derecha a Polo, floja, sin mirarlo, de paso hacia su silla al otro lado de la mesa, donde apoyó la izquierda, a la espera de que se entrelazaran los dedos de ambas manos, manos de no haber trabajado nunca, sacerdotales, equilibradas, reflexivas. Se examinó una uña como si en ese cuadrilátero córneo estuviera escrito lo que debía decir, y por fin dirigió la vista a Polo, o no exactamente a Polo: al lóbulo de una oreja de Polo, al mentón y la nuez de Polo, a la corbata de Polo, a un hombro de Polo. A los ojos no lo miraba, quizá para no obligarse a levantar demasiado la cabeza. Una vez llegó a la mancha que a Polo empezaba a formársele en la sien. Viladeu tenía ceniza y yema de huevo en las gafas, y los ojos oscuros y lagrimosos. En el consulado nunca se sabía por dónde andaba, y sus apariciones, cuando se producían, significaban complicaciones. Era preferible

su ausencia a su presencia. Polo lo había conocido en 1941.

La nariz resumía su físico, grande, torcida y prolongada por la frente amplia, de amplias entradas. No recurrió a las frases obligadas del manual de conversación para funcionarios. Pidió disculpas al comisario por haberlo sacado de la cama tan extemporáneamente. Había un muerto.

—Un navajazo, solo uno, por la espalda —dijo, y bajó la voz—: En la nuca.

## 18

Poco después del camuflaje de luces, pasadas las siete y media de la tarde, una patrulla rutinaria había encontrado moribundo a Juan Asensio en la rue Watt, en el tramo que transcurre bajo las vías que llevan a la gare d'Austerlitz. ¿Le sonaba el sitio a Polo? Sí, Polo conocía ese pasadizo de columnas de hierro donde jamás hay nadie, muy apto para el miedo y el robo, y en el que alguna luz de gas añade oscuridad a las tinieblas. Si en la acera, que se levanta más de un metro sobre la calzada y está protegida por una baranda, un individuo le cierra el paso al viandante al mismo tiempo que otro lo alcanza por la espalda, el acorralado se ve sin salida. El consulado supo del apuñalamiento de Asensio a las nueve de la noche. Las malas noticias tienen los pies ligeros.

Asensio murió casi en el acto, aunque todavía vomitaba la última bocanada de sangre cuando por casualidad lo encontró la patrulla. Los gendarmes creían haber llegado a oír los pasos de los asesinos, en fuga hacia rue de la CroixJarry, cuatro pies, dos criminales. El trabajo fue rápido, brutal pero limpio. El propio Viladeu se había encargado de reconocer el cadáver en el depósito.

A Asensio se le había quedado cara de estupefacción, o ese era el criterio de Viladeu, que se quitó las gafas, se oprimió los ojos con el pulgar y el índice y, con esos dos mismos dedos, se pellizcó el entrecejo antes de volver a ponerse las gafas. El estado de los cristales distraía a Polo, absorbido por el laberinto de partículas acumuladas durante la noche en las lentes: polvo, escamas de piel, secreciones, ceniza, comida y huellas dactilares, recordatorio

de los procesos de exfoliación, molturación, trituración y desintegración que contribuían sin un segundo de descanso al apocalipsis final universal.

Pensó Polo en el muerto. Su asesino debía de ser un especialista, un carnicero con el vigor suficiente para hundir en la nuca un puñal de hoja generosa, o eso le daba a entender la bocanada de sangre. Asensio no había sido un hombre alto, pero sí de mucho peso físico y espiritual. A su paso se sentía correr el aire. Daba pasos demasiado grandes para su estatura, acostumbrado a andar detrás de gente más alta. Parado Asensio, todo parecía parado, atraído por su masa imponente. ¿Qué efecto ejercerá tan notable pérdida en la tramitación de mis billetes de tren?, pensaba Polo, pero lo que dijo fue:

—Le agradezco que haya creído oportuno notificarme personalmente la desgracia sufrida por nuestro común amigo.

Viladeu se rascó la cara, se miró el dedo, se quitó las gafas otra vez, las dejó sobre la mesa, se sacó un pañuelo y se secó los ojos, volvió a ponerse las gafas, de cristales cada vez más opacos, más impenetrables.

—La prefectura de París considera la muerte de nuestro común amigo un crimen ajeno a todo estímulo político, una vulgar agresión. En los archivos policiales hay constancia de asaltos parecidos en el mismo paraje —informó Viladeu, y parecía leer su discurso en las vetas de la madera, mientras trazaba con el índice rayas sobre la superficie de la mesa, como si escribiera lo que iba diciendo—. El ladrón no sabía que acuchillaba a un funcionario español. No hay que darle más vueltas. No hay que extrañarse de que se rompa un vaso o se muera un mortal. Estamos de acuerdo con la interpretación de la policía francesa —concluyó Viladeu.

—¿A Asensio le robaron algo?

—No.

—¿Lo mataron porque no llevaba nada encima?

No. Asensio, según la teoría de la policía francesa, debía de haberse resistido a sus asaltantes, que no dudaron en asestarle una puñalada en la nuca, mortal de necesidad y digna de un especialista, y no tuvieron tiempo de vaciarle los bolsillos. Oyeron llegar a la patrulla, huyeron. No hubo tiempo de robar, explicó Viladeu. Nadie había metido la mano en los bolsillos del muerto.

—¿Dejaron clavada la navaja?

No, y no era una navaja. El forense definía el arma del crimen como un cuchillo de cazador o un machete militar. El comisario dispondría inmediatamente del informe forense y de la documentación de la Sûreté.

¿Por qué hago preguntas?, pensó Polo. ¿Por qué no pido mi permiso de viaje y mis billetes de tren?

—Mi querido señor Viladeu —dijo—, le agradezco mucho que me haya despertado para informarme de una pérdida tan irreparable. Trabajé con Asensio en el invierno de 1940 y 1941. Me asistió en el hospital cuando me puse enfermo. Se preocupó entonces de mi repatriación a España, como me tramitaba estos días los pasajes para mi regreso inmediato a Madrid y Granada. Supongo que esos pasajes obran ahora en poder de usted, que ha tenido la amabilidad de...

Viladeu lanzó una de esas risotadas nacidas de la tensión emocional acumulada en los velatorios. Se rió de tal manera que estuvieron a punto de caérsele las gafas, solo un aro de oro en torno a los cristales, que por fin limpió, en la euforia del espasmo nervioso.

—Mi muy apreciado comisario, el consulado ha sentido mucho la súbita desaparición del señor Asensio. Nos consta que el asunto por el que está usted en París es de carácter privado, no oficial, pero el señor Asensio no dudó en ofrecerle su colaboración y dirigirlo al señor Bernard...

—Por razones obvias, como usted sabe, me ha sido imposible reunirme con la persona que me interesaba... —Polo trató de evitar que Viladeu le contara interminablemente su propia estancia en París.

—Sí, sí. Del señor Matthias Bohle quería hablarle también —dijo Viladeu—. Lea.

Viladeu se había sacado del bolsillo de la chaqueta lo que parecía una copia casi ilegible del informe forense sobre la muerte del señor Asensio: herida transcraneal con arma blanca que afecta la primera vértebra cervical, irrumpe en el canal medular, secciona la médula, deja atrás el bulbo raquídeo, traspasa la faringe y penetra en la boca. Muerte instantánea.

El cónsul general, es decir, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de la Gobernación, requerían del comisario un servicio que no le ocuparía más de unas jornadas, menos tiempo del necesario para tramitar su regreso a España. El señor Asensio colaboraba con la agregaduría militar de la embajada, de la que dependían los servicios policiales, aunque no fuera militar ni funcionario de los cuerpos de seguridad. Viladeu confesó no saber con exactitud qué era Asensio. ¿Abogado? ¿Periodista? Bueno, también los periodistas son en nuestros días agentes del Estado, y Asensio trabajaba en íntimo contacto con la Propagandastaffel, la Oficina de Propaganda alemana, a dos pasos de aquí, en Champs-Élysées, dijo Viladeu. Y también la seguridad y la policía son una cuestión de prensa y propaganda, el comisario lo sabía perfectamente. El caso es que Asensio había contado como colaborador con el señor Bohle y, en el plazo de menos de un mes, tanto Bohle como Asensio habían aparecido muertos en la zona de la gare d'Austerlitz. No existía relación entre las dos muertes, pero...

—¿Asensio había cambiado de domicilio? —interrumpió Polo a Viladeu —. ¿Vivía ahora cerca de la estación de Austerlitz?

—No. Vivía cerca de aquí, en el apartamento que usted seguramente le conoció, en rue des Saussais, enfrente de la Gestapo y la SiPo. Lo que le estaba diciendo —continuó Viladeu, que en ese momento miraba la boca de Polo, como temiendo que volviera a abrirse— es que no hay ningún nexo entre la agresión criminal sufrida por el pobre Asensio y el accidente ferroviario que mató a Matthias Bohle, quién sabe si un traspie cerca de las vías o una decisión más o menos súbita del pobre muchacho. En fin, no sería el primero que se estrella contra un árbol creyéndose inmortal y...

—¿Usted vio a Asensio, en los últimos tiempos, preocupado porque pudiera pasarle alguna cosa? No sé, ya sabe...

—No, por el amor de Dios, y quizá su falta de prevención aumentaba, en su caso, el peligro que nos acecha a todos en estos tiempos. El hecho, le decía, mi querido comisario, es que han coincidido en pocos días dos muertes relacionadas con esta casa...

—¿Usted cree que están relacionadas las dos muertes?

—¡No, por Dios! Se lo he dicho y vuelvo a decírselo: se trata de dos accidentes desconectados. La policía francesa muy pronto detendrá al autor o los autores del asesinato del señor Asensio, que en paz descanse, y punto

final.

—¿Y qué quiere usted que haga yo? —preguntó Polo.

El Ministerio de la Gobernación consideraba al comisario —anunció solemnemente Viladeu— el funcionario idóneo para redactar un informe sobre una escuadra que, después de rendir servicios muy útiles al nuevo Estado, se había disuelto en los últimos dos meses. Polo había trabajado con Asensio en 1940 y 1941 y, según uno de los últimos informes del propio Asensio a la superioridad, conoció a Matthias Bohle en 1938 y lo trató con asiduidad hasta 1940, un dato inesperado, si no sorprendente. Concurría además la circunstancia de que el tercer miembro del grupo de Asensio, Luciano Bernard, fue una captación personal del comisario.

¿Quién mejor que Polo podría reconstruir, a partir de Bernard y de los informes policiales, la trayectoria de aquel equipo que tan buenos servicios había prestado? Quizá alguno había olvidado sus funciones para privilegiar otros empeños ajenos a la Oficina Española, el comisario debía tenerlo en cuenta. Era indudable que Bohle se había ido desconectando poco a poco de la Oficina, de la central eléctrica principal, por decirlo así, quizá movido por los negocios que compartía con Luciano Bernard, aunque, a Viladeu le constaba, sus ingresos habían menguado de un modo drástico en los últimos meses. Se trataba de una circunstancia que quizá influyó en su visita final a la gare d'Austerlitz, sugirió Viladeu. Los cortes de corriente entre el consulado y el mismo Bernard se repetían ahora con una frecuencia que nadie habría pronosticado tres meses antes. A Bernard se le esperaba en la Oficina de un momento a otro.

—Hay más —dijo Viladeu, y sacó del único cajón de la mesa tres carpetas azules, de archivo, tres expedientes. Separó una y se la tendió a Polo. La habitación se había aclarado desde que el señor Viladeu se había limpiado las gafas. Daba el sol en los cristales de la ventana. La luz del flexo se diluía, se volvía invisible, pero Polo dirigió la bombilla hacia los papeles que tenía delante: la ficha con foto de un hombre. Había visto a aquel individuo más de una vez, en algún sitio. El nombre no le decía nada, Carlos Cirat Buitrago, natural de Valencia, nacido en 1918 y muerto en Boulogne-Billancourt el 2 de febrero de 1943. En 1936 estudiaba filosofía en la Sorbona. Hijo de un cardiólogo, su familia huyó a México en 1941. Cirat se negó a seguirla. El expediente incluía informes de la prefectura de París y de la Gestapo, así

como un recorte de periódico.

—No lo lea ahora, estudie luego todo, con tranquilidad. Tenga usted en cuenta que el señor Cirat fue, como el señor Bohle, una captación de su bien conocido Luciano Bernard.

—Cirat. ¿Qué hacía? —preguntó Polo.

—Digamos que colaboraba con la sección de prensa, aunque últimamente aparecía poco por aquí. Cada vez nos gustaba menos —dijo Viladeu—. Ya lo ve, comisario: familia de rojos huida a América. El señor Cirat nos fue útil al principio, conocía a gente, pero las situaciones cambian y, quién sabe, lo mismo le pagaba el Socorro Rojo Internacional o alguna otra banda comunista. De aquí cada vez recibía menos.

—¿De qué vivía? —insistió Polo.

—¿Por qué no le pregunta a su amigo Bernard? —Polo no estaba seguro de si Viladeu pensaba en Bernard como amigo de Cirat o como amigo de Polo—. Bernard conocía a la familia Cirat, la visitaba. Se suponía que la vigilaba.

—Entiendo que a usted no le consta de qué vivía Cirat.

—Si no tenemos en cuenta la posibilidad de que estuviera a sueldo de Moscú, creemos que sus ingresos se reducían a lo que le sacaba a la Sorbona.

—¿A la Sorbona?

—Hacían con él experimentos en la Universidad —ahora Viladeu se reía—. Lo alquilaban de rata de laboratorio. Le conectaban cables, le pinchaban, le hacían ver luces y oír zumbidos, lo ponían a dar vueltas en un sillón eléctrico. O eso contaba aquí. ¿Usted se lo cree? Lo mismo habían descubierto que no tenía esqueleto y que era un marciano. Según su historial, solo era un delincuente. Ahí lo tiene, léalo.

—A usted le gustaba poco —resumió Polo.

—El caso es que los tres, Cirat, Bohle y Bernard, formaban parte del círculo de Asensio. Parece que Asensio no se rodeó de los colaboradores más adecuados. No lo critico. Todos nos equivocamos alguna vez. —Polo se preguntó si aquel hombre no le estaba reprochando su supuesta proximidad a Bohle desde 1938 y su elección de Luciano Bernard como confidente en 1940—. Considérese armado de plenos poderes para hablar con quien crea conveniente, amigo Polo. Usted es el más indicado para pedirle a Bernard toda la información que obre en su poder. Lo introdujo usted en esta casa,

¿no? Solo espero un informe, lo más exhaustivo que permitan las circunstancias, de hasta dónde llegan las conexiones de la escuadra de Asensio fuera de esta Oficina.

—No sé si...

—Me he permitido concertarle una cita en rue des Saussais con su viejo conocido Rudolf Heidenreich, mañana a las diez menos veinte. Así podrá conocer directamente la visión de la Gestapo.

Viladeu no esperó la reacción de Polo a lo que con aspecto de solicitud intranscendente se le imponía con la contundencia de una orden. Sin levantarse de la silla, se volvió y pulsó un botón en la pared. Sonó un timbre a dos habitaciones de distancia.

—Tome posesión de este despacho —continuó, y no se limitó a ofrecer aquel cuarto desnudo—. Pida lo que necesite. Se le facilitará en la medida de nuestras posibilidades.

—¿Sigo contando con la asistencia de Palma?

No hubo contestación. Llamaban a la puerta. Adelante, adelante, gritó Viladeu.

—Alodia, considérese a las órdenes del comisario Polo, aquí presente.

Antes de que Polo tuviera tiempo de levantarse la mujer saludó brazo en alto. Tenía los brazos largos, como las piernas. Usaba zapatos planos, y a Polo debía de llegarle casi al hombro. Era afilada como una aguja, y larga y afilada era la nariz. En las mejillas, en torno a los labios, se le formaron mínimos pliegues parecidos a paréntesis. ¿Le había recordado algo la cara o el nombre de Polo? ¿Había sonreído? Boca dura. Pómulos duros. Mentón duro. Cuello largo. Vestía de negro, ropa sencilla y cara, y se recogía el pelo, castaño casi negro, en un moño muy disciplinado. Tenía los ojos verdes y amarillos, duros como la boca pintada, y dos anillos en el mismo dedo anular, una doble alianza de viuda. No le habían perforado las orejas para ponerle pendientes. No tiene más de veinticinco años, calculó Polo. Si era viuda de guerra, se había casado muy joven.



—Los dejo, los dejo. —Viladeu se rascó la cara, se miró el dedo, y se esfumó como si se hubiera vuelto invisible, disuelto en el aire. Era un hombre con una capacidad fuera de lo común para las desapariciones súbitas.

—¿Cómo puedo llamarla, señora?

—Me llamo Alodia Dolz, comisario.

—Señora Dolz, ¿conoce usted a Palma?

—Aquí se conoce todo el mundo.

—¿Puede mandármelo?

No le había confirmado Viladeu que Palma siguiera siendo su pesada sombra, su guardián en París, y Polo, sin más trámites, se concedió la iniciativa y nombró a Palma su asistente personal. En las oficinas públicas lo que un día surge por capricho, comodidad o conveniencia de algún funcionario (sea cual sea su categoría) tiende a repetirse y convertirse en inercia para integrarse por fin en los reglamentos y en la ley. Polo empezaba a tomar posesión de los dominios que acababan de confiarle. Lo habían despertado al amanecer. Lo habían llevado a rue de la Paix. Le habían comunicado el asesinato de un funcionario con el que colaboró en 1940 y 1941 y del que creía depender para volver a España. Se le pedía un informe sobre el alcance del círculo de Asensio: la escuadra de Asensio, dijo Viladeu.

Por aguda que sea la capacidad de percepción metódica de un individuo, la costumbre siempre le velará parte de las cosas, y en París Polo contaba con una ventaja: no había tenido tiempo para adquirir costumbres. Era un extraño. Descubriría aspectos que la familiaridad o la complicidad corporativa le ocultarían a cualquier funcionario de los servicios consulares. ¿Pensaban así en Madrid, en el Ministerio de la Gobernación y en el Ministerio de Asuntos Exteriores? La impresión del comisario era otra: en el extranjero todo se ve a cierta distancia, y la distancia, por mínima que sea, más de una vez deforma la visión y el juicio. Se sentía como si le hubieran ordenado levantar un brazo paralizado o una carga demasiado pesada para su capacidad: como si lo obligaran a recordar un nombre olvidado desde hacía décadas, o a entender una frase en turco.

No sabía turco. No conocía el área del círculo de Asensio. Se quitó el abrigo, lo colgó en la percha, volvió a su silla. Abrió el expediente que acababa de confiarle el volátil Viladeu. Se enfrentó a la foto de pasaporte de Carlos Cirat Buitrago, un individuo con gafas redondas de concha de tortuga,

de estudiante de filosofía. Sí, le sonaba aquella cara, la había visto ya en otro sitio, no hacía mucho. Le habría quitado las gafas a Cirat como se quita una careta. ¿De qué te conozco? ¿Lo había visto ya alguna vez por la Oficina Española en los lejanos días de 1941?

Era un joven saludable, un hombre guapo, de ojos astigmático-miopes. Cada ojo parecía enfocar objetivos distintos, quizá por un levísimo estrabismo en el ojo derecho. La nariz tenía una presencia importante. Había un fondo de cautela en la expresión de Cirat Buitrago, aunque podía ser el aire normal de quien se deja retratar por razones administrativas. La boca, bien trazada, valiente, parecía recelar de su propia tendencia a echarse a reír sin control, a soltar una temeridad, a deformarse bajo el influjo de alguna impresión súbita.

La cara de Cirat era de cómico, de histrión, de criatura con una fecunda propensión a divertirse, y quizá por eso se apretaba tanto el nudo de la corbata, para recordarse las contingencias de la vida mortal, siempre peligrosa, y la necesidad de contención. Tenía el hueso frontal poderoso, una frente relevante y sin entradas, buen pelo, brillante, oscuro y peinado hacia atrás, proclive siempre a rebelarse y romper la disciplina que imponen el peine y el fijador. Las orejas estaban acostumbradas a sostener la varilla de las gafas, y Cirat Buitrago estaba acostumbrado a meterse en problemas de solución imposible, dispuesto a recurrir a los procedimientos más absurdos para defenderse de las mil amenazas que se le venían encima. Polo intuyó que se sentía mal entendido, algo que siempre es un poco triste. Lo habían matado a tiros el martes 2 de febrero.

Los informes de la Préfecture de Police y la Gestapo sobre la muerte de Carlos o Charles Cirat coincidían, y Polo dedujo que habían sido elaborados por una mano y traducidos por otra. Un anónimo cronista de sucesos se ciñó al parte policiaco para redactar la noticia que publicó *Le Matin*, *Le mieux informé des journaux français*, un periódico con el que Polo había establecido cierta familiaridad. En sus páginas podía seguir leyendo a los mismos corresponsales internacionales que en los periódicos de España: los departamentos de publicidad de Hitler y de Mussolini. Cirat, según *Le Matin* y la policía, era periodista. ¿No había definido Viladeu el periodismo como una rama de los servicios del Estado? En la Oficina Española abundaban los

periodistas y los abogados, y abogados y periodistas ejercían labores policiales. El periodismo y la policía no eran ajenos entre sí, según la experiencia de Polo: se mezclan en uno de esos cauces en los que confluyen actividades como la extorsión y la coacción, sobre todo bajo determinadas circunstancias políticas y en régimen de guerra.

En la noche del martes 2 de febrero, en Boulogne-Billancourt, avenue des Moulineaux, camino de su casa poco antes del toque de queda, un comerciante encontró malherido de cinco tiros de pistola a Charles Cirat, periodista, de veinticuatro años, dado por muerto por sus agresores e ingresado agonizante en el Hospital Ambroise-Paré. Antes de morir, según la policía y *Le Matin*, el desgraciado había tenido tiempo de prestar declaración y guiar a las fuerzas del orden a la guarida de sus asesinos. Cirat, con domicilio en París, rue des Cinq Diamants, había acudido con 400.000 francos a la habitación de un hotel. Su intención era comprar un alijo de tabaco belga en paquetes de 100 gramos. El hotel y el número de la habitación le habían sido señalados por un intermediario, que resultó ser uno de los dos individuos que lo esperaban armados con la única intención de robarle y matarlo. Lo habían metido en un coche con destino desconocido y, a la primera oportunidad, Cirat había saltado del vehículo. La autopsia reveló que tenía rota la clavícula derecha. Su asesino le disparó y acertó cinco veces.

La policía localizó a los dos criminales en el hotel indicado por el moribundo. Recibida a tiros, se había visto obligada al uso de sus armas reglamentarias. Los pistoleros, que hirieron a un inspector, resultaron muertos. Fueron identificados como Jean Madinier y Max Fechner, checo naturalizado francés. Polo buscó en el expediente Cirat más información sobre Fechner y Madinier. Encontró dos fichas con las fotos y características de los dos individuos. Fechner estaba un poco hinchado para su edad, treinta y dos años, era rubio y se declaraba mecánico de automóviles. El documento registraba que era propietario de la patente de un nuevo modelo de carburador. Parecía inofensivo. No tenía pinta de llevar pistola. La nariz, cejas y pómulos de Jean Madinier corroboraban que se dedicaba al pugilismo, un peso pluma, veintiséis combates profesionales, trece victorias, cuatro nulos y nueve derrotas. Sus rasgos eran españoles, sicilianos o marroquíes. Tenía veintisiete años y no sería una temeridad creer que disponía de pistola, cuchillo y porra. Según la indagación policial, entrenaba

en una sala y gimnasio de boxeo situada en 6, rue des Cinq Diamants, quartier de la Maison-Blanche. Los investigadores no habían creído necesario señalar la coincidencia de que Cirat viviera en rue des Cinq Diamants y Madinier, uno de sus asesinos, entrenara en la misma calle.

Los 400.000 francos no habían aparecido. El malogrado Cirat no pudo dar a la policía la matrícula del coche en el que había sido secuestrado, pero sí la marca y el modelo. Se trabajaba en su localización. El titular de *Le Matin*, en la segunda página, sección Última Hora, resumía así el suceso: Un journaliste trafiquant de tabac abattu mystérieusement. Polo era viejo, y la poco fiable versión de los hechos que contaba *Le Matin*, es decir, la policía, le recordó algo que ya había vivido y en ese momento no sabía precisar.

La escuadra de Asensio parecía haber tenido especial mala fortuna. ¿Cómo había entrado el joven Cirat en el ambiente de los traficantes de tabaco y sus intermediarios? ¿Lo había hecho por encargo de algún departamento policial que, como es habitual en tales casos, renegó al final de un agente que ni siquiera era capaz de salvarse a sí mismo? A Cirat lo mataron en una encerrona el 2 de febrero. Matthias Bohle se mató mes y medio después, el 15 de marzo, no hacía ni dos semanas. A Asensio lo habían asaltado y apuñalado a los cuatro días de la llegada de Polo a París. Luciano Bernard seguía vivo, o por lo menos Polo no tenía constancia de su muerte.

## 21

Llamaron a la puerta. ¿Ya había llegado Palma? No, era Luciano Bernard. En cuanto Bernard le contara todo lo que sabía, Polo elaboraría su informe sobre el círculo de Asensio, reclamaría sus billetes de tren y volvería a España. Bernard había demostrado ser un hombre protocolariamente sumiso en momentos y aspectos decisivos. Pero aquella mañana parecía confuso, el cansancio le cambiaba el color de la cara y el tacto de la piel. La mano que le tendió a Polo era seca, áspera, de dedos más delgados y piel más pálida y fina que nunca. Le quedaba a Bernard algo de color debajo de los ojos: una sombra malva.

La ropa lo abrumaba como ropa prestada. Estaba molesto, como si algo se

le escapara de las manos y sintiera angustia, esa sensación de impotencia ante lo que se nos viene encima, sea lo que sea. O tenía miedo, esperaba un peligro que ni siquiera sabía bien en qué consistía. O sufría un estado de conmoción mecánica, único superviviente de un choque ferroviario que ha matado a todos los amigos con los que viajaba. Miraba a Polo desde el otro lado de aquella mesa denigrante. Polo, quieto como una mosca en un cristal, observaba a su antiguo colaborador. El flexo, encendido y casi inútil por la luz de la ventana, levantaba una barrera entre los dos hombres. El comisario conocía a más de un funcionario inteligente a quien las insensateces de sus superiores habían convertido en otro insensato, y Asensio, bajo cuya responsabilidad había dejado a Luciano Bernard en 1941, probablemente no fue un dechado de buena cabeza, por lo menos a la vista de los acontecimientos de los últimos dos meses.

Polo abrió el expediente de Carlos Cirat Buitrago y se lo pasó a Bernard.

—¿Lo conocía?

—Sí —dijo Bernard.

—Usted lo captó como colaborador de esta Oficina.

—Cirat —susurró Bernard, como respondiendo a las preguntas de un hipnotizador.

El agotamiento lo volvía reticente, lo desconcentraba como un ruido desconcentra a un músico. O fingía los efectos de una mala noche o de una mala época, quién sabe. Bernie Bernard se había divertido mucho en el París de 1941 y 1942. Había tenido su dosis de felicidad, según deducía Polo de su visita al piso o cueva del tesoro de rue du Bac, cuatro días antes. Pero ¿le contó a Polo algo de los tiempos alegres y las fuentes de tanta riqueza acumulada en un apartamento de seiscientos metros cuadrados? No. Y ahora parecía decidido a acogerse al silencio de sus malogrados compañeros, acompañarlos en su mutismo eterno.

Insistió Polo. Bernard siempre había sido un hombre educado. Sabía hablar e incluso escuchar. En 1940 había prescindido de amistades y lealtades para convertirse en el mejor colaborador de Polo.

—¿Tenía Cirat carnet de la Gestapo?

—Que yo tenga noticia, no. Tenía conocidos. Tenía contactos en medios universitarios.

—¿Asensio? ¿Bohle? ¿Usted? ¿No eran amigos?

Bernard no respondió inmediatamente. Polo no preguntaba a no ser que ya supiera algo. ¿Qué sabía Polo de su relación con Charlie?

—¿Tienen amigos los jugadores?

—¿Cirat jugaba?

—Sí. Le pegaron cinco tiros, ¿no? Todo el mundo sabe lo que suele ocurrirle a un apostador que no paga. —Bernard recuperaba energías, era evidente: no solo pronunció varias frases seguidas, sino que, sin pedir permiso, alargó la mano y apagó el flexo.

—¿Disponía de 400.000 francos?

Bernard volvió a callar unos segundos. Iba recuperando el color. Pidió permiso para quitarse el abrigo. Colgó el abrigo en la percha. Volvió a su silla.

—Vamos a ver —dijo—. Supongamos que desde la calle vemos cerrar una ventana. ¿Qué significa? ¿Que alguien tiene frío, o que alguien le está haciendo señas a otra persona para que en ese momento no suba a la casa?

—No lo entiendo, amigo Bernard.

—Quiero decirle, señor comisario, que cuando leí en el periódico la historia de los 400.000 francos no supe si entender que Charlie Cirat nadaba por una vez en la opulencia y quería mover su fortuna para rentabilizarla invirtiendo en tabaco o si la desesperación lo había llevado a la trampa en la que se metió.

—¿Ya no tenía usted contacto con Cirat?

—Permítame serle franco. Charlie era un niño, con el defecto, además, de ser sensible: se daba cuenta de que a todo el mundo le parecía insoportable y cada día se volvía más insoportable. Era un muchacho muy solo. En paz descanse.

—¿Había perdido el contacto con la Oficina Española?

—Pregúntele a Viladeu, o si quiere le pregunto yo.

Ahora callaba Polo, no con el silencio de quien lo sabe todo y no encuentra preguntas que hacer, sino con el de quien, despistado, ha perdido la pregunta que tenía preparada.

—Señor Bernard —dijo—, le agradecería mucho cualquier información que pudiera darme. Permítame considerarlo una ayuda personal, como en los viejos tiempos.

—Le agradezco su confianza, señor comisario. Pero poco más, ni claro ni oscuro, podría decirle de lo que usted ya sabe. Dos de los casos, el de Cirat y el de Bohle, han sido ya investigados, examinados por un juez, y cerrados, como sucederá en las próximas horas con el asalto a nuestro común amigo Asensio. Los cadáveres, menos el de Asensio, ya están en el cementerio.

—¿No ve usted relación entre los tres casos?

—¿Existe relación entre esas tres muertes y su llegada a París, comisario? ¿Lo esperaba a usted alguien? A la semana del accidente del pobre Matti, apareció usted en mi casa. Y cuando apenas llevaba usted unos días aquí, mataron a Asensio. ¿Estaba usted en París el 2 de febrero?

—¿El 2 de febrero?

—Cuando le dispararon a Cirat.

—Ah —Polo se echó a reír—, cuando le dispararon a Cirat. ¿Le suena el nombre de Jean Madinier?

—Sí, fue uno de los asesinos de Charlie Cirat.

—Buena memoria, querido amigo. —Polo estaba muy serio—. ¿Usted lo conocía?

—Que yo sepa, no. Ya lo declaré en su momento.

—¿Y a Max Fechner?

—Sí. Lo conocí de vista. Vivía con Klotz.

—¿Klotz?

—Sí. El pianista de Nicole Dermit.

—¿La novia de Bohle?

Sonaron dos golpes en la puerta, pero, antes de que el comisario diera permiso para entrar, Palma ya estaba a tres pasos de la mesa. Polo percibió la reacción de Bernard ante el recién llegado: otro imbécil le había caído del cielo esa mañana.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí —dijo Bernard en un susurro—: Palma, el amigo de Cirat. Ya estamos todos. Señor comisario, ¿puedo irme?

—Un momento, un momento, mi querido amigo.

## IV. LA MÉDIUM

### 22

No le gustó a Bernard la aparición de Palma: en un despacho público, si podía llamársele así al cuartucho donde Polo recibía, no cabían las sorpresas entre funcionarios, y Bernard se consideraba en ese momento tan servidor del Estado como el comisario, y con más derecho que él a preocuparse por la muerte de Asensio. Había ido esa mañana a la Oficina Española dispuesto a cualquier cosa menos a carearse con un imbécil. Si a Palma, el imbécil, le fastidiaba coincidir con Bernard, no lo demostró, y Polo supuso que ya se habría informado de con quién iba a vérselas. Bernard asumió automáticamente la actitud de quien no ve ni siente: el recién llegado no existía. Pero, como el ojo tapado que sigue sin querer los movimientos del ojo no cubierto, la silla de Bernard se estremeció o a su ocupante le crujieron los dientes.

Sentados Polo y Bernard, Palma y sus casi dos metros de altura parecían disminuir: su altura aumentaba su desamparo. La máscara defensiva, el aire de burla nerviosa que no se le iba nunca, avisaba de que aquel muchacho de cejas peladas y ojos y pelo descoloridos era de los que abren máquinas a martillazos para adivinar cómo funcionan. Polo siempre lo había visto bien vestido. Cambiaba de corbata a diario, y aquella mañana estrenaba un abrigo y un sombrero de entretiempo. Ya era primavera, aunque hasta entonces todos los días hiciera frío, y Palma, eliminando ropa acorazada, se había buscado un sombrero y un abrigo ligeros. Vistos los últimos acontecimientos (llevaba traje y corbata de un gris antracita funeral, como de luto por



Asensio), quizá pensaba menos en el clima que en las ventajas de disponer de una prenda que permitiera maniobras rápidas de ataque y defensa. Los trajes de Polo y Bernard pesaban más que el suyo. Se quedó mirando a Bernard, como si le recordara vagamente a alguien, pero a quien se dirigió fue a Polo.

—¿Necesita papeles y billetes para el tren a España, señor comisario? ¿Un salvoconducto? ¿Un grabado antiguo? ¿Un piano? ¿Un diamante? Monsieur Bernie se lo vende. ¿Quiere usted vender barato un cuadro de Rembrandt? Monsieur Bernie se lo compra. ¿Ha perdido usted el pasaporte, comisario? ¿De qué país le gusta? ¿Brasil, Panamá, Venezuela, Honduras, Guatemala? ¿Es usted judío? ¿Le vale un certificado de bautismo expedido por una parroquia de Zamora? ¿Tiene quince mil dólares a mano? El señor Bernard solo admite dólares americanos.

Polo no dio señales de captar alusión alguna a sus orígenes zamoranos o a la posibilidad de que su familia hubiera practicado en otros tiempos la religión mosaica. Bernard sonreía: seguía la actuación de Palma como si fuera un número de music-hall. Se acariciaba el dedo corazón de la mano izquierda con el pulgar y el índice de la derecha. Es raro ver sonreír a un ortóptero, y Bernard se parecía cada vez más a un saltamontes.

—Mi querido Bernard —Polo interrumpió el número de Palma—, ¿tiene usted un lápiz o una pluma? ¿Puede escribirme el nombre de ese pianista que vivía con uno de los asesinos de Cirat?

No se inmutó Palma cuando oyó el nombre de quien, según Bernard, había sido su amigo, el periodista muerto a tiros. Miró por encima del hombro de Bernard la copia fotostática del recorte de prensa que Polo acababa de ponerle delante. Bernard escribió cinco letras: Klotz.

—Klotz, eso es —dijo Polo.

El dato faltaba en la noticia de *Le Matin*, a la que hubiera añadido un matiz imprevisto, de indudable interés periodístico e incluso policial: uno de los asesinos, el llamado Max Fechner, convivía con un individuo, Klotz, con quien Carlos Cirat debía de tener cierta relación. Klotz era el pianista de la novia de Matti Bohle, y Matti Bohle había estado muy cerca de Cirat en la Oficina Española, en la escuadra de Asensio y en las mesas de juego. Bernard había definido a Cirat como jugador y mal pagador de sus deudas. Si Bohle no jugaba, el Paolo Corpi que Polo conoció fue en Granada campeón internacional de póquer. Consideraba las timbas una buena ocasión para

hacer negocios y firmar tratos.

—El señor Bernard me ha dicho que Carlos Cirat, que en paz descanse, fue amigo de usted, señor Palma.

Pero Palma había caído de pronto en un trance de inmaterialidad mística, como si se le despegaran los pies del suelo. La mirada se le había perdido en el mundo del cristal blanco luminoso de la ventana. ¿Cuántos años llevaba sin dormir? Era de esos que se citan en varios sitios a la misma hora, o así lo había catalogado Polo, y algo de su espíritu quizá estuviera en dos o tres sitios a la vez en ese momento.

—Señor Palma —Polo intentó despertar al sonámbulo—, ¿trabajó usted con Carlos Cirat?

—Digamos que ni Cirat ni yo éramos amigos de Monsieur Bernard —contestó Palma entonces, como si no hubiera oído la última pregunta de Polo—, aunque Bernard conociera a Cirat más que a mí. Bohle jugaba. Carlos Cirat jugaba. Bohle y Bernard eran inseparables. Bernard es el único de los tres que sigue jugando.

Si Bernard tenía algo que responder, no abrió la boca, otra vez sonriente en su music-hall privado, con Palma como imprevista atracción estelar. Cruzaba los dedos, a la espera de que terminara la función y desapareciera el payaso. Se concentraba en las manos meditabundas como si les soñara posibilidades heroicas: el estrangulamiento del artista, la posesión de una simple pistola y un momento de tranquilidad para pegarle un tiro. El silencio se alargaba demasiado y, quizá por educación, Polo decidió romperlo.

—¿Conocía usted al asesino de su amigo Cirat, señor Palma?

—¿Fechner? Vivía con el pianista de Nicole Dermit. Más de una vez lo vi con Monsieur Bernard.

—Mi querido Bernard —dijo Polo—, ¿hay algo que yo no sepa todavía y no me haya dicho usted?

—No es mi intención ocultarle nada que pueda interesarle. Pero tampoco sé lo que usted sabe —dijo Bernard.

No habló Polo camino del Hôtel Barbicane. No habló Palma al volante del Citroën 11. Se le veía resentido, con poca disposición a que le dirigieran la palabra. Había esperado más de dos horas a que Polo revisara los expedientes de los casos en los que habían intervenido juntos Asensio, Bohle, Cirat y Bernard. Había sido claro a propósito de Bernard, y el comisario había fingido no oír. En el boulevard Haussmann, a la vista de los centinelas del Hôtel Ambassador, militarizado por los alemanes, Palma murmuró cuatro palabras —¿Dónde está el oro?— que Polo no tuvo en cuenta. ¿Quién se preocupa de responder a las preguntas de alguien que habla en sueños? El comisario pensaba en el sobre que acababa de entregarle la funcionaria Alodia Dolz: francos, cartillas y cupones de racionamiento. ¿Querían retenerlo quince días más en París? De pronto, frente al parabrisas del Citroën, tuvo una visión: una mosca encerrada en una botella abierta, incapaz de salir y sin nadie que le señalara la salida.

¿Qué querían de él en la Oficina Española? ¿Pedían que Polo, un comisario ajeno a los servicios del consulado, ratificara lo que ya se sabía en el consulado? Daba la casualidad de que Polo había llegado a París precisamente cuando se morían los miembros de la escuadra de Asensio, su colega ocasional de otra época: 1940 y 1941 se alejaron tanto en unos metros que a la salida del boulevard Haussmann ya parecían edades prehistóricas. El único miembro notable del equipo de Asensio que seguía vivo era Bernard, una captación de Polo. Coincidencias, pensó Polo: llego a París y encuentran muerto a alguien que trabajó conmigo hace dos años, y siete días antes de que yo me presente se tira al tren un individuo a quien traté en Granada y que me robó una pistola. Un investigador responsable no descartaría mi implicación en las muertes de Bohle y Asensio, e incluso en la de Cirat Buitrago, pensó Polo.

Creía recordar dónde había visto antes a Cirat, pero quería comprobarlo en el hotel. Pidió la llave de su cuarto en conserjería y, a través del espejo del vestíbulo, vio cómo Palma movía una pieza negra y retiraba una blanca en un tablero de ajedrez en el que los jugadores habían aplazado el desenlace de la partida. No hablaron en el ascensor. La habitación estaba en penumbra, bien cerrada, pero Polo no encendió la luz. Atravesó el cuarto sin tropezar, recorrió las cortinas y abrió los postigos. Entró el sol de las dos de la tarde. Eficaces limpiadoras habían dejado en la mesa-escritorio los periódicos del

día, *Le Matin* y *Pariser Zeitung*. Les attaques soviétiques sont moins vigoureuses et n'obtiennent aucun succès, últimas noticias de la impotencia bolchevique; el avance imparable de los Panzer en el frente ruso, *Deutsche Panzerkampfwagen auf dem Vormarsch*; Major Joachim Müncheberg an der Afrikafront gefallen, la muerte del heroico aviador Joachim Müncheberg en el cielo de Túnez; la estupidez de los argumentos de Churchill, Churchills groteske Begründung. El comisario leyó los titulares y los cubrió con el sombrero. El sombrero de Palma acompañó inmediatamente al del comisario.

Todo estaba en orden y todo levemente distinto, como si todo hubiera sido desplazado unos milímetros. Buen trabajo, buen registro, pensó Polo. Las ratas que habían husmeado en la habitación, levantadas sobre las patas traseras, ya habrían visto el sobre donde guardaba las fotos de Matti Bohle y sus amigos de la Sala Wagram. Invitó a Palma a ocupar la única butaca que había en el cuarto, y Polo se sentó en la cama, frente a él, no en un signo de confianza, sino de provisionalidad incómoda. Ninguno de los dos se quitó el abrigo. Palma no demostró ninguna sorpresa cuando, sosteniéndola con las dos manos, se enfrentó a la imagen del boxeo: Bohle y sus peligrosos amigos. ¿Había sido el propio Palma el encargado de registrar la habitación? ¿Estaban ya sus huellas en la foto?

—¿Cuándo fue esto?

—Domingo 24 de enero de 1943, Sala Wagram, campeonato de Francia de los pesos pesados —dijo Polo—. ¿A cuántos de estos caballeros conoce?

—¿De vista? A casi todos.

—¿Todos están muertos?

—Que yo sepa, no.

—¿Identifica a Matti Bohle?

—Sí. —El índice de la mano derecha de Palma golpeó dos veces en el centro de la foto.

—¿Identifica a Carlos Cirat?

—Aquí está.

El individuo al que ahora señalaba el índice era el mismo que aparecía en la foto del expediente policial de Cirat, pero sin gafas. Se interponía entre Bohle y un hombre con aspecto de boxeador que nunca ha recibido mucho castigo. Cirat tenía cara de estar controlando la risa en el momento en que una banda de pistoleros invisibles le apuntaba a la cabeza con sus Walther

P38.

—Hoy viene usted armado, señor Palma.

La mano derecha de Palma se hundió bajo el abrigo y emergió con una pistola. No era una Walther P38, sino una Luger P08 muy poco usada, de 1939. Se la tendió a Polo, que la examinó como un coleccionista de armas, un comprador. La montó y apuntó al cuello de Palma. El pulso del comisario era firme, el de Palma también. No le tembló la mano que sostenía la foto. No le cambió el color de la cara. O era incapaz de imaginar que una bala le atravesaba la laringe y el esófago antes de seccionarle la médula, o una cosa así le parecía imposible. No parpadeó. Miró al ojo del cañón con la boca un poco abierta, con curiosidad, como si aún estuviera conduciendo el Citroën hacia la boca de un túnel. Polo tardó cinco segundos en bajar el arma. Tenía el seguro echado cuando se la devolvió a su dueño, que la dejó sobre el escritorio, junto al cenicero con el monograma del Hôtel Barbicane: dos letras entrelazadas, azul y roja, sobre porcelana blanca.

—Buena pistola —dijo Polo—. ¿Sabe usarla?

—Todavía no he matado a nadie, si es lo que me está preguntando.

—Su conversación con Bernard me ha dejado una duda, señor Palma. ¿Usted oye cosas por ahí y las repite como si las hubiera visto con sus propios ojos? No sé si tiene usted buena vista o buen oído y lengua larga.

—Se lo repito: vi a las cuatro de la mañana a Bohle, a Bernie, a la cantante y al pianista divirtiéndose en el Armorial dos horas antes de que a Bohle lo matara un tren. Y ahora le digo lo que he oído: Monsieur Decomble estaba harto de Matti, que para él era como un hijo, o eso decía.

—¿Un hijo?

—No está bien que tu hijo te engañe y además te robe a una amante treinta años más joven que tú.

—Usted lo ha visto.

—No, me lo comentó Cirat. O sí, lo he visto: Nicole Dermitt estaba hace dos días en casa de Decomble. Y he visto más: la reacción de Monsieur Decomble cuando usted mencionó el oro. Estoy seguro de que en cuanto nos fuimos llamó a Asensio y a Bernard para preguntarles por el oro.

Despidió a Palma, que quería volver a invitarlo en el restaurante gestapista de rue Saint-Georges, y en el hotel le recalentaron a las tres y media un menú de oficial de la Wehrmacht. Único huésped en el comedor, Polo cortaba ternera y les daba vueltas a las teorías de Palma a propósito de las muertes de Carlos Cirat y Matthias Bohle. El suicidio o la muerte accidental de Bohle, dos posibilidades absurdas, obligaban a pensar en un caso de asesinato, según Palma, que en su lista de asesinos más o menos probables incluía a las muchas amistades de Matti Bohle, mujeres y hombres, franceses, alemanes, españoles, y un checo, Klotz, el pianista de Nicole Dermitt. Polo masticaba carne, pinchaba un trozo de zanahoria y seguía oyendo dentro de la cabeza la voz abúlica de Palma: hablaba de crímenes con la voz del experto que dicta un informe meteorológico.

Estaba el jefe, como un padre para Matti, Monsieur Decomble: pudo mandar al pianista checo a matar al mal hijo. Seguro que el checo anda por Lisboa, esperando su premio, un barco o un avión para Nueva York; quería escribir música para las películas. Acompañaba a Matti la noche del tren, dijo Palma. ¿Klotz era amigo de Fechner, el asesino de Cirat? Compartían casa, Fechner y Klotz, dijo Palma, y los dos eran protegidos de Monsieur Decomble, como Bohle. Decomble era el dueño del apartamento donde vivían. ¿Y Asensio? Palma no dudó: un incompetente, un individuo atrabiliario que creía controlar a todos cuando todos lo controlaban a él. El centro de la red era Bernard. Si Bohle era un hijo, Bernard era un socio para Decomble, dos cosas que no son lo mismo, dijo Palma. Ah, se le olvidaba, Bernard protegía a Cirat: había conocido en Valencia a Cirat padre, un médico de prestigio, y trató de convencer a Charlie de que acompañara a su familia a México, quién sabe si por sacar una cantidad extra de dinero o por devoción hacia los Cirat. ¿Qué pasó con los Cirat? Llegaron a América. ¿Nicole Dermitt? Nicole Dermitt era propiedad de Monsieur Decomble, resumió Palma, por muy novia que fuera de Bohle.

Polo mezcló guisantes y puré de patatas. Bebió vino. Bebió más vino. Quería quitarse de la cabeza a Palma, su conversación con Palma, todo el asunto, pero tenía a Palma dentro. Lo había dejado hablar y fumar porque el tabaco le desataba la lengua. Hasta que Palma calló cuando la expansión del

humo reducía ya el volumen de la habitación 21 y transformaba la atmósfera mental de Polo, comprimido el cráneo como uno de esos cuartos en los que las paredes empiezan a acercarse unas a otras y amenazan con aplastar a sus ocupantes. La humareda cargaba el aire y lastraba el pensamiento, más pesado a cada nuevo Hoco que Palma encendía. Los schwarze Zigaretten eran terribles, para hombres curtidos en la guerra en Rusia, y Polo, por otra parte, había entendido perfectamente que la muerte de Cirat le incumbía tanto como la de Asensio, es decir, nada, como nada le incumbía la de Matthias Bohle, por muy Paolo Corpi que el tal Bohle hubiera sido. Consideraba una bendición la desaparición total de Corpi, del oro y de todas las complicaciones que lo habían llevado a París.

Pero ¿por qué se había entretenido en oír a Palma? Según los expedientes que Polo acababa de consultar en la Oficina Española, la colaboración de Palma con la Gestapo se limitaba a asistir en calidad de guía a la detención nocturna de españoles perseguidos por el Nuevo Estado de Franco, un acto heroico consistente en sacar de la cama en pijama o camisón a hombres y mujeres que, si más de una vez demostraban miedo, indignación o desesperación, pocas veces parecían sorprendidos por lo que les estaba pasando: lo esperaban desde hacía meses, aunque les costara creer que por fin había llegado el momento y no era una pesadilla más. Salían de entre las sábanas sonámbulos y, cuando acababan de abrir los ojos, encontraban a un compatriota irreal, alemanizado y anatómicamente inverosímil, demasiado largo y con sombrero y máscara de policía secreta.

Al compatriota irreal también le parecía parte de una indeseable alucinación nocturna su presencia en los dormitorios ajenos. Así lo entendía Polo: Palma se creía destinado en París al servicio diplomático, y Bernard lo había convertido en el perro que cobra las piezas que mata el amo. Entre bocados de carne y verduras, Polo reconstruía la excursión de los cazadores, el circuito industrial-cinegético montado por Bernard y Bohle: Cirat levantaba y atraía a las piezas, señuelo perfecto, un chico republicano que había visto huir a su familia a América gracias a los desvelos del buen Luciano Bernard, antiguo servidor de la República. Bohle o Bernard les ofrecían a los fugitivos una salida, un salvoconducto, un visado, un pasaporte, un coche que iba a la zona libre, un tren o un barco. Si el interesado daba una respuesta afirmativa en un plazo de veinticuatro horas y pagaba las

cantidades necesarias para conseguirle la documentación adecuada, se le reservaba una plaza en el viaje: «Usted decide, señor; es una oportunidad única.» La noche antes de la huida, la Gestapo y la policía española se les aparecían a los fugitivos. Que Bernard y Bohle cobraban en dinero o en especie y siempre por adelantado la gestión y los documentos falsos lo demostraban sus conexiones con Decoble y el almacén de subastas que tenían montado en la rue du Bac: dólares y arte y otras cosas viejas, decía Palma. ¿Qué indignaba más a Palma? ¿La venalidad de Bernard o no participar en los beneficios del negocio común? Palma encendía por un poco de oro velas eléctricas a la Virgen.

## 25

Polo ocupaba una mesa para cuatro comensales en el comedor vacío: doce mesas, vajilla, cubertería, cristalería, manteles blancos y servilletas blancas como mitras de obispo sobre los platos. El camarero y el comisario parecían fantasmas de dos niveles temporales distintos, sin interferencias ni comunicación entre sí. Polo, que no sabía si el camarero jamás lo miraba o si las miradas se cruzaban sin encontrarse nunca, se sentía un intruso. Sentía en la cabeza el ruido interno de la masticación solitaria. Miró el pedazo de carne, desolado y desnudo en la punta del tenedor. Levantó la vista: el camarero, pegado a la mesa y solemne en su traje de funcionario funerario, lo miraba como el comisario acababa de mirar la carne pinchada. Se había acercado sin un ruido. ¿Venía a ofrecerle el postre? No, en recepción una señora solicitaba ver a Monsieur Polo. ¿Una señora? El camarero le tendió una tarjeta. Polo pidió que le retirara la comida y le sirviera más vino. Estaba a disposición de Madame Dolz.

Alodia Dolz, blanca en su abrigo negro, encajaba entre los manteles blancos y las paredes grises. No saludaba brazo en alto fuera de la Oficina Española. Polo se levantó, le retiró una silla, la invitó a sentarse. ¿Quería un poco de vino, alguna otra bebida, café? La señora Dolz, de pie todavía, hizo una seña al camarero y le pidió un cenicero y un vaso de agua. Hablaba un francés que cualquier académico habría juzgado irreprochable. Sacó del bolso



y dejó en la mesa un paquete amarillo con una cobra en el centro, Naja, Tabac d'Orient. A la espera del agua, no abrió la boca, silencio que Polo no rompió: que la señora pensara lo que venía a decir.

El cenicero, una servilleta, el vaso y una jarra de agua invadieron la mesa: el cenicero con el monograma del Hôtel Barbicane era aquella tarde uno de esos objetos que aparecen maniáticamente repetidos en todas las habitaciones de un sueño. La señora Dolz le ofreció tabaco al comisario. ¿Había venido a ofrecerle un cigarro después de la comida? Cuando la señora Dolz oyó que el comisario no fumaba, se excusó, fue a guardar el paquete de Naja, pero a la vez que lo soltaba en el fondo del bolso, ante el ruego del comisario de que fumara si era su gusto, la mano reaccionó y volvió con un cigarrillo a la superficie.

Los Naja tenían un olor dulzón. No eran los Hoco alemanes de Palma: eran peores. Ya que está aquí, podría usted ayudarme, pedir una máquina de escribir en Recepción y redactar conmigo el informe para Viladeu, iba a decir Polo. ¿Pensaban retenerlo en París quince días más? Se sentía como uno de esos personajes de cuento que no saldrán del sótano hasta que resuelvan un enigma imposible.

Pero ya había resuelto el enigma. Había adivinado lo que en el consulado querían que adivinara y ellos ya sabían y quizá fuera verdad. Había adivinado lo que querían que dijera: no existía ningún nexo entre la muerte de Cirat, la de Bohle y la de Asensio, desgracias y contratiempos inevitables en una época turbulenta. La Sûreté y la Gestapo tenían razón: todo era un accidente. No podía ser de otro modo. Bernard estaba limpio. ¿Quién había contratado a Bernard? En última instancia, el responsable de la trayectoria de Bernard no era otro que quien lo había captado como colaborador de los servicios policiales de España en Francia, pensaba Polo, que había captado a Bernard. Así que Bernard estaba al margen de todo.

Bebió vino, un vino poco amable, de un humor similar al del camarero, un hombre de más de cuarenta años a quien Polo había situado en los círculos de la Resistencia. La señora Dolz aspiró una larga bocanada de humo, muy honda. Meditaba sobre el prestigio del comisario, en tiempos no muy lejanos encargado de cumplir órdenes secretas en misiones secretas encomendadas desde la cúspide del Estado. Parecía más alto que Palma o más impresionante. Tenía más de sesenta años, pelo de zinc, ojos de zinc y

manchas en las sienes como puntos que en un mapa marcaran lugares y días imposibles de olvidar. No era bueno el comisario, es decir, era un egocéntrico volcado hacia el exterior en beneficio de sí mismo, o eso pensaba en ese instante Alodia Dolz.

—Supongo, y lo siento, que no ha venido a traerme mis billetes de tren, señora.

—Tenía que hablar con usted, señor comisario.

—Usted dirá.

Dolz no hablaba. Miraba a la cobra del paquete de tabaco como si los ojos de la cobra hubieran adquirido poderes de imantación hipnótica. Polo movió el paquete unos milímetros para deshacer el encantamiento, y los ojos de la señora Dolz siguieron el vuelo del humo recién espirado: necesitaba envolver en aquella humareda dulce lo que iba a decir, si la humareda no se llevaba las últimas ideas que le habían pasado por la cabeza.

—¿Buscaba usted a Matti Bohle?

Polo no respondió. ¿Buscaba a Matti Bohle? Había buscado a Paolo Corpi, menos por el oro de Salas hijo que por proximidad al difunto Salas padre y por deseos de irse de donde estaba (Granada o París, daba lo mismo), curiosidad y una pistola que no valía mucho pero era suya.

—Usted buscaba a Bohle —insistió Alodia Dolz. Tenía las uñas cortas y sin pintar, pero en los cigarrillos dejaba una marca de carmín pálido.

—A quien me gustaría ver es a Viladeu —dijo Polo—. Dispongo ya del informe que me encargó, si eso es lo que ha venido a pedirme, señora.

—No creo que Bohle esté muerto.

La funcionaria de la Oficina Española no miraba a Polo, sino al cenicero y a los dedos que aplastaban el cigarro, como si en esa colilla concentrara todos los pensamientos que daba por resumidos en la frase que acababa de pronunciar.

—Está vivo en la memoria de todos nosotros, es evidente —dijo Polo—. No hay día que no pronunciemos su nombre.

—Está en París, en alguna parte. O estaba hace tres días.

—Lo normal es que no se vaya. ¿En qué cementerio lo enterraron?

Se levantó Alodia Dolz, miró a Polo a los ojos y se fue con cara de haber recibido una llamada, una orden especialmente incómoda. No había probado el agua. El fastidio aumentó la velocidad de los gestos, sobre el mantel quedó olvidado el paquete de tabaco. La cobra naja se irguió: vigilante frente al comisario, ensanchaba el cuello en forma de escudo, signo de irritación entre las criaturas de su especie. Todavía flotaba humo en el aire, aunque la señora Dolz solo se había fumado un cigarrillo y medio, encendidos uno después de otro. En la mesa resistían el vaso de vino, una servilleta mal doblada, el cenicero, el paquete de cigarrillos y, apoyada en el borde, la mano derecha del comisario.

Se había encendido la luz, pero todo parecía más mate que antes de que las lámparas se iluminaran, como si la ausencia de la señora Dolz produjera un ensombrecimiento general. El paquete de tabaco era el naipe de una baraja imaginaria, un as de cobras, que la vidente, Madame Dolz, nueva Madame X, había echado sobre la mesa, quién sabe si para hablar del presente o adivinar el pasado y el futuro: Paolo Corpi estaba vivo, según la señora Dolz, aunque en alguna tumba había un muerto que se había llamado Matthias Bohle. La luz se fue, un nuevo corte, algo normal en tiempos de guerra. Quizá la vidente también ejerciera de médium. Todo el mundo va estos días a la espiritista, había dicho Monsieur Decomble: en campos de batalla y ciudades bombardeadas crecía la multitud de muertos con los que ponerse en contacto y la demanda de intermediarios con ultratumba aumentaba en proporción directa. Polo se guardó el paquete de tabaco de la señora Dolz. Le quedaban seis cigarros.

Cuando salió a dar un paseo, había vuelto la luz eléctrica y oscurecía, aunque apenas eran las cinco. Por otra puerta, camuflada en el muro, salieron una limpiadora y el camarero, con el abrigo sobre el uniforme del hotel. Polo iba a la Sala Wagram, no muy lejos, como si allí, en el boxeo, lo esperara Paolo Corpi, o su sombra. ¿Bohle? ¿Corpi? Con dos nombres por lo menos, Corpi había conseguido ser un fantasma anónimo. ¿Cómo se llamaba de verdad?

El comisario bajó rue Cardinet, tomó rue de Courcelles a la derecha, dio un paso y todo el peso del día le cayó encima de repente, las horas en la

Oficina Española de la que no terminaba de salir si contaba el rato con Palma y añadía los diez minutos escasos frente a la señora Dolz. No dobló la esquina con avenue de Wagram. Siguió rue de Courcelles adelante: había visto las luces del PereirePalace Cinéma, cerca de la boca de metro. Se metió en el cine. Acababa de leer en *Le Matin* que el terrorismo aéreo angloamericano había matado a más de setecientas personas en la ciudad de Túnez. El Cinéma Paris, el Cinéma Palmarium y la escuela francesa de la rue de Russie habían sido reducidos a escombros: más de cien alumnos y un profesor muertos. Los pilotos americanos ametrallaron a la población civil refugiada en la playa entre Marsa y Kheredine, decía en París *Le Matin*, y lo mismo estarían diciendo *Ideal* y *Patria* en Granada, donde escribían los mismos periodistas internacionales que en el París del III Reich.

Había empezado la película, *L'Enfer du Jeu*. Sentarse en la sala oscura era esconderse dentro de un armario. Miró la pantalla como quien abre un libro a ciegas para encontrar en el primer párrafo que se le presente la solución a los problemas de hoy o de mañana, incluso una explicación al pasado impenetrable. Los aviones bombardeaban una posición japonesa en China. Olía a dormitorio colectivo desinfectado, a mala calefacción, al frío acumulado de todo el invierno. En la sala no había más de seis espectadores. El haz de luz del proyector concentraba humo de tabaco y polvo. A Polo no le cabían las piernas entre butaca y butaca. En la pantalla una francesa de piernas muy largas se cosía la rasa de una media mientras caían las bombas y en el derribo colindante fusilaban a los prisioneros.

De pronto estaban en Macao, en un tiroteo contra las timbas callejeras. El Macao Commercial Bank se une en sus profundidades con el Gran Casino Eldorado y el rey de las finanzas de Macao es también el rey del juego y el emperador del hampa y del tráfico de armamento. Su mesa de despacho es un mosaico de pantallas que lo conectan con todos los rincones de su negocio, cada dependencia, cada ventanilla bancaria, cada ruleta y cada tapete verde. Polo abrió más los ojos. Estaba viendo realizada en una película su visión personal de la vigilancia policiaca futura: cámaras en todas partes como perennes centinelas contra el crimen. En Macao un criminal se había anticipado a las fuerzas del orden, pensó Polo, como quien recién despertado confunde el mundo de la vigilia con el mundo del sueño y busca en la mesa de noche la llave de la habitación de la que quiere salir, sin haberse dado

cuenta todavía de que esa habitación solo era real en la pesadilla de la que acaba de liberarse.

Entonces Polo se adormiló un instante que duró horas, porque ya era de noche en Macao cuando abrió los ojos: en la dársena barcos chinos, juncos y sampanes, disparaban contra el carguero en el que viajaba la mujer de la rasa en la media. Llega un mensaje cifrado al capitán, un austriaco: V3- M3.7- N3RF- DA2I... La sombra de la cabeza del capitán cubre el papel y el sentido oculto se aclara al mismo tiempo que el papel se oscurece: los signos en clave se convierten en palabras. Livraison des armes demain soir Stop Si non inutile. Entrega de armas mañana noche Stop Si no inútil. Cerró los ojos Polo unos segundos como si quisiera repetir el artificio de la sombra iluminadora que acababa de ver en la película. Volvió a abrirlos cuando el capitán miraba al horizonte con el mensaje doblado, invisible ya, entre los dedos. Polo seguía sin adivinar el sentido de la revelación que hacía poco más de una hora le había hecho la señora Dolz.

## V. UNA SUGERENCIA DEL SEÑOR HEIDENREICH

27

Después de sumergirse en el metro de Pereire y emerger en Malesherbes, cerca del Consulado General de España, se vio a las nueve y media de la mañana del sábado 27 de marzo ante la sede de la Gestapo en rue des Saussais. Había llovido. Según le había comentado Viladeu veinticuatro horas antes, Herr Heidenreich lo esperaba a las nueve y cuarenta. Desde los tiempos de Madrid se conocían Polo y Heidenreich, desde 1934, cuando no era difícil encontrar en las principales ciudades españolas algún comerciante que dedicaba menos tiempo a sus negocios que a sus obligaciones como agente secreto de la Abwehr o de la Gestapo. El comisario Polo había tenido el gusto de vigilar tan de cerca al agente Heidenreich, entonces supuesto apoderado de la firma Daimler-Benz, que terminó disfrutando de cierta intimidad con el matrimonio Heidenreich.

Sorteó a la guardia armada. Un obstáculo humano más examinó dos veces la placa de comisario de la policía española y el pase expedido por el propio Heidenreich a nombre de Polo, recibido de Viladeu el día antes. El comisario dejó atrás el umbral de las tres columnas cilíndricas, rectas como tres centinelas asimétricos, una a la derecha del portón, dos a la izquierda. El edificio, de apenas dos plantas, se incrustaba entre casas más altas y tenía algo de contrahecho, de anómalo. Era bajo, pero hondo y profundo. No crecía hacia arriba, sino hacia el subsuelo, reino de subterráneos y dependencias

interiores. Se adivinaban puertas disimuladas, escaleras estrechas y funcionarios que en ese momento se desplazaban, silenciosos e invisibles, por el esqueleto de la casa.

Un ordenanza miró sin palabras al comisario desde su habitáculo acristalado. ¿Recibía instrucciones? Hablaba por teléfono. Colgó. Pasaron cinco minutos, pasaron cinco minutos más. Miraba al vacío, al cristal, miraba a alguien, le hacía un signo con los ojos a alguien que estaba a la espalda de Polo, y Polo se volvió: un individuo de paisano, magro y rubio, con gafas de oro sin montura y el cuero cabelludo de un rosa parecido al que se ve a través del pelo de un ratón blanco, le pidió en alemán que lo acompañara. Polo no entendió bien lo que añadió después, pero lo siguió. Vestía de gris. La nuca afeitada le pareció a Polo muy vulnerable cuando el hombre —treinta centímetros más bajo que el comisario— se irguió, se ajustó la chaqueta, enderezó los hombros y estiró el cuello.

Dejaron atrás puertas cerradas. Sonaban timbres de teléfono y teclear de máquinas de escribir. Una carcajada estalló en algún sitio. ¿Estaban ya ante el despacho de Herr Heidenreich? El guía de Polo llamó con los nudillos. Herein! ¡Adelante!

La oficina de Heidenreich en París era confortable: el bufete de un jurista bien organizado, a quien no le bastaba con descorrer las cortinas para que entrara la luz por los cristales tintados de blanco de la ventana. Heidenreich había encendido la lámpara sobre unos cuantos papeles, cinco o seis legajos, dos teléfonos y un dictáfono. Una cartera de cuero sobre la mesa, abierta e hinchada de expedientes, insinuaba al posible visitante que el responsable de aquel negociado del Reich tenía un sinfín de asuntos por resolver y misiones que cumplir en algún lugar remoto: ya tenía lista la cartera para salir a toda velocidad. Sonó uno de los teléfonos. Alles in Ordnung ist, contestó Herr Heidenreich. Sí, en aquel despacho todo estaba en orden.

Se levantó Heidenreich, salió de detrás del escritorio, tendió solemne el brazo como si ofreciera una silla y apretó la mano de Polo con las dos manos. Los ojos se le empañaron.

—¿Cómo está mi muy querido amigo Polo?

Presumía de hablar un español indistinguible del de un español: su mujer era de Vitoria. ¿Cómo estaba Margarita Mendiola de Heidenreich? Su marido parecía un individuo disfrazado del señor Heidenreich al que Polo había

tratado en Madrid: un viejo maquillado para ser más joven, el pelo más negro y brillante, más pegado al cráneo, casi pintado sobre el cuero cabelludo. Se había ensanchado, se había reblandecido Heidenreich. No le sentaba bien París o no le sentaba bien la guerra.

Concedieron unos minutos a la felicidad de volver a verse en estado todavía pasable a pesar de los peligros de la época. Hubo carcajadas. Celebraron a la señora Heidenreich, que había tenido la delicadeza de visitar a la viuda de Asensio en cuanto recibió la terrible noticia de su muerte. No le quepa la menor duda, mi querido comisario: la KriPo y la Sûreté muy pronto, con inevitable inminencia, nos presentarán a los asesinos de Asensio. ¿Cuándo había estado Polo en París? París había cambiado, ya no era el de 1940 o 1941, no, dijo Heidenreich. Ahora los amables parisinos de entonces les tiraban bombas a los soldados o les quitaban la pistola a golpes de martillo, gangsterismo puro, terrorismo. O se resistían a cumplir con su deber.

—Los hombres llamados a trabajar en Alemania huyen de su domicilio. Desertan de sus obligaciones. Cada vez hay más delincuentes, mi querido Polo —dijo un Heidenreich entristecido que desde su casa oía salir del Bois de Boulogne disparos de revólver.

Y ya hablaba de la indisciplina criminal del llamado Cirat, fruto del ambiente, y lamentaba la desgracia de Bohle, a quien Heidenreich no creía un suicida, sino un borracho ocasional. Bohle había bebido mucho, según el forense. ¿Tropezó y cayó a la vía? Se retrepó Heidenreich en el sillón: miraba de lejos, estudiaba el efecto que causaban sus explicaciones en el comisario, pero no obtuvo respuesta a la cuestión que acababa de plantear, si era una pregunta y no una afirmación tajante.

A Polo ahora le interesaba otra cosa, la vida de Bohle, no su muerte. ¿La relación de Matthias Bohle con Monsieur Decomble? Herr Heidenreich no había perdido el hábito de unir las yemas de los dedos en los momentos de reflexión. Formó con las dos manos el tejado de una casa a la que se asomaba para ver lo que iba contando: los tratos entre Bohle y Decomble eran fruto de la época, lo normal en París aquellos días, y habían desempeñado un papel no solo comercial, sino también policial, muy provechoso. No había más comentarios que añadir. Bohle había defendido sus legítimos intereses y había demostrado siempre un gusto muy seguro, muy fino, en materia de arte.



—¿Arte? —preguntó Polo.

Sí, el señor Bohle conocía el interés del Reich en salvar lo mejor de Occidente y había rescatado obras de valor indiscutible. Los luctuosos accidentes de los últimos días habían sido sometidos a una rigurosa investigación cuyas conclusiones obraban en poder de la Oficina Española. Lo inesperado se produce con más frecuencia de lo que pensamos, dijo Herr Heidenreich: o se debe a la mala vida, como en el caso de Cirat (un solitario, un individualista, ein Einzelgänger, precisó Heidenreich, como si hubiera conceptos solo expresables en alemán), o a la mala suerte, circunstancia concurrente en el destino de Bohle y en el de Asensio. No había otra cosa.

—¿Me permite una pregunta?

—Por favor, mi querido comisario.

—¿Sabe usted qué hacía nuestro querido Asensio en rue Watt cuando lo mataron, tan lejos de su casa?

—¿Cómo voy a saberlo? La vida de cada uno es la vida de cada uno — dijo Heidenreich, y enseñó los dientes como si, reprimiendo una carcajada, compartiera con el comisario algún chisme de vestuario masculino sobre la vida íntima de Asensio.

Entonces Polo sacó del fondo del abrigo su foto con Paolo Corpi en un café de Granada. Esto sí que es una sorpresa, dijo Herr Heidenreich. ¿Dónde es esto? ¡El comisario conocía a Bohle! Pero poca ayuda podía prestar él si se investigaba algún asunto pendiente que hubiera dejado en Granada Matthias Bohle, ¿verdad? Ni siquiera estaba seguro de que el individuo de la fotografía fuera Bohle. Podía ser Bohle o un doble de Bohle, quizá un poco más viejo que Bohle.

—Supongo, mi querido comisario, que la policía española cuenta con la información necesaria sobre el sujeto que lo acompaña a usted en la fotografía.

Las palabras de Heidenreich sonaron a reproche personal: ¿ni siquiera sabía Polo quiénes eran las personas con las que se sentaba a beber?

Se inclinó sobre el escritorio el antiguo hombre de la Gestapo en Madrid, como si quisiera oír bien lo que Polo tuviera que responderle. Pero Polo no dijo nada. Recogió la foto y el sombrero, que había ocupado silenciosamente una de las tres sillas para visitantes, se levantó y le agradeció con fervor a Heidenreich (mi viejo y querido amigo, lo llamó, mein lieber alter Freund,

repitió en alemán para añadirle más ardor a la expresión) la oportunidad que le había dado de volver a verlo y la ayuda que acababa de prestarle.

Le había ayudado de verdad. Polo conocía lo productivo que resulta obedecer las sugerencias de las autoridades, y Herr Heidenreich le estaba diciendo que en su informe a Viladeu debía atenerse a lo previsto: no había pasado nada extraordinario. Siempre había habido atracadores callejeros, ajustes de cuentas entre traficantes de tabaco y desgraciados accidentes en estaciones ferroviarias, todo tan normal como la propia policía. El informe que Polo tenía previsto contaba ahora con el aval de la Gestapo y la SiPo-SD.

## 28

—¿Está aquí de servicio o me esperaba?

Palma fumaba en el patio de 11 rue des Saussais. Llovía, no mucho, y había bajado la temperatura, pero Palma seguía con el abrigo y el sombrero de entretiempo que había estrenado el día antes. Tenía aspecto de no haberse desnudado aquella noche. Por primera vez no se había cambiado de corbata: seguía con la corbata gris antracita. ¿Había pasado la noche velando el cadáver de Asensio? Viladeu le había pedido que recogiera al comisario en la sede de la SiPo-SD, y Palma obedecía la orden como un individuo automatizado a las órdenes de un hipnotizador. Olía a ginebra. A pesar de ser barbilampiño, ese día se le notaba que iba sin afeitarse. Se creía sólido. Era una criatura muy inestable.

No habló en el Citroën, durante el corto trayecto hasta la Oficina Española en rue de la Paix: el movimiento de los limpiaparabrisas lo hipnotizaba más. Le temblaba la mano derecha. Huelo a ropa mojada, soltó de pronto, al pasar por la iglesia de la Madeleine, y encendió un Hoco. Polo no sabía si Palma hablaba solo o en sueños, si se olía a sí mismo o hablaba en general del olor dentro del coche. En la puerta del cuartucho que Viladeu le había asignado en rue de la Paix Polo volvió a dirigirle la palabra. ¿Le importaría llamar a la señora Dolz?

El comisario sacudió y colgó, húmedos, el sombrero y el abrigo en la percha y se sentó en una de las dos sillas del cuarto, de cara a los retratos del

Caudillo Generalísimo y del Fundador del Partido. Todo tenía en aquella dependencia algo de incómodo. La luz era gris y los estantes de la biblioteca, vacíos, añadían más sombras. Se levantó Polo para comprobar si había alguien al otro lado de la puerta que daba a la habitación de la que el día antes había salido Viladeu. La puerta estaba cerrada con llave, y Polo llamó, pero sus golpes sonaron sordos, como si hubieran tapiado aquella salida. Una vez había detenido a un mecánico que vivía en un único cuarto con puertas en las paredes laterales. Según se comprobó, se trataba de puertas falsas, incrustadas en la pared para sugerir al visitante que la casa tenía por lo menos tres habitaciones: no había habitaciones con las que comunicar.

Allí estaba, como la primera vez, la señora Dolz, longilínea y brazo en alto, a la romana o a lo Hitler, a disposición del señor comisario. ¿Podría traer una máquina de escribir y los expedientes de los casos Cirat, Bohle y Asensio? La funcionaria reapareció con tres carpetas y sin máquina de escribir. Prefería tomar taquigráficamente cuanto el comisario tuviera a bien dictarle. Corregiría y reescribiría el documento, una vez mecanografiado, todas las veces que el comisario considerara oportunas. La señora Dolz pidió permiso para encender la lámpara del techo y el flexo de la mesa, y los resultados de las investigaciones de la Sûreté y la Gestapo empezaron a convertirse en rápidos signos estenográficos. Todo lo que a Polo le había dicho Heidenreich cabía en media página cuadrículada, incluida la sociedad ocasional de Bohle con Marcel Decomble, industrial parisino, relación a la que se sumó Bernard.

—Punto final —dijo Polo.

—¿Es todo?

—Usted trabaja en esta casa, señora, ¿tiene algo que añadir?

—No.

—Haga cuatro copias de lo que he dictado. Ah, un momento, dígame a Palma que pase.

La señora Dolz apagó antes de salir las luces que había encendido. El día antes, en el comedor del Hôtel Barbicane, había hablado mucho: seis palabras. No creo que Bohle esté muerto. ¿Se sabía de Bohle algo seguro? Polo había llegado a la conclusión de que no: Bohle y Corpi eran tan conocidos porque nadie sabía nada cierto de ellos. En la Oficina Española Alodia Dolz, después de oír que Bohle estaba muerto y enterrado, solo había

pronunciado una palabra: No. ¿Tiene algo que añadir? No, dijo Dolz. Y para callar tan rotundamente hay que tener algo que decir, pensaba Polo mientras esperaba a Palma. También cerrar la boca es una manera de hablar.

Palma parecía salir poco a poco del estado en que se encontraba a las diez y cuarto de la mañana, aunque los ojos de animal perdido y el olor a ginebra le seguían siendo fieles. Había dejado el abrigo en algún sitio. ¿Nunca le habían propuesto Bernard y Bohle participar en sus negocios?, le preguntó Polo, por acabar de despertarlo. No directamente, dijo Palma, o quizá sí: una vez un individuo quiso comprarle un pasaporte, a él. El miserable ofreció como pago su última propiedad: un paraguas.

¿Por qué hago preguntas?, pensó Polo. Ya tenía las respuestas que quería. Preguntar es buscar, y ya había encontrado lo que buscaba. Cuanto menos preguntara, mejor. Cualquier noticia podía bloquearlo todo, obligarlo a rehacer pasos que ni siquiera había querido dar.

—¿Lo llevo a la Sûreté? —dijo Palma.

¿Hablar con la Sûreté? Heidenreich se había comprometido a hacerlo partícipe de cualquier noticia que llegara de la policía francesa.

No contestó Polo: la señora Dolz llamó a la puerta en ese instante con el original y cuatro copias del informe, dos folios y medio escasos, dictado hacía unos minutos. Ni se miraron Dolz y Palma: tenían una manera de estar en la misma habitación que solo se da entre individuos que comparten la misma cama, o eso pensó el comisario.

—¿Tienen un lápiz?

Palma sacó de algún bolsillo interior un lápiz de metal con manchas de óxido y, lápiz en mano, Polo leyó el informe que acababa de pasarle la señora Dolz. La taquimecanógrafa era perfecta. Redactaba con exactitud: estilo rápido, pensamiento rápido. Claridad mental, claridad verbal. Ni un error. Se había ceñido estrictamente, añadiendo concisión, a lo dictado por el comisario, como si le hubiera adivinado el propósito de ahondar lo menos posible en los casos de Cirat, Bohle y Asensio, tres funestos incidentes aislados, y de resaltar la fidelidad y eficiencia infatigable del superviviente Luciano Bernard desde su captación para el servicio en noviembre de 1940. El informe se acogía a la autoridad de la magistratura, la Sûreté y la SiPo-SD, y se permitía una recomendación a la Oficina de Prensa y Propaganda de España en Francia: debía extremarse en lo sucesivo la vigilancia sobre el

personal colaborador interno y externo.

Dio las gracias el comisario. Felicitó a la señora Dolz, que lo miraba enmudecida, como si, tropezando siempre en sus propias dudas y objeciones, midiera cada una de las palabras posibles que no llegaba a decir.

—¿Manda usted algo más?

Se fue, viuda de luto, quizá en busca de un muerto, Bohle, uno de esos cantantes de ópera que, cuando acaban de morir apuñalados, se levantan empapados en sangre para saludar al público.

Palma recibió una copia del informe y Polo simuló volver a leer aquellos dos folios y medio. Pensaba en lo que no había incluido en su escueto resumen de tres muertes: lo nuevo que Heidenreich le había dicho un par de horas antes. La vida de cada uno es la vida de cada uno, había dicho Heidenreich, un adicto a las emociones de la doble vida, a la vida ligera, como Asensio quizá. ¿Se divertía Asensio clandestinamente, tal como parecía sugerir Heidenreich? ¿Era esa la explicación de su viaje fatídico a rue Watt? Polo se imaginó a Asensio, puro ímpetu y volumen, resoplante, jadeante, resollante, boqueante, como alguna vez lo había visto en la oficina, sudando y abanicándose con un expediente, metiéndose el dedo en un cuello de camisa demasiado estrecho. Un día lo vio darse aire con un zapato. No soportaba la calefacción, decía.

«Supongo, mi querido comisario, que la policía española cuenta con la información necesaria sobre el sujeto que lo acompaña a usted en la fotografía», le había dicho Heidenreich. Polo no le daba vueltas a lo que aparecía en el informe que acababa de dictar, sino a lo que no aparecía. ¿Le había sugerido Heidenreich que buscara la respuesta a todas las preguntas en la foto que compartía con Bohle, en Granada los dos, en la terraza del Café-Lechería Bib-Rambla?

La sombra del lápiz que le había prestado Palma caía sobre el nombre de Cirat. Movié la mano Polo, se movió la sombra y el nombre de Cirat se iluminó. De repente Polo recordaba a los tres bandoleros abatidos por la policía en el caso del atraco frustrado al Banco Hispano-Americano de Granada. Corpi había desatado la operación: tres muertos. Tres muertos había en el caso Cirat: Cirat, Madinier y Fechner. ¿Significaba algo la coincidencia? Todo se relaciona con todo. En cuanto uno se fija en una cosa, siempre encuentra otra cosa con la que conectarla. Pero algo más veía Polo,

aunque ni siquiera fuera una mosca: solo la sombra de una mosca en la mesa. Palma dejó en la mesa la copia que acababa de leer.

—Ni me creo ni no me creo lo que dice aquí.

—¿Y este lápiz?

—Es mío. Lo había perdido o me lo habían robado. Estaba en la cueva del tesoro de Bernie Bernard —dijo Palma. O tenía resaca, una de esas resacas agitadas y nerviosas, o todavía estaba borracho.

—Siéntese —dijo Polo. Y Palma se sentó en la silla principal, detrás de la mesa.

## VI. DE LO CONOCIDO A LO DESCONOCIDO

29

La mano de Palma fue al bolsillo del abrigo, nerviosa, como en busca de la pistola, y salió con el paquete amarillo de Hoco y el encendedor con las iniciales GP. Los ojos buscaban un cenicero que no existía.

—¿Puedo pedirle que no fume, señor Palma? —dijo Polo. Quería oír cómo sonaba la voz de Palma limpia de humo.

Palma, serio como una tortuga, cogió un cigarrillo como si fuera a firmar con él lo que iba a decirle al comisario, y una y otra vez lo golpeó, vertical, contra la mesa, tic, tic, tic.

—¿Código Morse? —preguntó Polo, y transcribió el mensaje—: Punto, punto, punto. Punto, punto. Punto, punto, punto, punto. Punto... S. I. H. E... ¿Me está diciendo algo? Señor Palma, ¿sería tan amable de guardar el cigarro?

Palma olió el cigarro y lo dejó sobre la mesa, paralelo al lápiz de metal, que tenía un aspecto radiactivo.

Sí, había hecho una visita a Bernard y, una lástima, no lo había encontrado, aunque había ido a una hora en la que la gente suele estar en casa: las dos de la mañana. Ya que estaba en la puerta del piso de rue du Bac, entró. No, no le abrió nadie. No, claro que no, no tenía llave. ¿Cómo iba a tener llave? Pero «donde entro una vez, entro siempre sin necesidad de echar la puerta abajo», dijo Palma con el orgullo del neurocirujano que presume de

haber abierto su cráneo número mil. Y Polo, que en su vida policial había visto muchas casas bien guardadas, no le preguntó cómo había conseguido entrar en una muy parecida a una caja fuerte. Palma le habría mentido. Polo también mentía cuando se trataba de asuntos de la profesión.

—Tenía usted algo muy urgente que hablar con Bernard para ir a verlo a las dos de la mañana...

—No fui a verlo —aclaró Palma—. Fui porque lo vi en el velatorio de Asensio y sé que entre las muchas habilidades de Bernie Bernard no figura el don de poder estar en dos sitios distintos a la vez. Bernard estaba en el velatorio. Ya sabe usted que en las buenas familias es costumbre: el asesino asiste al velatorio de su víctima. En los funerales de Bohle también estuvo. Pero Bernard no tiene el oro, o yo no lo he encontrado en su museo de basuras.

—Usted solo robó un lápiz.

—Encontré mi lápiz, es mío, y cogí un par de inhaladores de Benezdrine, ya sabe, para los bronquios y la nariz congestionada, un buen broncodilatador. Me llevé lo que Bernard no va a echar en falta. Tiene un cajón de inhaladores de Benezdrine, americanos auténticos: no notará que le han quitado unos cuantos. Y tardará años en remover todas las capas de papeles que hay encima de su mesa: cuando quiera darse cuenta de que el lápiz no está, ya no se acordará de la existencia del lápiz, si es que hoy se acuerda. No le dejé una nota diciéndole que había ido a verlo. Sería mentira. Había ido a no verlo.

—¿Cuál era el motivo de ir a ver..., perdón, de ir a no ver a Bernard?

—Digamos que estaba trabajando. Para usted.

—¿Para mí?

—Me ofreció un kilo de oro a cambio de encontrar cuatro.

—No existe el oro.

—En casa de Bernard, no. No lo he encontrado. Y en su informe, señor comisario, tampoco está.

Había llovido, unas gotas, y no se aclaraba el día. Volvía a hacer más frío. No había radiadores de calefacción en aquel cuarto color de ratón mojado y la temperatura no animaba a destaparse, pero Palma se levantó, se quitó el abrigo nuevo de entretiem po, que de repente parecía intempestivo en aquel clima, lo colgó en la percha, junto al sombrero y el abrigo de Polo, y se sentó



otra vez. Ese día tenía manos inquietas, dedos inquietos, piernas inquietas, pupilas dilatadas, midriasis. Polo no lo había visto nunca con tan temeraria seguridad en sí mismo, tan cerca de la verbosidad, en uno de esos estados que conducen a las mayores imprudencias. Supuso que Palma seguía moviéndose al ritmo nocturno de su particular elixir de la juventud, gin & vermut, combinado con su inhalador de Benzedrine, anfetamina pura. Palma se sumó a los tres segundos de reflexión del comisario: puso el índice de la mano derecha encima del cigarrillo, cerró los ojos y frunció los labios, y Polo imaginó que Palma aspiraba mentalmente el humo del Hoco que no había llegado a encender.

Abrió los ojos.

—Le cuento lo que le pasó a Bohle —dijo Palma, como si hubiera visto en el telón de los ojos cerrados lo que iba a contar.

—Lo que usted cree que le pasó —dijo Polo.

—Bueno, voy de lo conocido a lo desconocido, es mi regla. Conocí a Bohle. No me creo que sufriera un accidente. Tenía muchas amistades, es decir, muchos posibles asesinos. No me creo que se suicidara. Que se cayera a la vía es improbable y que se tirara es absurdo. Hay otra posibilidad.

—Sí, que lo tiraran al tren. Ya me lo dijo en ese restaurante de la Gestapo al que me llevó.

—Es evidente que a Bohle lo obligaron a ir a la estación o lo llevaron engañado.

—¿Sí? ¿Cómo? —Polo no se imaginaba a Paolo Corpi dejándose llevar a ningún sitio.

—Comisario, usted conoce a los ayudantes de Monsieur Decomble. ¿Se acuerda? Te pueden estrangular con una mano, pero prefieren la pistola.

—Me está diciendo que Decomble es el culpable de que Bohle se cayera al tren...

—Voy de lo conocido a lo desconocido —repitió Palma, y, quién sabe si consciente o inconsciente de lo que hacía, se llevó el Hoco a los labios y lo encendió. La llama iluminó el cuarto un instante, cayó la tapa del encendedor, clac, y el ascua del cigarro quedó como testimonio del prodigio que acababa de ocurrir.

—Encienda la luz —dijo Polo.

Palma se levantó con tanta energía que volcó la silla, fue al interruptor y

encendió la lámpara del techo, puso la silla de pie y volvió a sentarse.

—¿Podría contarme su viaje de lo conocido a lo desconocido en presencia de la señora Dolz? —preguntó Polo—. Creo que ella también tiene o tuvo algún trato con las personas de las que va a hablarme, y será la señora Dolz quien, al fin y al cabo, mecanografíe mi informe sobre lo que usted tenga que decirme.

—No. No me entiende. Ahora mismo no estoy trabajando con la policía, señor comisario. Ya se lo he dicho: estoy trabajando para usted. Le estoy buscando su oro.

—El que no me entiende es usted, Palma. —Polo encendió el flexo de encima de la mesa e iluminó la nube de humo de tabaco, el último rastro de una sesión de espiritismo que ya había durado demasiado—. ¿Puedo pedirle que apague el cigarro?

Palma cambió el Hoco de mano, se mojó en saliva el índice y el pulgar de la mano izquierda y aplastó el ascua. Dejó la colilla donde había ido echando la ceniza. Polo le pidió que pulsara el timbre que tenía a su espalda, y Palma repitió los gestos de Viladeu: sin levantarse de la silla, se volvió y apretó un botón en la pared. Y, exactamente igual que poco más de veinticuatro horas antes, sonó un timbre a dos habitaciones de distancia.

—Dispone de apenas un minuto para decidirse. Cuando aparezca la señora Dolz, tendrá usted que decirme si cree que hay algo que deba ser añadido al informe que ha manchado de ceniza. Si la respuesta es afirmativa, le pediré a la señora Dolz que se traiga una silla y nos acompañe. Si la respuesta es negativa, le devolveré a la señora Dolz el informe y las cuatro copias, con instrucciones de que selle una copia para mí y le entregue al señor Viladeu las otras tres y el original.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Polo.

Palma sacó un tubo metálico del bolsillo de la chaqueta, lo destapó, inhaló, volvió a inhalar. Dejó el tubo en la mesa: Benzadrine Inhaler. Brand of Amphetamine. Entró la señora Dolz.

—Con su permiso.

—Tengo la nariz atrancada, congestión nasal —dijo Palma, que volvió a llevarse la mano al bolsillo—. Tengo más. ¿Lo quiere? —Ofrecía en la mano, abierta y tendida hacia Polo, otro inhalador, sin estrenar—. ¿No? Lo que

usted diga, señor comisario. No. ¿Puedo irme?

## 30

No cogió el coche, tenía ganas de andar y quitarse aquel nerviosismo suyo patológico. Era como una molestia en el pecho: sería difícil encontrar palabras para describírsela a un médico. Sensación imprecisa, eso es, no hay palabras precisas para definirla porque la sensación es imprecisa, resumió Palma. Otra vez inhaló Benzadrine y se quedó con el tubo metálico en la mano, dándole vueltas, a la espera de recuperar su estado habitual de indiferencia voluntaria. Salió de rue de la Paix, cruzó el boulevard de Capucines, subió por rue de Caumartin. Alguna idea tenía sobre los motivos de la antipatía especial que Decomble sentía hacia Bohle. Por ejemplo, la cantante. Nicole era de Decomble, todo el mundo lo sabía, como todo el mundo sabe que los viejos son celosos. Un niño extranjero, rubio y barbilampiño le roba la protegida al jefe, que la quiere como a una hija y duerme con ella como un marido. No es un motivo suficiente para matar al niño. No. Bueno, otro ejemplo: Bohle, el niño, consigue piezas, obras de arte, libros y toda esa clase de cosas viejas y caras, y no declara las operaciones a Decomble, o engaña a Decomble en la cuantía de las operaciones. Vende por precios superiores a los que declara, le pagan con diamantes y él le paga a Decomble con libras esterlinas falsas. Palma cruzó el boulevard Haussmann. ¿Adónde iba?, pensó. Sí, a rue du Havre, a rue de l'Isly, al bar donde bebió por primera vez con el comisario. Estaba hablando con Polo aunque Polo no hubiera querido escucharlo.

—Sigue andando hacia la estación. Si te vuelves o echas a correr te pego un tiro.

Reconoció la voz y, por primera vez en su vida, admitió que se había equivocado en lo fundamental. Aprovechando que tenía que guardarse el inhalador de Benzadrine, quiso meterse la mano en el bolsillo, para disimular que le temblaba.

—Deja quietas las manos.

—El abrigo es nuevo —dijo Palma—. Ten cuidado, no vayas a hacerle un

agujero.

No había querido oír a Palma. El motivo básico era que no quería saber más de lo que ya sabía, a pesar de que solo tenía claro un hecho: no sabía nada. Lo que había incluido en su informe lo había copiado de los informes escritos y orales que había recibido de quienes le pedían un informe sobre la muerte de un miembro de la Oficina Española. No había visto nada con sus propios ojos. Ni siquiera se le permitiría examinar una huella, un cadáver. En el caso de que hubiera decidido investigar por su cuenta a partir de las elucubraciones de Palma, no habría contado con la colaboración de quienes daban por sabido todo lo esencial sobre la muerte de Asensio, es decir, de quienes le habían encargado el informe. Palma lo adivinaba y no había querido que se levantara acta de sus sospechas, o evitaba implicar a la señora Dolz en el asunto. Hay cosas que no es aconsejable decir en voz alta, decirle a la policía. Pero, entonces, ¿por qué decírmelas a mí?, pensó el comisario Polo.

No había querido oír a Palma. Por poco que hubiera consentido que Palma le revelara, por poco que Palma hubiera podido decirle, lo habría obligado a ampliar el informe, a rehacerlo, a romperlo y volverlo a redactar, para solo llegar a conocimientos probables, solo probables por muy posibles que fueran. Digamos que la muerte de Asensio no es una casualidad, un hecho aislado; digamos que forma parte de un plan, de un proceso del que sabemos poco. Muy bien. Investigo. Voy de lo conocido a lo desconocido, como Palma. Todo lo que aún no sé empieza en lo que sé. Vale. ¿Qué sé? Esencialmente, nada. Y si me enterara de algo nuevo, me llevaría a querer conocer algo nuevo. Cada nuevo conocimiento comprometería mi futuro inmediato, pensó Polo, y se veía eternamente en aquel Petit Paris de la Oficina Española, condenado a elaborar un informe inacabable, cuando lo único que quería era recorrer el camino inverso al que Palma quería seguir. No iría de lo conocido a lo desconocido. Su deseo era lo contrario: ir del desconocido Petit Paris a la Gran Granada conocida.

Sin saberlo, iba siguiendo los pasos que Palma acababa de dar. Había decidido pasear por el boulevard Malesherbes camino del Hôtel Barbicane, pero decidió tomar rue du Havre y buscar el bar donde había bebido con Palma gin con Dubonnet. Reconoció la esquina de la calle donde estaba el

bar. ¿Cómo se llamaba la calle? Leyó el rótulo: Rue de l'Isly. Si hubiera llegado a aquella esquina cuarenta minutos antes, habría visto desaparecer a Palma.

Reconoció el bar, el Hugo. Entró, se quitó el sombrero y los guantes. Durante un segundo creyó haber encontrado a Palma: cuatro individuos, al fondo de la barra, miraban hacia la puerta. No se habían quitado el sombrero, pero sí el guante de la mano que sostenía la copa. Iban muy forrados, como si necesitaran un exoesqueleto a falta de columna vertebral, gusanoides. Palma no estaba en el grupo, aunque no hubiera desentonado entre aquellos cuatro, a los que sacaba como mínimo más de una cabeza, treinta centímetros. ¿Conocía Polo a uno de los cuatro? ¿Se parecía a alguien a quien conocía? ¿A alguien que lo había estado siguiendo o lo había llevado en un Citroën? Sí. Después de examinar el lóbulo de la oreja bajo el ala del sombrero, la línea del mentón y la nariz del hombre, decidió que era el que lo había recogido en casa de Bernard para llevarlo al Hôtel Barbicane en su primera noche en París, hacía cuatro días.

## 31

Volvió al bar de rue de l'Isly al día siguiente, sábado, sobre la una de la tarde, sin novedades sobre el porvenir inmediato, sin billetes de tren ni salvoconductos para España. ¿Esperaban al lunes? ¿Qué más querían? Había aceptado la realidad de todo lo que se le dijo sobre la muerte de Asensio. Lo real es lo que es verdad para todos, ¿no? El asesinato callejero de Asensio era un suceso aislado, un choque fortuito, una piedra que cae en una piscina, mueve el agua y agita partículas que contagian su agitación a otras partículas. La perturbación se extiende a velocidad constante en forma de ondas concéntricas, la piedra toca fondo, las partículas dejan de moverse.

Se acabaron las ondas. Concentrarse en las desgracias pasadas es pernicioso: merecen el mismo olvido que la piedra que cayó a la piscina y las ondas que provocó en el agua. La salud exige olvidar. En resumidas cuentas, es lo que dice mi informe, pensó Polo. Había aplicado un principio básico en su reconstrucción sumaria del caso Asensio: en lo que concierne a los hechos

analizados, se ciñó a la opinión de sus superiores en gobierno y sabiduría. La opinión de las autoridades es siempre la opinión más cómoda para todos y la más próxima a la realidad.

Había vuelto al Bar-Tabac Hugo porque esperaba a Palma, o esa sensación tenía mientras tomaba un sorbo más de gin con Dubonnet. Esta vez no tuvo que pedirle nada al camarero: bastó intercambiar una mirada y el vaso mezclador se llenó de Gin & Dubonnet, más gin que Dubonnet, inmediatamente agitados con hielo, Cristo, Cristo, Cristo, Nuit Noire, Nuit Noire, Nuit Noire, y esa canción le recordó a Polo otro día en el mismo bar. El hielo fue eliminado. La copa se llenó. Merci beaucoup. Il n'y a pas de quoi, monsieur. Bebía la segunda copa, echaba de menos el humo de los Hoco de Palma y observaba las botellas, las etiquetas en la vitrina de espejos, el gato de Dubonnet, un faisán sobre un barril, un puercoespín bajo una corona imperial, un castillo, un espadachín que levanta la copa y brinda: ¿qué cuento contaban? Se vio un segundo entre aquellos personajes, en el espejo: ojos más grises y más cansados que otras veces, pelo más gris, más áspero. Vio el reloj de pulsera del camarero en el cuello de una botella de armañac: eran las dos y unos cuantos minutos. Ahora pensaba en el pianista Klotz, que voló a Hollywood, y en Bernard, en los hombres de Decomble y el frágil Matti Bohle o Paolo Corpi empujado a las vías del tren. Esperaba la aparición de Palma y no quería que Palma apareciera: quería irse definitivamente del mundo donde Palma existía con toda su escuadra de fantasmas.

Pidió un tercer Gin & Dubonnet. Y entonces decidió pasar por el ABC, donde cantaba Nicole Dermit. Tomó el metro en la estación Havre-Caumartin y salió a la luz en Poissonière. Lo que había sido un barrio judío era ahora un barrio de alemanes con más de un local tapiado. Había vuelto a una ciudad demasiado grande para tan pocos habitantes visibles. Los pasos sonaban como en habitaciones vacías. Hacía más frío que el jueves y el viernes, había llovido un poco, pero *Le Matin* decía que el tiempo era bueno para las carreras de caballos: el paseo entre la estación y el hipódromo sería delicioso, con los árboles frutales en flor sobre el fondo de los robles y los tilos desnudos. Cuando Polo llegó a París en los últimos días del verano de 1940, un ejército victorioso y exhibicionista ocupaba la ciudad. Ahora, más de dos años después, también los alemanes se habían afantasmado. Se dejaban ver poco. Estaban en una ciudad tensa, hosca o despectiva, según los días.

¿Dónde había oído que no se aventuraban fuera del París rico, los Champs Élysées, las Tullerías, el Trocadéro, los jardines del Château de Bagatelle en el Bois de Boulogne, el cementerio, alguna vez Montmartre, los cafés famosos?

Se había asomado en el Hugo al mundo de las etiquetas de las botellas y ahora miraba en la puerta del ABC la vitrina con las fotos de las estrellas del espectáculo: Music Hall! Nouveau Programme! Allí estaba Nicole Dermit. Más que la hermana de Bohle, parecía la hermana de Corpi, pensó Polo, como la primera vez que se acercó al ABC. Vio la foto de un quinteto de caniches enanos, tres blancos y dos negros, junto a un acordeón. Buscó en las fotos de los otros artistas un nombre que no se le iba de la cabeza. Allí estaba: Klotz et son piano. Solo un apellido: Klotz. ¿Lo había visto en alguna parte? ¿Había soñado con él?

## 32

Andaba hacia el hotel cuando decidió sumergirse en los subterráneos del metro. Uno se subía y bajaba donde quería, pero no sabía nunca si en ese momento funcionaba la línea que pretendía tomar. Las estaciones cerraban para convertirse en refugios antiaéreos o en depósitos alemanes, o suspendían de repente la circulación por problemas eléctricos, falta de personal, razones de seguridad, sabotajes, redadas, asesinatos, suicidios o algún otro tipo de accidentes, y eran tiempos de muchos accidentes. Polo solo quería dejarse llevar al boulevard Raspail a la mayor velocidad posible. La ginebra manchada de Dubonnet le había quitado el hambre y lo había vuelto insensato, y se daba cuenta. ¿Qué estaba haciendo? Funcionó el metro. Los pasajeros, poco numerosos a esa hora, tenían cara de no saber muy bien hasta dónde llegarían. Acababan de dar las tres de la tarde cuando el comisario se vio en la esquina de rue de Babylone, a la puerta del edificio donde vivía Luciano Bernard, su antiguo colaborador. Era consciente de que, si no se hubiera bebido tres largas dosis de ginebra mezcladas con otro producto alcohólico, se habría alejado ya de aquella casa. Sentía lúcidamente que sus pasos eran irracionales y al mismo tiempo sentía el impulso de ser irracional.

Los efectos de la ginebra eran contradictorios.

No había querido retrasar la visita, aunque la hora fuera un tanto intempestiva: poco más de las tres. A las 19 horas y 41 minutos, obedeciendo las órdenes de la Kommandantur, debía producirse el camuflaje de las luces. Para entonces quería estar de vuelta en el Hôtel Barbicane. Iba con tiempo. Pero si lo normal es llegar a nuestro destino a la hora que nos hemos fijado, siempre es una presunción estar demasiado seguros de que el porvenir seguirá nuestros planes. Lo normal en aquellos días era que se presentara en el camino algún obstáculo. Lo anormal era estar seguro de algo.

Entró en el portalón de la casa de tres plantas en la que Bernard ocupaba uno de los dos apartamentos del primer piso. Bonjour, saludó Polo a la garita de la portera, y siguió andando. La vigilante del castillo asomó la cabeza, gardienne y dueña de una llave maestra que abría todas las puertas. Sabía quién recibía visitas a altas horas de la noche, quién padecía agonías económicas o sentimentales, enfermedades verdaderas o falsas. Conocía a otros porteros, se enteraba de lo que pasaba en los inmuebles vecinos, conocía a los niños y hablaba con ellos, porque los niños son indiscretos y espontáneos, buenos colaboradores, y repiten lo que hacen y dicen sus padres. ¿Desprecian o aprecian al invasor? Además del deber mecánico de borrar las pintadas antialemanas o anti-Vichy, la guardiana tenía la obligación de informar a la policía de cualquier novedad que se produjera en la casa.

—Monsieur!

Polo se limitó a girar la cabeza y mirar a la portera. El ojo de plomo bajo el ala del sombrero, la nariz poderosa, el mentón imperativo sobre el largo cuello que salía del abrigo convencieron a la gardienne de que llegaba un individuo formidable, una autoridad policiaca o criminal, uno de esos que se presentan a cualquier hora de la noche, aunque en ese momento no lo esperaban tres coches en la puerta como era usual, ni lo escoltaba una pareja de Hombres-Sombra.

—Bonjour, monsieur —dijo la portera.

No cogió el ascensor. Subió por la escalera al primer piso de apartamentos. Iba a despedirse de Bernard y a pedirle algo. Llamó. Espero un minuto. Volvió a llamar. Veía a Bernard detrás de la puerta imponente, sin responder, atento al menor ruido y aguantando la respiración, mal vestido, en pijama, sin afeitado, sin brillantina ni fijador en el pelo. Era como verlo con



ojos de rayos X a través de la pared, cogido por sorpresa. Polo no se movía, esperando que se abriera la mirilla. Volvió a llamar. «Soy Polo, señor Bernard», dijo. En aquel tiempo existía la obsesión de cerrar las puertas con cuatro cerraduras de cuatro vueltas de llave. Bernard había puesto tres cerraduras y una barra de hierro. ¿Cómo había podido Palma entrar en aquella casa? Ni la portera hubiera podido entrar.

Entonces abrió Bernard, descompuesto y en pijama. Polo entendía que no hubiera querido abrirle: él mismo, Polo, no le hubiera abierto a nadie en semejante estado, y le agradeció la confianza, le agradeció que lo recibiera sin cita ni aviso previos. Se lo agradeció con absoluta sinceridad.

—Usted dirá, comisario.

—Lo acompaño, lo acompaño al interior, si me permite. Vuelva a sentarse, por favor.

Si Polo olía a ginebra, Bernard olía a whisky. Encendió la araña y la lámpara de pie, junto a la mesa. Los postigos estaban cerrados y echadas las cortinas: el único habitante de la casa no demostraba demasiadas ganas de ser visto. Tenía parches de un azul venoso bajo los ojos. La esclerótica se le volvía amarilla con los años. Como si hubieran pasado lustros desde el viernes por la mañana, el sábado a las tres de la tarde el iris había adquirido un anillo azul lácteo, senil. Se sentaban otra vez a la misma mesa y en el mismo salón de las maravillas, y el gusto en materia de decoración de interiores del dueño de aquel imperio volvió a parecerle a Polo menos propio de un amante del arte que de un desvalijador de casas ajenas. Sin pedir la opinión de Polo, Bernard le echó tres dedos de whisky en un vaso.

—¿Quiere agua?

—Gracias, pero no. Lo tomo como usted.

La mesa seguía aparentemente igual que la primera y única vez que la había visto Polo. El registro de Palma no había dejado huellas. Allí seguía rigiendo un orden caótico de papeles revueltos, pisapapeles, ceniceros limpios, aunque todavía oliera a tabaco, habanos de Lisboa enfundados en lo que parecían tubos de ensayo, las navajas propaganda de una marca de relojes, el cuaderno de piel verde, los teléfonos, la lupa, el abrecartas, el podenco de bronce y la figurilla alada que sostenía un avión: todo exactamente donde y como lo recordaba Polo, incluida la botella de whisky. Los periódicos del día habían cambiado: *N'oubliez pas à deux heures du*

matin d'avancer d'une heure vôtres pendules, decía un titular en la primera página de *Le Matin*. Hora de Berlín. Hora central europea. El tiempo se aceleraba: a las dos de la mañana serían las tres. Una hora que me ahorro de estar aquí, pensó Polo.

Y había cambiado el rey de aquel reino de ruinas: Bernard estaba en camiseta y pantalón de pijama, sin afeitarse, aunque la camiseta tenía mínimas manchas de sangre en el cuello y el pecho, como si su dueño se hubiera cortado al afeitarse. Se notaba la calefacción y Polo pidió permiso para quitarse el abrigo.

—Haga usted lo que crea conveniente —dijo Bernard.

Polo decidió no quitarse el abrigo. El sombrero lo había dejado encima de la radio, apagada aquella tarde. No solo olía en la casa a whisky bebido y transpirado. Olía a aire estancado y respirado varias veces, a insecticida y raticida, a humedades, a orina, a gato, a cucarachas. Polo pensó en una de esas películas en las que debajo de la mesa va a explotar una bomba y el público lo sabe, pero los de la mesa no. O sí: Bernard parecía esperar la explosión. Ya no tenía pinta de coleccionista de tesoros. Tenía la pinta de alguien que ha dilapidado una herencia. En ese momento se llenaba otra vez el vaso de whisky.

—Señor Bernard, quería despedirme de usted y expresarle mi agradecimiento por su colaboración. En todo momento...

—Ya sé que ha presentado usted su informe con la celeridad y...

—A eso venía precisamente, a darle las gracias. Sin sus conocimientos...

—Mire, comisario. Lo conozco. Cuando usted servía a la República, yo trabajaba en la Dirección General de Seguridad. Usted lo sabe. Se puede decir que fui su superior. No nos conocíamos, pero...

—Lo tengo en cuenta —dijo Polo— y también he venido por eso. Usted fue mi superior, aunque yo ni siquiera lo supiera entonces, y, en calidad de antiguo superior, quizá ahora pueda ayudarme.

—No sé en qué. Le he dicho todo lo que puedo decirle. Y no entiendo qué más quiere de mí si ya ha presentado su informe para plena satisfacción de sus auténticos superiores de ahora mismo. Se lo he oído a Viladeu: su informe es un prodigio de claridad y visión de la realidad. Gracias a...

—Muchísimas gracias, señor Bernard. Eso quería pedirle. Teniendo en cuenta sus buenas relaciones con la Oficina Española, le pediría un favor

más. Quiero irme de aquí, de París, entiéndame —dijo Polo, y en ese momento París también era aquel salón en el que echaba de menos una ventana abierta, una limpieza que lo vaciara todo—. Quizá usted podría acelerar que me consiguieran billetes de tren y salvoconductos, yo...

—Óigame, señor comisario. Gracias a su informe magistral se me ha dicho que no aparezca por la Oficina hasta nueva orden. Me quitan de en medio, por así decirlo.

—No sabe cómo lo...

—No lo sienta —dijo Bernard—. En cuanto a lo que me pide... Si no fuera usted quien es, le diría lo evidente: aquí el mejor salvoconducto y el mejor pasaporte son quince mil dólares. Esa llave abre las cerraduras más oxidadas. Yo la usaría si la tuviera. No es usted el único que quiere irse.

—Pero, querido amigo, usted es dueño de todos estos tesoros —dijo Polo, y se llenó el vaso de whisky sin pedir permiso. Quedaron tres dedos en la botella.

—Digamos que un señor me tiene congelado. La Oficina Española me declara inexistente hasta nueva orden. ¿Conoce usted a Monsieur Decomble? Pues Monsieur Decomble promulga que se me dé por desaparecido en el mundo del dinero, es decir, en el mundo real. ¿Por qué? No lo sé. ¿Usted lo sabe? Yo no quiero saberlo. No me lo quiero ni imaginar, pero, ya ve, me lo imagino y preferiría no...

—Hay una cosa que no entiendo —lo interrumpió Polo—. Usted, que no es estúpido, me contó lo que quiso. Me lo dijo para que lo repitiera en mi informe, ¿no es así? Le he obedecido, ¿verdad? Fue mi superior, me lo ha aclarado usted mismo. Se supone que conoce a los funcionarios. Yo soy un funcionario. Sabe que decimos lo que nuestros superiores quieren oír y...

Bernard se hundió con los ojos cerrados, como si se tirara a un pantano, en un murmullo o un susurro o un bisbiseo apenas audible, imposible de seguir o entender, quizá una declaración de desprecio contra todo lo que quedaba al otro lado del telón de los ojos cerrados y, en todo caso, una imposición fulminante de silencio a su interlocutor. El azul venoso de las ojeras pareció extenderse por toda la cara, azulada de pronto, como la llama amarilla de un mechero Bunsen se vuelve azul cuando se abre la válvula de entrada de aire al mismo tiempo que aumenta la temperatura de la llama. Sin abrir los ojos, se bebió el whisky que le quedaba en el vaso. Recuperó la

visión y se sirvió los tres dedos que le quedaban a la botella.

—Usted sí que no es estúpido nunca, comisario. Si hubiera sido estúpido alguna vez, nos entendería mejor a quienes alguna vez somos estúpidos. —El aspecto de Bernard era el de quien acaba de despertarse de un sueño ebrio o inducido por algún barbitúrico oral o inyectable, aunque también podía ser el de alguien que lleva cuarenta horas sin dormir—. Usted me captó. A Viladeu le consta. Sabía perfectamente que usted cortaría en mí las conexiones entre los casos de Cirat, Bohle y Asensio, que me dejaría fuera del asunto.

—¿Se lo ha dicho Viladeu o son deducciones tuyas, señor Bernard?

—¿Cómo iba un funcionario tan poco estúpido como usted a poner de manifiesto que había introducido en la Administración a un elemento poco deseable? Los casos de Cirat, Bohle y Asensio son accidentes aislados y yo no existo, estoy muerto, porque soy la conexión entre los tres casos aislados, digámoslo así, y cabe imaginar que estoy en propiedad de los cuatro kilos de oro que usted ha lanzado en mitad de la ciénaga.

¿Tenía Bernard un acceso telepático imperfecto a algunas secciones de la mente de Polo? La piscina perturbada por la piedra la había confundido con una ciénaga sobre la que llovía oro y, tal y como lo veía Polo, Bernard se confundía en ese instante con el cadáver de un saltamontes vestido y sentado en un sillón. Pero salió del encantamiento: se levantó, se tambaleó, dio un traspié y se agachó para sacar de una caja otra botella de whisky Haig & Haig. Volvió y se echó tres dedos más en el vaso. La botella quedó al alcance de la mano, inestable sobre el vertedero de papeles.

—¿Tiene el oro? —preguntó Polo.

—Si tuviera el oro, ya lo habría cambiado por un pasaporte para irme de aquí, todo el oro, todo, no un cuarto de kilo ni quinientos gramos. Usted le fue con el cuento del oro a Decomble, Decomble le fue con el cuento del oro a Asensio, y yo ya he recibido tres visitas de los oficinistas de Decomble. No sé nada del oro. No sé nada. Todo lo...

En ese momento sonó uno de los dos teléfonos y Bernard buscó el auricular entre los papeles que cubrían la mesa, descolgó el teléfono equivocado, lo colgó, volvió a descolgar, tenía la cara desquiciada por el whisky y algún producto químico mezclado, y Polo, añorando la vigilancia que ejercía sobre la red telefónica en Granada, donde sin salir de su despacho ponía la oreja en todos los teléfonos, intentó enterarse de lo que llegaba a

través del hilo.

—C'est Bernie —dijo Luciano Bernard.

—Spinoza —dijo una voz electrónica.

Bernard colgó, volcó el vaso de whisky, empapó el licor poniendo papeles sobre papeles, y entre los papeles apareció algo que Polo no había visto hasta entonces: unas pinzas filatélicas.

—Bernard, ¿me oye?

Lo descomponía el Haig & Haig. El pelo parecía habersele muerto, a punto de desprenderse del cuero cabelludo. Los labios se le caían, descolgados, conforme se ennegrecían los parches azules debajo de los ojos y la carne se despegaba de los huesos. Polo rellenó el vaso que acababa de volcarse y se echó más whisky. Ahora el olor del whisky devoraba todos los olores de la habitación, aunque resistían las cucarachas y la orina.

—¿Recuerda la foto en el boxeo, en la Sala Wagram, la foto de Bohle que le enseñé hace cuatro días? ¿Estaba Klotz en la foto? —preguntó Polo.

—¿Klotz?

—Klotz, el pianista.

—Klotz. ¿Ha mandado una postal de América? ¿Estaba en el boxeo?

—Se lo estoy preguntando.

—Sí. Es posible.

—Cirat está en la foto, lo he comprobado yo mismo —dijo Polo.

—Cirat está en la foto —repitió Bernard. Acababa de beberse un trago de Haig & Haig. No era fácil saber si repetía las palabras de Polo en son de burla o si preguntaba si era verdad que Cirat estaba en la foto.

—¿Max Fechner está en la foto?

—¿La foto? Los amigos se juntan y se hacen fotos, sí —dijo Bernard, que había cerrado los ojos como si se metiera en un cuarto oscuro para revelar la foto de la que le hablaba Polo.

—¿Jean Madinier?

—¿Jean Madinier? —repitió Bernard.

—El cómplice de Fechner en el asesinato de Cirat.

—No lo conozco. —Bebió, se animó—. Venga usted a verme el domingo. Traiga la foto. Recordaremos juntos a los muertos de la familia. Nos beberemos otra botella de Haig & Haig. No se preocupe por el futuro. El

futuro es lo mismo que el pasado: no tiene arreglo. Lo que ha pasado pasó, y lo que tenga que pasar pasará. —Parecía recitar algo que se sabía de memoria para evitar que se le cerraran los ojos, o para lo contrario: para que se le cerraran y perder por fin la conciencia—. No podemos hacer nada. Ya lo sabe usted: no está en nuestra mano, como lo que ahora mismo está pasando en China. No está en nuestra mano. ¿Me entiende? Son las leyes de la naturaleza. Lo que pasa es lo único que tenía que pasar, ¿me entiende?

—Señor Bernard, lo que tengo entendido es que guarda una pistola Ruby de la casa Alkartasuna. Si es así, le agradecería que me la devolviera. Es mía.

—¿Fue usted quien registró esta casa la noche del jueves al viernes? —dijo Bernard.

La esclerótica amarilla se le salía del blanco de la cara color polvo de zinc, un blanco azulado que arde con una llama verde azulada. Bernard parecía una de esas vírgenes de Lourdes que cambian de color según el clima.

—¿Cree usted que, en mis actuales condiciones, tengo medios para entrar en esta casa? No le pido que confíe en mí —dijo Polo—, sino en su propia inteligencia.

—Lo único que quiero es llegar a Lisboa. Pero me meterían en la cárcel en cuanto pisara la frontera HendayaIrún. Si no me coge la Gestapo, me coge la Gestapo nacional a la que usted tan dignamente pertenece. Fui rojo, luego soy rojo. —El whisky cantaba al caer en el vaso—. Señor comisario, vuelva a verme el domingo. Suponga que me lleva a la frontera y allí mismo me detiene como implicado en la desaparición de su oro perdido. Me salva la vida y luego me ayuda a llegar a Lisboa. Y en el camino le cuento toda la historia. Piénselo. ¿Quiere más whisky? Vuelva a verme mañana domingo, se lo ruego, a eso de las once.

Bernard parecía menos borracho que víctima de una gripe delirante.

### 33

Se le hacía de noche en su habitación del Hôtel Barbicane, no sabía si borracho o levemente griposo. ¿Le había contagiado Bernard la gripe? Bebía

agua. Se había comido un plato de carne cocida con guisantes y se había tomado cuatro aspirinas con tres cafés. Bebió más agua. La luz de la lámpara era esa tarde más intensa, como si hubieran vuelto a registrar la habitación y hubieran buscado dentro de la lámpara y le hubieran desprendido el polvo. Pero Polo estaba bien, perfectamente. Las calles laterales de la zona, en torno a la Sala Wagram y la avenue de Wagram, abundaban en cafés iluminados por luces rojas y hoteles de una sola noche poco recomendables. El Barbicane le parecía una isla de respetabilidad.

A la luz de la lámpara de mesa, volvía a pasar revista a la escuadra de los amigos de Matthias Bohle o Paolo Corpi, qué más daba un nombre que otro, en la foto del boxeo. Pero no pensaba en la foto: acababa de descubrir una hormiga cubierta de pintura gris pálido, fijada en la pared para siempre por la brocha o el rodillo de un pintor. Que hasta entonces no hubiera visto a la hormiga le pareció un mal síntoma —un síntoma de su incapacidad para percibir lo que tenía delante de los ojos— y, al mismo tiempo, una buena señal: su vista se acostumbraba a la oscuridad, veía cada vez más, mejoraba su capacidad de percepción, había visto a la hormiga.

Una vez liquidado el trabajo, ¿por qué no le daban la documentación necesaria para salir de Francia? Cuando llegó esa tarde al Barbicane un poco tambaleante, lo esperaba en la conserjería del hotel un sobre oficial del Consulado General de España en París. ¿Le mandaban billetes y salvoconductos? No. Le recordaban su obligación de asistir el 1 de abril, martes, a las diez de la mañana, a la misa de Acción de Gracias en la iglesia española de rue de la Pompe, conmemoración del cuarto aniversario de la gloriosa victoria del Ejército Nacional sobre la barbarie roja. ¿Quién había llevado aquel papel al Barbicane?, se atrevió a preguntar Polo con miedo a que el olor a ginebra y whisky intoxicara al conserje, que apenas se apartó unos treinta centímetros del soplo alcohólico, quizá porque el mueble para las llaves de las habitaciones le dificultaba una retirada más decidida. Su descripción de la señora alta, delgada, con el pelo negro y recogido, pálida, de luto y sin agujeros en las orejas coincidía con la de la señora Dolz. La Gestapo y la Sûreté contaban con un informador excelente.

Algo bueno había sacado Polo de su curiosidad peligrosa, de su visita a Bernard, que ahora quería valerse de él para llegar a Hendaya y salir indemne del paso por la frontera. Para librarse de la policía española, Bernard le pedía

ayuda a Polo, comisario de la policía española con el que había colaborado en Francia. Y Polo pensaba: ¿Puedo explicar el asunto del oro, del que no he dicho nada en el informe para Viladeu, sin deslucir mi historial de policía condecorado por el rey, el presidente de la República y el caudillo del Nuevo Orden Totalitario del Movimiento Nacional? Algo bueno, sin embargo, había salido de su reunión con ese Mister Haig & Haig en el que Bernard se había convertido: verse con él le había ahorrado encontrarse con la funcionaria Dolz, tiesa como un paraguas bien plegado y abrochado, y soportar sus visiones espiritistas entre humo rubio de cigarrillos Naja.

Pero ya no miraba a la hormiga petrificada de un brochazo. Miraba la foto de los amigos del boxeo. Aquellas caras era lo único que había visto con sus propios ojos en aquel asunto. Todo lo que sabía se lo habían contado unos y otros y podía ser falso, como la foto misma. Si eliminaba todos los supuestos que no controlaba por experiencia directa, lo más aparentemente indudable era la foto de la escuadra de Bohle-Corpi en la Sala Wagram, campeonato de Francia de los pesos pesados. Entre aquellos diez deportistas o atracadores o estrellas de cine o funcionarios de la sección de homicidios quizá homicidas, conocía a Corpi e identificaba a Cirat, en un extremo.

Polo apoyaba en ese momento el dedo pulgar de la mano izquierda en el hombro de Cirat, que se había quitado las gafas para la fotografía. A la derecha de Cirat, vio en ese momento a Klotz, el mismo Klotz que todavía figuraba en el cartel del music-hall ABC. Era un individuo camaleónico: se parecía a Cirat, a su derecha, y al gigante que tenía a su izquierda, de modo que la mitad izquierda del cuerpo de Klotz parecía inverosímilmente más alta y fuerte que la mitad derecha. En el extremo opuesto a Cirat, creyó ver a Max Fechner, el mecánico, de acuerdo con la foto de la ficha policial que le había confiado Viladeu: un rubio de ojos muy claros, con tendencia a tener azúcar en la sangre, devorador y bebedor exclusivo de dulces, cerveza y aguardiente.

¿Estaba en la foto Jean Madinier, el boxeador? Polo creía que no. Había visto también la ficha de Madinier. Los boxeadores suelen ir al boxeo, pero no siempre como espectadores. ¿Participaba Jean Madinier en uno de los combates secundarios de la velada en la Sala Wagram? Klotz conocía a Cirat y vivía con Fechner. Klotz, Cirat, Fechner y Bohle-Corpi se reunieron el 24 de enero en la Sala Wagram, campeonato de Francia de los pesos pesados. ¿Habían ido a ver combatir a Madinier? Madinier participó con Fechner en la



muerte de Cirat el 2 de febrero, o eso le habían contado a Polo, que ya no miraba la foto y, por supuesto, se había cuidado de no hacer constar en su informe el nexo evidente que conectaba a Carlos Cirat con sus presuntos asesinos, Fechner y Madinier.

Pensaba en que iban a dejarlo cinco días más en París, como mínimo, hasta el jueves 1 de abril, día de la misa de Acción de Gracias por la Victoria. Y entonces apartó la vista de la banda de la Sala Wagram y se encontró otra vez con la primera página de *Le Matin*: N'oubliez pas à deux heures du matin d'avancer d'une heure vos montres et pendules. N'oubliez pas... No, no olvidaría adelantar el reloj. A las dos serán las tres, se repitió lo que ya se había dicho por la mañana, y sintió algo semejante a la armonía universal: se aceleraba el tiempo para que llegara antes el momento de irse.

## 34

Al otro día era domingo y cambió el ambiente del Hôtel Barbicane. Olía en los pasillos a correa militar y betún para el calzado. En el vestíbulo se hablaba de motores de explosión y farmacología, vitaminas y Pervitin, el comprimido de la fuerza, la alegría y el valor, la Píldora de la Valentía, la Pillola di Coraggio, decían los italianos, más contundente que la americana Bazedrine: Pervitin, más directo, anfetamina también. Nimmst du keine Pastille? ¿No quiere una pastilla?, le preguntaban a Polo, der spanische Doktor, der spanische Ingenieur. Polo se presentaba como ingeniero de Telecomunicaciones, Telekommunikationsingenieur o Ingenieur für Fernmeldetechnik, según el momento. Aquel era un día de bromas dominicales y ruido de hojas de periódico que pasan despacio y carretes de película y cámaras fotográficas encima de la mesa, buenas marcas, Exakta, Leica, Rolleiflex y Zeiss Ikon, turismo de guerra, buenos trajes, algún uniforme, cuestión de economía: los alemanes de uniforme no pagaban en el metro.

Aquel era día de salir de paseo, aunque insistiera el frío. Pero los funcionarios alemanes se habían vuelto prudentes. Polo había encontrado en el otoño de 1940 un París ocupado por un ejército eufórico (conquistador en

el sentido erótico de la expresión), y ahora se respiraba en el aire la hecatombe militar después de Stalingrado y el desembarco aliado en África. Polo leía *Le Matin* cada mañana: de las propias crónicas que transmitían el Gran Cuartel General del Führer y el Gran Cuartel General de las Fuerzas Armadas de Italia deducía que lo que se presentaba como un avance imparable en el frente ruso era una imparable retirada masiva hacia el oeste y que en Túnez se defendían posiciones cada vez más reducidas ante las acometidas de un enemigo más numeroso cuanto más se le aniquilaba. El Monstruo se acercaba cada vez más: Der Ernstfall! La Emergencia. La Invasión. Die Zersetzung. La descomposición. La Ocupación Americana.

Ya no se veía en los periódicos a los soldados alemanes de visita turística por París. En 1940 los comerciantes les vendían lo que pidieran con una amabilidad pegajosa que Polo encontraba molesta, y se les recibía bien en los restaurantes y los espectáculos. «Aquí todos los servicios funcionan para el vencedor», dijo Asensio entonces. La gente contemporizaba con el alemán, se acomodaba a la situación, colaboraba. Y ahora, Polo lo había visto, en las tiendas a los alemanes tardaban en servirles y los miraban con cara de estupefacción. ¿Qué quiere usted? ¿Qué? Decían no entenderlos. Y, según las noticias de Herr Heidenreich, que coincidían con las del periódico y con algo que le había comentado Palma, les tiraban bombas o les quitaban la pistola a golpes de martillo, procedimientos gangsteriles, terrorismo, dijo Heidenreich. Cómo cambian los afectos, pensó Polo.

Tomó el metro. Siguió a los oficiales alemanes que iban de compras a los puestos de libros del Sena, aristócratas del alma. No iba a comprar libros. Solo quería cruzar el río para volver a ver a Bernard. Llevaba la foto de BohleCorpi y sus amigos en el boxeo. No buscaba saber más de lo que sabía, pero quería confirmar que no se equivocaba demasiado en lo que creía saber. Klotz era Klotz, Fechner era Fechner. ¿Aparecía algún otro individuo interesante en la foto? Se lo diría Bernard, que quizá conociera a Madinier por otro nombre y quizá pudiera explicarle para qué negocios se reunía aquella Band of Brothers boxística además de para asistir a espectáculos deportivos. La curiosidad de Polo era puramente científica: no obedecía a ningún interés profesional inmediato.

Esa vez la conserje evitó mirarlo, como si ya hubiera visto esa mañana demasiadas caras o Monsieur Bernard la hubiera avisado de que esperaba una

visita a las once. Polo volvió a subir por la escalera y llamó a la puerta. No era un intruso, Bernard lo había invitado a volver, pero nadie le abría. Insistió. Oía algo, algo le llegaba, una onda. Miró las tres cerraduras, compactas, palpó la resistencia de las cerraduras y la barra de hierro como se perciben sin mirar, al tacto, los billetes y las monedas sobre un mostrador. Había visto que la casa de rue du Bac tenía tres salidas a rue de Babylone, tres posibles vías de fuga, y una casa de la que es fácil escapar es una casa en la que es fácil entrar.

Subió a la última planta, siempre por la escalera: los ascensores son demasiado escandalosos. Prefería un encuentro inoportuno con algún vecino entre planta y planta. Se pegaba a la pared, procurando ser silencioso e invisible como una hormiga, pero consciente de su peso, volumen y masa, de sus dos metros de estatura. Oyó una voz, una tubería, el ruido de una moneda al caer al parquet, el tipo de ruidos que llevan a la desesperación y el suicidio a un fonofóbico que ni siquiera soporta oír pasar la página de un libro o respirar a un perro. Era la hora de la misa, del paseo de antes y después de misa, del sagrado aburrimiento dominical en el cuarto de estar insoportable.

Bajo los tejados encontró dos puertas al fondo de una galería de buhardillas y cuartuchos muertos. Había buscado las escaleras de servicio, un montacargas que quizá condujera directamente a la despensa de las viviendas y del que no costaría mucho violentar el mecanismo de cierre y apertura. Supuso que cada una de las puertas, cuatro veces más estrechas que la escalera principal, llevaría a cada una de las dos alas del edificio. Trató de situarse: la escalera por la que había subido, en círculo, podía haberlo desorientado. Y empezó el descenso a la planta noble. Las puertas de las habitaciones de servicio materializaban en el ámbito de la arquitectura, la carpintería y la cerrajería la división social del mundo en clases.

¿Ya estaba ante la entrada trasera del piso de Bernard? En cuanto Polo vio la cerradura, se dio cuenta de que no tendría que volver al Hôtel Barbicane a por una herramienta en forma de sacacorchos fabricada en Düsseldorf de la que se desplegaban catorce ganzúas y que nunca faltaba entre sus cosas de aseo: quién sabe si impaciente porque el inquilino de la casa no le abría la puerta principal, alguien había forzado la entrada de la cocina sin el menor deseo de disimular su irritación. Si había sido Palma, su trabajo era pésimo.

## VII. UN ASUNTO AMOROSO

### 35

Entró en un espacio vacío al que, como había supuesto, llegaba un montacargas y por el que se accedía a la despensa, la bodega, la cocina y el dormitorio del servicio. Todas las puertas estaban abiertas o entornadas, y no se oía un ruido. Atravesó la cocina, un motín de pocos platos y muchos vasos sucios, los olía a distancia, tropezó con un taburete que no había visto, no lo volcó porque ya lo habían volcado. El estrépito hubiera despertado a la Bella Durmiente. Llamó: ¡Señor Bernard! Siguió adentrándose en el bosque. ¿Cuándo saldrían los siete enanos? La casa olía peor que nunca. Al final de un pasillo brillaba una luz. Se acercó. Los cuartos de baño siempre tienen más luz que las habitaciones más cómodas de una casa. Era como si acabaran de jugar una timba de póquer en el cuarto de baño de mármol verde y treinta metros cuadrados que ya había visto otra vez: tres sillas derribadas y una de pie, toallas mojadas y pisoteadas, colillas por todas partes incluido el lavabo, donde también había un embudo, la guía telefónica de París empapada en el bidet como si se le hubiera caído de las manos a alguien mientras la consultaba en la bañera. Había en el suelo unos alicates oxidados y parte del contenido del botiquín, una lata de gasas vacía, sangre en el suelo y en las paredes. El mármol verde disminuía la impresión. La ducha goteaba al fondo, sobre la bañera verde y negra, glob, glob.

Las habitaciones estaban abiertas, iluminadas y revueltas, cerrados los balcones y las ventanas. Polo llegó al cuarto de Matthias Bohle: lo conocía de la primera vez que visitó la casa. Ahora el hilo del teléfono estaba arrancado,

los trajes destripados, los cajones del armario vaciados encima de la cama o sobre la alfombra. Seguía intacto el cenicero propaganda de Byrrh. En el pasillo que llevaba a los dos salones de la casa Polo pisó cristales rotos. Se asomó a otros dos dormitorios desbaratados, a otro cuarto de baño blanco, imaculado, intacto. Llegó a una de las salas del tesoro: dentro había soplado un ventilador todopoderoso que había revuelto hasta el último papel y el último mueble en una confusión en la que se mezclaban los colores dominantes en la habitación, pardo, ocre, leonado, amarillo mustio, para producir una tonalidad de letrina salpicada de papeles blancos. Lo raro era que no hubieran salido volando las paredes y el techo.

Como si acabaran de sofocar sin piedad una rebelión del mobiliario, en la segunda sala del tesoro se repetía el paisaje: todo derribado, reventado, abierto en canal todo lo que estaba cosido, cojines y sillones y sillas y pufs, plumas por todas partes, y descerrajado todo lo que podía abrirse con ayuda de una llave. De algún escondite había salido un zorro disecado para que le partieran el cuello y le sacaran las tripas de paja. Los papeles habían volado de la mesa. A la armadura le habían abierto el corazón con una palanca. Habían desconectado y tirado al suelo los teléfonos. Sobre la mesa solo quedaban los tres pisapapeles de cristal en forma de hexaedro, la figurilla alada que sostenía un avión, el podenco de bronce y un cenicero, un planeta de ceniza y colillas en el que Polo descubrió las pinzas filatélicas y una de las navajas propaganda de los relojes Moeris, abierta, con sangre seca y lo que parecían restos de piel. Pegada a la punta de las pinzas, había una uña.

Entonces Polo cogió el podenco de bronce y, asomándose a cada habitación por la que pasaba, volvió al cuarto de baño verde. En la suela del zapato derecho se le había clavado un cristal que rechinaba contra el mármol de la solería. Se acercó a la bañera: alguien que podía parecerse a Bernard lo esperaba tendido sobre cinco dedos de agua, con los pantalones de uno de sus mejores trajes, en mangas de camisa y con una corbata de rayas azules, blancas y doradas, tan apretada que quizá lo había estrangulado. La cara era más grande que la cabeza, una masa en la que se desplegaba una amplia gama cromática, del morado de los labios rotos al granate profundo alrededor de un ojo como una bola de billar y con el párpado rajado. Los ojos habían desaparecido bajo cojines de carne color de ciruela podrida. Habían hecho falta tres o cuatro individuos para dejar a Luciano Bernard en semejante

estado. Le habían estrellado una hucha en la cabeza y había monedas en la sangre seca y en el agua y en la camisa que se le pegaba a las heridas en un brazo. Una mancha de sangre a la altura de la tetilla izquierda y la tela rasgada de la camisa sugerían uno de los usos que se les había dado a los alicates oxidados. Bernard mantenía medio abierto el ojo menos tumefacto y el agua de la ducha, goteando sobre la cara, anegaba la abertura entre los párpados, hinchados como gusanos de seda adultos. Los labios parecían berenjenas: si no estuviera muerto, Bernard no habría podido moverlos, no habría podido contestar a ninguna de las preguntas que Polo quería hacerle.

## 36

El lunes 29 de marzo, poco antes de las once y media de la noche, Polo releía que en una de las carreras dominicales del hipódromo de Auteuil el único acertante del caballo vencedor ganaría sesenta y ocho veces lo apostado: Spinoza, uno de los caballos con menos posibilidades de triunfo en la prueba de obstáculos, había llegado el primero a la meta. Algo sabía ya Polo con certeza: qué significaba la palabra captada el sábado en rue du Bac, entre la oreja de Bernard y el auricular del teléfono. Spinoza era un caballo. Si Bernard viviera y hubiera apostado al caballo que sabía ganador, ahora tendría el dinero necesario para salir de París. Se fue la luz y Polo se concentró en la oscuridad absoluta.

Con el oído atento como si esperara oír algo, sin luz y con los ojos cerrados, en mangas de camisa, los pies desnudos en el suelo frío, estaba en un desierto de negrura y dimensiones extraordinarias, aunque fuera una habitación de cuatro metros por tres metros y medio, la 21 del Hôtel Barbicane. ¿Había provocado con sus movimientos la muerte de Bernard? Los cuatro lingotes de oro de la familia Salas Martialay se habían estrellado contra la cabeza de Luciano Bernard, antiguo funcionario de la Dirección General de Seguridad de la República.

Los que lo habían matado eran de los que prestan atención al prójimo: habían puesto cuidado en hacer daño con una ciencia perfeccionada y transmitida a través de distintas promociones de expertos en el dolor ajeno.

Dominaban el arte de maltratar con precisión, nada de malgastar energías. Tocaron donde querían tocar, retorcieron lo que retorcieron con plena conciencia de lo que hacían, sin apasionamiento. Lo que a primera vista pudiera parecer espontáneo obedecía a una organización minuciosa pero abierta a la improvisación creativa. Y con la misma meticulosidad descabalaron todo lo que había en la casa como un niño agita la caja de un rompecabezas que no le sale y revuelve todas las piezas.

Polo había observado la ceniza y los restos de tabaco en el cuarto de baño de mármol verde: ¿las colillas informes de un hombre que usa el chaleco de un traje gris funcional sobre la chaqueta de un pijama de seda y lleva en la muñeca una correa de piel de cocodrilo atada a un reloj de oro? ¿Buscaba Monsieur Decomble el oro del que yo le había dado noticias?, se preguntaba Polo. Si Bernard había sabido alguna vez que Bohle, a espaldas de Decomble, poseía cuatro kilos de oro, no podía decírselo a Decomble: habría sido confesar que, como Bohle, le había ocultado información. Así que, si le preguntaron por el oro, Bernard no habló. Y se murió. Ahora los especialistas de la Gestapo limpiarían el piso de rue du Bac como habían limpiado las casas y tiendas abandonadas por los judíos, y se pasaría por rue du Bac la ERR, la Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg, la Unidad Especial del Reichsleiter Rosenberg para el transporte a Alemania de tesoros culturales que solo el Reich podía preservar.

Polo veía con los ojos cerrados la pantalla de rayos X en el salón de rue du Bac, la vitrina de instrumental médico, bisturíes, pinzas, tenazas, objetos cortantes sobre lienzo blanco, la cara de Bernard deshecha y más grande que la cabeza: los ingenieros del dolor no habían tocado las herramientas médicas, como si las consideraran demasiado delicadas para una operación brutal. Bernard había hecho algo, o no había hecho algo, o los torturadores habían sentido que iba a hacer algo o que había dejado de hacer algo, o solo querían saber si tenía cuatro kilos de oro. Algo sabía Bernard, pensaban, y probablemente no supiera nada en absoluto. Polo sentía una impotencia tan infinita como la oscuridad de sus ojos cerrados. ¿Qué podía hacer contra Decomble, que tenía fuerza para aplastarlo a él como a una cucaracha? Polo ni siquiera tenía una pistola. Solo quería irse de París y es raro que alguien que desaparece en el aire, en el río, en una hormigonera o en una trituradora de carne pueda irse de París.

Unos minutos antes Alodia Dolz, con la cabeza inclinada hacia la derecha como si sufriera un ataque de tortícolis, se miraba al espejo. El cubículo que le servía de baño caía bajo el tejado de la casa y, cuando se ponía ante el espejo, la obligaba a torcer el cuello. A través de la puerta abierta del dormitorio y único cuarto de su piso (así llamaba al trastero donde vivía) oía en Radio-Paris a la Orchestre de Balalaikas de Georges Streha y se cortaba el pelo. Cuando se fue la luz, la mano izquierda sostenía un mechón que ya estaba entre las hojas de las tijeras. El apagón no detuvo a la mano derecha: cortó.

## 37

El jueves 1 de abril de 1943, a las doce del mediodía, en rue de la Pompe, ante el altar del Cœur Immaculé de Marie, la iglesia de los españoles, a no muchos metros de un local de la Gestapo, los funcionarios y amigos del Consulado General de España daban gracias a Dios y a su Madre en el cuarto aniversario de la Victoria. Quedaba algo de frío, se metía en la iglesia, doce o trece grados, y la Virgen en el altar se ponía la mano izquierda en el corazón en llamas como si se la calentara. Allí estaban el cónsul general Rolland valientemente sin abrigo, y De Velilla, jefe de Falange en París, con sus falangistas, de reglamentario uniforme negro y camisa azul, y los funcionarios y satélites de la Oficina Española, todos con la máscara solemne de la devoción patriótico-católica. Pero, tal como a traición invade la risa histérica la seriedad de cirio de una ceremonia litúrgica, en aquel momento los reconcomía, sin participación de su voluntad, la fatalidad de la situación bélica, la inminencia de la derrota.

La Wehrmacht conquistaba en el Frente del Este ciudades siempre más al oeste, camino de vuelta a Alemania, y en el norte de África alemanes e italianos resistían heroicamente las embestidas aliadas, lo decían los periódicos, el *Pariser Zeitung* y *Le Matin*, esa misma mañana, Polo lo había leído, y allí todo el mundo leía lo mismo. Pero algo sabían de guerras los reunidos al amparo del Corazón Inmaculado de María, y ni siquiera los imbéciles e insensibles son siempre imbéciles e insensibles a lo evidente: en



algún momento vislumbran la catástrofe que se avecina a toda velocidad como una piedra lanzada desde una torre. ¿Qué novedades traían los periódicos, otra vez con la firma de los dos reporteros estrellas del momento, el Gran Cuartel General del Führer y el Gran Cuartel General de las Fuerzas Armadas de Italia?

El avance conquistador de la Wehrmacht proseguía imparable en territorio soviético, hacia Berlín. Un experto podría considerarlo una huida en masa. Los germano-italianos ralentizaban la ofensiva angloamericana en Túnez, pero nunca la detenían. Las tropas de Rommel, lo decía el periódico, no perdían fuerza combativa, y así lo demostraba la ejecución matemática y estratégica del último repliegue territorial, el abandono de posiciones con el único fin de acortar el frente y cumplir órdenes, Heil Hitler! Alemania e Italia estaban perdiendo la guerra, y no lo decía un derrotista ni jamás lo diría en voz alta ninguno de los presentes en la iglesia del Cœur Immaculé, pero era lo que, a su modo, contaban los partes entusiastas de los Grandes Cuarteles Generales.

Polo, en la última fila de los bancos ocupados, miraba las espaldas ensimismadas como tabiques de los miembros de la comunidad española y aspiraba el olor fantasma de las instalaciones espirituales, una combinación de lejía, suelo fregado con agua muy usada, incienso, cera, vela quemada, respiración de confesionario, rata y termita, madera vieja, agua de florero, flores frescas y menos frescas en distintos grados de descomposición, agua en descomposición, agua en una pila bendecida y estancada desde hacía siete días, esa fusión anestésica de olores. Dio gracias a Dios cuando, acabada la ceremonia, en rue de la Pompe volvió a la luz.

Los españoles perturbaron un buen rato en la puerta de la iglesia la acera de rue de la Pompe, pero también pisaban la calzada. Apenas molestaba algún ciclista o algún vélo-taxi, no había gasolina y no había coches, y los asistentes a la misa de Acción de Gracias no terminaban de separarse. Cuesta disolverse a la salida de bautizos, bodas y funerales, y allí estaban, emparedados en sus abrigos, muy tiesos, más tensos que nunca, le pareció a Polo, más inquietos, pero hieráticos a primera vista, como si ese día algo les diera vueltas dentro: una abeja quieta en el aire y aleteando sin parar para no caerse. No todas las verdades se pueden decir: el sino de la guerra cambiaba, ya corrían apuestas sobre cuánto tardaría en producirse la invasión

angloamericana de Europa, Italia primero y luego Francia, pero no habría sido elegante hablar de la probable e inminente derrota de Hitler el día de la Victoria Nacional, a la que tanto había contribuido Hitler.

Polo no se inmutaba. No asistiría a la comida de hermandad que sus compatriotas celebrarían en el plazo de una hora en algún restaurante para militares alemanes y no participaba en la inquietud invisible e indecible de la reunión. Se hablaba en la puerta del Sacre Cœur Immaculé de la desgracia del pobre Asensio. Se podía decir que acababan de enterrarlo. París se estaba convirtiendo en un avispero de atracadores y terroristas. Polo no decía nada. Si uno mete la mano en agua tibia después de haberla metido en agua caliente, la encuentra fría, y, después de asomarse a la bañera de Bernard, estaba helado. Se movió por fin: se acercó a Viladeu. Quería disculpar su inasistencia a la comida. Se había resfriado, o eso dijo. Se iría pronto.

Vaya, dijo Viladeu, hay una epidemia en la Oficina: la señora Dolz llamó el lunes para avisar de que estaba enferma. Y, mirando a Polo a través de dos cortinas de cristal graduado, polvo, ceniza, pan y algo que parecía clara de huevo seca (hasta la luz del día manchaba aquellas gafas), Viladeu imitó una voz ronca y cavernosa, la voz de Dolz: Tengo gripe, dijo. Y Polo, imitando la voz de Dolz o la de Viladeu, o simplemente haciéndose el enfermo, preguntó por Palma. Había dado por supuesto que lo vería en la iglesia, quizá por la afinidad sacramental entre el gin con Dubonnet y el vino y el agua que el sacerdote mezcla y transubstancia en el cáliz. Nadie habló de Bernard, como si no hubiera existido.

A Viladeu no le preocupaban ni Palma ni Dolz. La señora Dolz era una heroína condecorada. Sobrevivió a tres años de peligrosas actividades clandestinas en la Madrid roja, dijo épicamente. Si entonces no la habían matado, ya no la matarían nunca y, desde luego, no iba a matarla una gripe o un resfriado típicos del cambio de estación. De Palma no sabía nada desde el viernes, el coche lo había dejado en la cochera de la Oficina Española y allí seguía. ¿Dónde estaba Palma? ¿Qué quiere que le diga?, dijo Viladeu. Palma era un niño caprichoso, hizo la guerra en una oficina de Sevilla, vamos, que no hizo la guerra, por muy joven que fuera entonces.

Un individuo con cara de militar de paisano, acostumbrado a tropezar y a que se le cayeran las cosas, que llevaba cinco minutos acometiendo a Polo con la espalda, el codo y el hombro, dejó con la palabra en la boca a uno de

los tres camaradas con los que se reía. Iba a estornudar. Estornudó y se sonó la nariz y, con el pañuelo en la mano, aprovechó y se volvió de repente como si fuera a quejarse de que Polo, al que apenas llegaba al omoplato, invadiera su espacio vital. Polo lo conocía de vista, de cruzárselo en un pasillo o una escalera, de verlo al fondo de una oficina con la puerta abierta.

—¿Hablan ustedes de Palma? —dijo, y se limpió la nariz otra vez—. Es un raro. Es de esos que, hagan lo que hagan, nadie lo considerará una extravagancia: está en su carácter. Lo predecible es que un tipo así te salga por el sitio más impredecible.

—Es lo que yo iba a decir —dijo Viladeu.

Palma podría estar ya perfectamente en España, sin despedirse de nadie. Quería irse, no lo ocultaba. Disponía de documentación. Si había conseguido billetes, no era descartable que estuviera ya en Madrid o en Sevilla. Sí, señor, así era Palma. Pero que se atuviera a las consecuencias, avisó Viladeu. Aquí lo damos ya por amortizado, por liquidado, vamos, dijo. Polo pensó que pronto el nombre de Palma no sonaría a nada en la Oficina Española, como esos números de teléfono que alguna vez apuntamos, a los que nunca llegamos a llamar y que ya no sabemos de quién son.

—¿Sabe usted cuál es el problema de Palma? —preguntó Viladeu, que había sacado un pañuelo y se había quitado las gafas. ¿Se había dado cuenta por fin de que no se veía a través de aquellos cristales?

—No.

—Es un hombre que se ayuda poco a sí mismo —dijo. Se secó los ojos y volvió a guardar el pañuelo. Las uñas de Viladeu imitaban los cristales de las gafas de Viladeu.

—Tenía billete y salvoconducto para irse, yo no —dijo Polo.

—Qué ganas tiene usted de dejarnos, mi querido comisario. Era Asensio el que se ocupaba de sus papeles con la señora Dolz, y ya ha visto usted, el pobre no ha estado para nada estos días —Viladeu puso cara de haber dicho muy serio algo gracioso—, y ahora Dolz tampoco parece estar para mucho con eso de la gripe o lo que tenga. ¿Qué día es hoy?

—Jueves, 1 de abril.

—El viernes de la semana que viene, como muy tarde, Dios mediante, estará usted en España. Cuídese el resfriado y oiga Radio-Paris a las tres y media —añadió Viladeu sin mirar a Polo y después de consultar el reloj.

Cogió del brazo al hombre del pañuelo en la mano y se dirigió al grupo formado alrededor del cónsul y de De Velilla. El jefe de Falange intervenía a las tres y media en la emisión que Radio-Paris consagraba al recuerdo de las fases de la guerra de Liberación en el IV aniversario de la Victoria española.

## 38

Poco antes de las cuatro menos cuarto sonó el teléfono de la habitación 21 del Hôtel Barbicane. Polo descolgó sin dejar el libro que sostenía en la mano derecha. Lo llamaban de conserjería: Madame Horst pedía verlo en el vestíbulo. Polo no esperaba a nadie, no conocía a ninguna señora Horst.

Soltó en la cama el libro viejo que había comprado en el río antes de volver al hotel: Ernst Mach, *Die Analyse der Empfindungen und das Verhältnis des Physischen zum Psychischen*. Lo había leído ya, hacía treinta años, *El análisis de las sensaciones y la relación de lo físico con lo psíquico*. La personalidad de un individuo es tan poco estable como su cuerpo. ¿Decía eso Mach o es lo que yo recuerdo o me invento ahora?, se preguntó Polo mientras se ataba los zapatos. ¿Se había comprado el estudio de Mach para divertirse a costa de cualquier intruso que le registrara el cuarto? Veía al figón dándole vueltas a *Die Analyse der Empfindungen* y preguntándose si no había encontrado el libro de claves del inquilino de la 21 para cifrar y descifrar mensajes criptográficos. Pero solo se había comprado *Die Analyse* por curiosidad, por ver si recordaba lo que sentía la primera vez que lo leyó. Se puso la corbata, a la que no le había deshecho el nudo antes de tenderse en la cama en mangas de camisa. ¿Quién mandaba a Madame Horst?

Bajó al vestíbulo. Una alemana con uniforme de enfermera a juzgar por la falda y los zapatos, lo único que Polo podía ver, se tapaba la cara con el *Parisier Zeitung* desplegado. «Feindliche Nachschublinien erneut Schwer getroffen», leyó Polo el titular de la primera página. Las líneas de avituallamiento enemigas habían vuelto a ser golpeadas con fuerza. Los submarinos alemanes habían hundido diecisiete mercantes con 103.500 toneladas de carga, Polo ya lo había leído en *Le Matin* esa mañana. Todos los periódicos lo repetían, así que tenía que ser verdad o por lo menos no se

contradecían los cronistas de los dos periódicos, que eran uno: el Führerhauptquartier, el Cuartel General del Führer. En la radio sonaba música clásica.

Entonces vio a la otra mujer, de espaldas. Bajo el globo de luz blanca del techo, tenía el pelo más amarillento que blanco, muy corto. Con la cabeza inclinada ante una de las mesas para jugar al ajedrez, parecía estudiar el desarrollo de una partida suspendida a medias, pero no metía la mano en el tablero como Polo había visto hacer un día a Palma en aquel vestíbulo. Vestía un traje sastre invernal verde ceniciento, un tono que quizá quería prolongar el color de la cabellera: si se pegara a la pared, la mujer desaparecería en la pintura gris verdosa como esos insectos verdes que se confunden con las hojas del árbol. La mujer se volvió hacia Polo. Lo había oído llegar o había sentido, como una mano en el hombro, que la estaba mirando.

La señora Dolz se había quitado el luto y, quizá en un delirio provocado por las fiebres que suelen acompañar a una gripe grave, se había casi rapado la cabeza y había sometido el pelo a un tratamiento con polvos decolorantes, agua oxigenada y quién sabe si amoniaco, o esa fue la fórmula aproximada que intuyó Polo. Aquel pelo no atraía la vista, la repelía.

—No puedo quedarme —dijo. Se había pintado los labios de un rosa blanquecino—. Quiero ir al estudio fotográfico de rue Rennequin, aquí a la vuelta, la siguiente a rue de Banville. Por allí estaré.

No le dio la mano, no dijo más. No se despidió al pasar por la conserjería. La señora Dolz seguía siendo la señora Dolz, aunque se presentara como Madame Horst y se hubiera puesto una careta con su propia cara. Sin el pelo negro estirado en un moño, sin el uniforme de luto solemne, la frente mantenía su autoridad, y los arcos superciliares, los ojos, los pómulos, la nariz, la boca y el mentón eran más duros que nunca, aunque ahora el conjunto tuviera algo de pájaro huraño y desamparado. La orquesta atacaba el pasaje más enérgico de una sinfonía. ¿Era la señora Dolz la que había puesto la radio? Pertenecía a la secta de los obsesionados por los micrófonos ocultos, o eso pensó Polo, que había entendido los movimientos de Alodia Dolz: quería hablar con él, pero no en el vestíbulo del Barbicane. Lo esperaba en rue Rennequin. Polo no se dio prisa. Subió a su habitación. Cogió el abrigo, el sombrero y los guantes. Miró el reloj. Eran las cuatro. A esa hora la Oficina Española en pleno estaría celebrando, vaso y brazo en alto, la

intervención de De Velilla ante los micrófonos de Radio-Paris. Nadie iba a entretenerse en buscar a Dolz o a Polo.

La descubrió ante un escaparate de rue Rennequin. Polo no se había equivocado. No puedo quedarme, había dicho la señora Dolz, y Polo había entendido: Espere diez minutos y salga. Me verá al doblar la esquina de rue Rennequin. Había dicho más, sin palabras: Si no estoy, vuelva al hotel o vaya a donde quiera. Si estoy, echaré a andar cuando usted aparezca. Sígame. Si me pierde, no se preocupe. A mí no me siguen, lo he comprobado, o eso creo. Si lo siguen a usted, no lo sé. Si descubro que alguien lo sigue, me pierdo, no me verá, no me busque ni se preocupe. Volveré a ponerme en contacto con usted en otra ocasión. Viladeu lo sabía: la señora Dolz estaba habituada a los movimientos y métodos de la vida clandestina.

En cuanto Polo apareció en la calle acordada, Dolz, a unos treinta metros de distancia, echó a andar sin haberlo mirado. ¿Tenía un ojo en la sien? Había subido la temperatura a quince grados y a Polo le pesaban el abrigo y el sombrero. Le costaba seguir a Dolz. La mujer, a paso rápido, tenía la habilidad de esquivar y adelantar a los transeúntes y utilizarlos para cubrirse. Podía ser una flaca funcionaria berlinesa de cincuenta o sesenta años o un quinceañero larguirucho que se había puesto un traje de su madre y se había pintado el pelo. Se dirigía hacia el boulevard Pereire y la rue Guillaume-Tell, hacia el norte. Daba vueltas por calles que Polo no había pisado nunca. En una había un Citroën negro, parado, de aspecto policiaco, con el parabrisas roto. Un martillazo, pensó Polo. Nadie se acercaba al coche.

Dolz había tomado precauciones incluso al elegir vestuario: zapatos planos, con cordones, y falda de corte militar. Una falda estrecha le hubiera podido molestar al andar o al apretar el paso. Esa mujer, pensó Polo, nunca se curará la intoxicación del miedo, nunca perderá el instinto de clandestinidad. Hipersensible a ruidos que no oye nadie, vigilará a todo el mundo. Vivirá atenta a todas las miradas, incluso cuando no se dirijan a ella. Estará pendiente de los coches que se acercan y de los que no se mueven. El individuo que por la calle, detrás de ti, repite tus pasos, ¿te está siguiendo o solo va detrás de ti por casualidad? Lleva andados detrás de ti más de doscientos metros, lleva detrás de ti diez minutos, y de repente ya no lo ves y ves a otro a la misma distancia, ¿hay algo en común entre los dos? No visten

lo mismo, no parecen pertenecer a la misma clase social, pero comparten el mismo modo de andar y de moverse y de desviar la vista. Y cuando el sustituto es también sustituido, ¿tienes que entender que ha sido relevado por un nuevo perseguidor? ¿Y qué pasa si el que va delante de ti, siempre a un mínimo de diez pasos de distancia, es el que te sigue, aunque parezca que lo sigues tú a él? Polo reconoció que la señora Dolz dominaba el arte de sobrevivir en territorio enemigo. ¿Tres años de clandestinidad en la Madrid roja? Viladeu no fabulaba.

Alodia Dolz sufría la angustia de la vigilancia constante, miedo puro, en dos palabras, pensó Polo, y quizá le atribuía a Dolz lo que alguna vez había sentido él mismo, la presencia de un peligro que solo uno percibe, como cuando echan en el agua un producto químico insípido que quizá notes (o tengas la aprensión de que lo notas) porque sabes que el agua tiene algo. Dolz aplicaba sus medidas de seguridad como quien practica una superstición: si recorro cien metros sin respirar, llegaré sana y salva a mi casa. En ese momento se perdía por la puerta trasera de un edificio con la fachada a la plaza de Stuart-Merrill. Polo la siguió. No se tropezó con la portera, no se tropezó con nadie en la escalera infinita, un caracol con peldaños de madera y sin pasamanos, hasta la cuarta planta y más arriba, se lo habían dicho las pisadas de la señora Dolz. Debía de vivir en el tejado. Y en un pasillo de trasteros, buhardillas o cuartos para criadas Polo adivinó una puerta entreabierta. De algún sitio salía música.

Polo se vio en un cubículo azul cerúleo, duplicado en el espejo de un armario. Había, además de la puerta que daba al pasillo común, otra puerta ante la que Polo tendría que doblarse si quería franquearla. Con los postigos cerrados, estaba encendida la luz del techo: sentía el calor de la bombilla en la cabeza. Olía a tabaco.

—Cierre la puerta —dijo, de espaldas, el espectro de pelo sulfúrico en el que se había convertido la señora Dolz. Se echaba algo en un vaso, y fumaba. Se veía el humo.

No parecía calentar mucho el único radiador de aquel cuarto, en el que cabían prodigiosamente una silla, una cama turca, un armario, una mesa plegable, una percha con un abrigo negro colgado y dos personas. En la mesa había una radio y encima de la radio había unos auriculares, una máquina de fotos, un flexo, un cenicero, una caja de fósforos y tres paquetes de tabaco

rubio, Naja. Un hombre de poco más de veinte años sonreía desde un portarretratos, vestido de explorador polar en un paisaje nevado. En el cenicero no cabían más colillas, todas manchadas de lápiz de labios. De algún sitio llegaba música.

—¿Quiere coñac, comisario?

—Si me lo permite, la acompañaré, señora. Muchas gracias.

Antes de volverse, la señora Dolz cerró la botella, se quitó la chaqueta y la dejó en la silla. Llevaba una camisa que imitaba el color de su cara: blanca.

Sonreía, casi tanto como el hombre del portarretratos, cuando le tendió medio vaso de coñac a Polo. Sonreía o el humo y el cigarrillo que tenía entre los labios le deformaban el gesto. Dejó de sonreír cuando Polo cogió el vaso. Ahora el cigarro estaba entre dos dedos y Alodia Dolz abocinaba la boca para soltar más humo.

—No me lo imaginaba a usted oyendo a las cuatro menos cuarto la voz del camarada De Velilla en compañía de los funcionarios, colaboradores y amigos de la Oficina Española, señor comisario, así que pasé por el hotel a ver si estaba —dijo la señora Dolz.

—No me sentía bien —dijo Polo.

—No se preocupe. Si le interesa oír a De Velilla, a las siete retransmite su discurso La Voix du Reich. —Dolz tenía la voz ronca, acostumbrada a mandar, y acento aragonés.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Polo. No había probado el coñac.

—¿No se quita el sombrero ni el abrigo? No deje el sombrero encima de la cama. Trae mala suerte. Y siéntese, por favor.

Polo miró la chaqueta verde sobre la silla. Dolz la recogió.

Se sentó Polo sin quitarse el abrigo, dejó el sombrero en el suelo y, después de alzar el vaso medio lleno de coñac para brindar, o para apreciar la transparencia del líquido, quién sabe, bebió.

—¿Ha visto a Palma estos días, comisario? —Dolz estiraba y subía de tono el final de la frase.

—No. Lo vi el viernes pasado. ¿Qué quiere usted? —repitió Polo.

Sin la autoridad de la frente despejada y el pelo oscuro, largo y tirante, recogido y bien sujeto atrás, la señora Dolz parecía en peligro de partirse, más afilada que nunca, como la punta de un lápiz. Le temblaban los labios, la



mano que sujetaba el cigarrillo. Abría y cerraba los ojos. Se había sentado en la cama, al lado de la chaqueta y, cuando alargaba la mano a la mesa para echar la ceniza, titubeaba, no encontraba el cenicero. Polo pensó en los penitentes que antiguamente se arrancaban el pelo y se cubrían de ceniza la cabeza.

—No encuentro a Palma —dijo Alodia Dolz.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Ayudarme a encontrar a Matthias Bohle.

## 39

—No soy arqueólogo, señora —dijo Polo—. No excavo tumbas. No...

—Je m'ennui de vous —dijo Alodia Dolz con cara de fastidio o de aburrimiento, como si hablara sola o con alguien que no estaba en la habitación. Miró al techo, expelió con fuerza el humo que tenía en los pulmones, se bebió el último trago y, como si el coñac hubiera actuado de traductor automático, repitió—: Me cansa, comisario. Váyase si quiere. —Se puso de pie, el vaso vacío en la mano derecha y lo que quedaba de cigarro en la izquierda. La ceniza estaba a punto de desmoronarse. Había quemaduras de cigarro en la alfombra—. Salga por donde ha entrado y, si alguien le pregunta, no me ha visto.

—No. Cuénteme, por favor. Cuénteme su historia de fantasmas. Usted misma, con esa cara nueva, parece salida de entre los muertos, permítame decírselo.

Dolz le dio la espalda a Polo. Se estaba echando más coñac. Había encendido otro Naja cuando se volvió para rellenarle el vaso al comisario.

—Vi a Bohle. Y he vuelto a verlo. A usted le gustan las historias de fantasmas. A mí no, permítame decírselo. —Imitó con acento aragonés la voz de Polo.

—¿Y dónde aparece Palma en su visión?

—Lo metió usted, señor. Lo puso a buscar un tesoro, el oro de Bohle, decía. Palma es un imbécil, un niño mal criado, supongo que se ha dado

cuenta. No sé qué hizo. Puede que fuera a ver a Bernard, el socio de Bohle. Usted no ve a Palma desde el viernes. Yo tampoco.

—Viladeu dice que está en Madrid o en Sevilla.

—Y Viladeu está en la luna. Fui dos veces a casa de Palma el sábado, el domingo fui tres veces más. He vuelto todos los días. No vive lejos de la gare Saint-Lazare, en rue Laferrière. No está allí. Si buscaba el oro, tenía que acercarse a Bohle antes o después, ¿no?

Miraba a Polo a los ojos como si se mirara a un espejo y se descubriera las arrugas, cuánto había envejecido en los últimos años. Pálida como si se hubiera mareado en un barco, tenía las pupilas dilatadas. Usa belladona como cosmético, pensó Polo, o toma las pastillas de los alemanes, el Pervitin, o la Bensedrine americana de Palma, anfetamina. La música que sonaba en alguna parte cambió. Un gramófono, pensó Polo. Dos o tres minutos cada pieza, silencio, cambio de disco.

—¿Puede decirme cuándo y dónde vio usted a Bohle?

—Lo vi en place d'Italie, por casualidad, el 24 de marzo. Iba sin su disfraz. Ya sabe, se había quitado el caparazón, el abrigo, el sombrero, los guantes, los zapatos de juez. Se ha cambiado de máscara. Se ha rapado la cabeza, va casi en harapos. Podría ser un prisionero liberado que acaba de bajarse del tren. Llevaba gafas de campo de concentración alemán. No paran de llegar trenes de prisioneros estos días y...

—Usted lo reconoció a plena luz...

—Lo reconocí. Y no estábamos a plena luz del día. Eran cerca de las diez de la noche.

—Lo que no entiendo es qué hacía usted en un sitio como place d'Italie a esa hora. Cuando conocí esa plaza en 1941, tenía mala...

—Estamos hablando de Bohle, no de mí. Tengo mi vida —dijo Dolz.

—Disfrazado, de noche y con las luces camufladas, vio o creyó ver a Bohle el 24 de...

—Vi a Bohle.

—Vio a Bohle el 24 de marzo y no dijo nada en la Oficina Española.

—Si con toda seguridad decir una palabra va a dar problemas, lo mejor es no decirla, lo tengo claro. De Bohle se habla lo menos posible en la Oficina, o solo se habla si se baja mucho la voz. Allí nadie se fía de nadie. Bueno,

volví a ver a Bohle el martes, hace dos días —dijo Dolz.

—¿Cerca de rue du Bac? —preguntó Polo.

—¿Cerca de la casa de Bohle y Bernard? No. Cerca de place d'Italie. En el passage Barrault.

—No sé dónde está, lo siento —dijo Polo.

—Es un callejón de rue des Cinq Diamants.

—Perdóneme otra vez. ¿Usted le había dicho a Palma que cree que Bohle está vivo?

—No creo que Bohle esté vivo, perdóneme usted, señor comisario. Está vivo. Y no le he dicho nada a Palma. Palma es un insensato, un imbécil, aunque yo le tenga afecto, lo diré así.

La ceniza del cigarro le cayó en la falda. La señora Dolz se puso otra vez de pie, y otra vez se echó coñac, y otra vez encendió un Naja. El cenicero era la copa mágica: nunca rebosaba. El olor a tabaco era una presencia sólida.

No se sentó, clavó los ojos en la alfombra verde, como contando las quemaduras. Cuando miró a Polo, abría y cerraba los ojos. ¿Iba a llorar la señora Dolz?

—El miedo que tengo es que le hayan hecho algo a Palma —dijo.

—¿Tanto afecto le tiene usted?

—No es una persona que se haga querer.

—Él sentía por usted un aprecio especial, o eso me pareció —dijo Polo.

La señora Dolz se echó a reír, dio un sorbo al coñac que le provocó una mueca de desagrado y, de un trago, vació el vaso. Se le ponía de punta el pelo terrible.

—Se acabó el coñac por hoy. Palma está demasiado aburrido de sí mismo como para querer a nadie. La única persona que conozco por la que creo que siente algo es usted, comisario, permítame decírselo. —Otra vez imitaba a Polo—. Si quiere más coñac, sírvase.

Abrió el armario con la mano que no sostenía el cigarro. Polo no podía ver lo que buscaba. Se veía a sí mismo, muy grande y muy cerca, en el espejo de la puerta del armario, que, abierta, tapaba como un biombo a la señora Dolz.

—Voy a encontrar a Palma aunque tenga que meterme en las alcantarillas —dijo, otra vez sentada en la cama, con un plano en la falda, sin desplegar—.

Necesito que me ayude. No puedo sola.

Polo, con la botella de coñac en la mano, estudiaba la etiqueta: un faisán sobre un tonel, coñac Albert Robin & C. Acababa de echarse dos dedos más. Cada dos o tres minutos cambiaba la música que llegaba de algún sitio, cambiaban el disco.

—La verdad, no sé cómo podría ayudarle. Yo no...

—He estado siguiendo a Nicole Dermit, la novia de Bohle, la amante de Decomble. Palma dice que Decomble mató a Bohle.

—Se lo oí decir.

—Decía que Decomble le pidió a Bernard que lo matara. —Esperaba Dolz la reacción de Polo, pero Polo solo abrió la boca para dar un trago—. Llevo días detrás de Nicole Dermit. Canta en un music-hall, el ABC. Usted lo sabe, ¿no? Fue a verla con Palma. Busco a Bohle porque no sé dónde está Palma.

—A Bernard no lo ha visto, ¿verdad?

—No puedo estar pendiente de él. No puedo dividirme en dos. He ido a por Nicole Dermit. Tiene funciones en el ABC a las tres y a las ocho. Canta casi al principio del espectáculo y se va. Es fácil controlar sus movimientos.

Desplegó un plano de París. Lo dirigió hacia Polo para que pudiera leer los nombres de las calles. El plano había sido usado siempre con mucho cuidado y no tenía ninguna marca, ni siquiera de ceniza de tabaco. La señora Dolz no lo tocaba, como si apoyar un dedo fuera a dejar en el papel una marca rastreable. Pero el dedo índice trazaba un triángulo sobre el mapa a un centímetro de distancia. La uña muy corta, muy cuidada, sobrevolaba una y otra vez el trayecto que va de gare d'Austerlitz a rue Watt, a rue des Cinq Diamants, a gare d'Austerlitz, a rue Watt, a rue des Cinq Diamants.

Polo tradujo en voz alta aquellos signos cabalísticos. En rue des Cinq Diamants vivió Cirat, Bohle se tiró al tren en la estación de Austerlitz, y en rue Watt habían matado a Asensio.

—En rue des Cinq Diamants está el gimnasio donde entrenaba Madinier, uno de los que mató a Cirat, si es verdad lo que dice la policía —añadió Dolz. Su mente era la máquina de Best-Mehlhorn, el archivo electrónico del aparato policial del Reich—. Usted conoce a la policía mejor que yo, comisario.

—Da la casualidad, según usted, de que Bohle se esconde en un callejón de rue des Cinq Diamants.

—No sé si da la casualidad. Le cuento lo que vi desde el coche. Yo...

—¿El coche?

—Tengo llaves de la cochera y de los dos coches de servicio de la Oficina Española. Se usan poco esos coches. Hay poca gasolina. Sé lo que hago, no se preocupe. Tenía que ir detrás de Nicole Dermit, y a la cantante la llevan en coche.

—¿La llevan?

—Uno de los perros guardianes de Decomble se convierte en faldero cuando hace de chófer a Mademoiselle Dermit. Le cuento: el Renault Juvaquatre de Dermit entró en rue des Cinq Diamants, se paró a la altura del passage Barrault, y del passage Barrault salió Bohle y desapareció en el asiento de atrás del Juvaquatre. O se volvió invisible dentro del coche, o se tumbó y encogió a los pies de Nicole Dermit. Salieron hacia rue de Tolbiac y... —Dolz trazaba con el dedo el camino en el plano—. Usted sabe ya dónde acabaron.

—Rue Watt.

—Son calles muy solitarias. No te puedes esconder, y si vas por la acera elevada tienes difícil escapatoria. Ya sabe lo que le pasó a Asensio. El Juvaquatre bajó por rue du Chevaleret y paró al llegar a rue Watt. Se apearon Dermit y Bohle. Lo vi desde el coche, desde rue de Tolbiac, y seguí para llegar a rue Watt por el lado del río, por rue de la Croix-Jarry. —El dedo de Dolz rehacía el trayecto en el plano—. Cuando vi que Bohle y Dermit andaban hacia donde yo estaba parada, arranqué hacia... —Alodia Dolz se quedó con la boca abierta y los ojos fijos, sin ver, en un punto del sur de París, casi en el límite inferior del plano, en el boulevard Kellermann. Levantó la vista y la clavó en la pared. Tenía una cara nueva, como si estuviera sola en el cuarto, una cara que ni ella se había visto nunca en el espejo—. Estoy harta de Bohle, de Dermit, de Palma y de mí.

Polo se levantó, sirvió coñac en los dos vasos, oyó encender una cerilla y aspirar humo a la máxima profundidad posible. Se volvió hacia la señora Dolz y la encontró echándole más humo al techo.

—Me bebo esto y me voy —dijo Polo—. Búsqueme cuando quiera seguir hablando.

—Hable usted con Bernard, pregúntele por Bohle. —La señora Dolz se bebió de un trago medio coñac.

—No creo que el señor Bernard esté ahora mismo en condiciones de responder a ninguna pregunta.

—Tiene que saber que Bohle está vivo, ¿no? —La nota final de la frase subió varios semitonos, al modo aragonés.

—Digamos que usted me da un vivo y yo le doy un muerto.

—¿Bernard está muerto?

—Digámoslo así, entre nosotros. No conozco a nadie que parezca saberlo. Si no le importa, no me pregunte más. Cuanto menos sepamos, mejor para todos. Hay cosas que es mejor no saber.

—¿Bernard ha muerto?

—Se supone que ni siquiera yo lo sé. No se le verá más. Usted es una especialista, ¿no? Me entiende.

Polo se puso de pie, apuró el vaso, lo dejó en la mesa y recogió el sombrero del suelo.

—¿Se va?

—Puede buscarme cuando quiera. Estoy en el Barbicane.

La señora Dolz se levantó con el vaso en una mano y un Naja en la otra.

—¿No puede quedarse hasta el camuflaje de luces? —La señora Dolz abrió mucho los ojos, y Polo se vio en las pupilas dilatadas como en el dorso de una cuchara.

—¿En esa cama cabemos los dos?

—Otros casi tan grandes como usted han cabido —dijo Dolz.

Siguieron hablándose de usted toda la tarde.

## 40

El viernes 2 de abril, a las nueve en punto de la mañana, el comisario Polo se llenaba por segunda vez la taza de café en la habitación 21 del Hôtel Barbicane cuando sonó el teléfono. Acabó de llenarse la taza y descolgó. Le pasaban una llamada del exterior.

—¿Comisario Polo?

—Sí.

—Mein lieber Kommissar! —Polo reconoció la voz: Heidenreich.

—Mi querido herr Heidenreich. Es un placer volver a oírlo.

—¿Cómo se encuentra en París mi querido comisario?

—Fue una alegría verlo el sábado pasado, Herr Heidenreich, como volver a los años del viejo Madrid. Le agradezco mucho que encontrara tiempo para recibirme.

—Pero me he informado de que está usted enfermo. Eine Grippe?

—Estoy curado, Herr Heidenreich, muchísimas gracias. Ya no hay gripe. Su llamada ha terminado de curarme.

—¿Y sus nuevas amistades en la ciudad? Ah, mein lieber Kommissar, sé que no pierde el tiempo. En París todo se sabe. ¡Ya recibe a señoras en su hotel! ¡Mi querido comisario! No cambia usted. No necesita nada más de nosotros, ¿verdad?

—Le reitero mi agradecimiento, Herr Heidenreich, pero, ya ve, me las arreglo. Solo espero mis papeles para volver a España. Parece que los están imprimiendo en Prusia Oriental. Nunca llegan.

—Ah, ¡usted no cambiará nunca! ¡Prusia Oriental! Preguntaré en la estafeta de correos de Königsberg —dijo Heidenreich, y su carcajada a través del teléfono pareció menos un signo de hilaridad que un calambre, la respuesta espasmódica a una descarga eléctrica.

Tenía dudas Polo. ¿Seguían a la señora Dolz a pesar de todas las precauciones de las que se rodeaba? Heidenreich conocía la existencia de su visita al Barbicane. ¿Lo habían seguido a él cuando procuraba repetir los pasos de la señora Horst o Dolz hasta su casa? No quería creerlo y, camino de la calle, miró con un respeto nuevo al conserje, a la telefonista y al botones del hotel: componían una escuadra de soplones ejemplar. Se imaginaba a la Sicherheitspolizei, la SiPo, indagando quién era esa Frau Horst que iba a buscar al comisario Polo: la curiosidad amistosa pero insaciable de Herr Heidenreich, su pasión chismográfica, bastaba para promover una investigación.

Polo salió del Barbicane a las diez y media. ¿Llevaba a alguien detrás? No había mucha gente en la calle, no era difícil controlar lo que tenía alrededor. Fue a ver la cartelera de boxeo en la Sala Wagram, como si los nombres de los boxeadores fueran a decirle algo sobre Bohle por el simple

hecho de que algún pugilista quizá había conocido a Bohle, se dio cuenta de que ya no lo llamaba Corpi cuando pensaba en él. Bohle no me interesa, busco a Palma, le había dicho la señora Dolz en la cama, fumando. Polo pensaba en Bohle, en Corpi, en Dolz, se perdía por las calles laterales de la avenue Wagram y, sin quererlo, se vio en el boulevard Pereire, en el metro. Acabó en la gare SaintLazare, en rue de l'Isly, pidiendo a eso de las doce un Gin & Dubonnet en el Bar-Tabac Hugo, por si todavía se presentaba Palma. No había nadie en el Hugo.

Se había citado con Alodia Dolz a las tres en rue de Naples, casi en la desembocadura de rue de Constantinople, a la altura de una sombrerería que se veía de lejos: un sombrero de gigante anunciaba en la fachada el negocio. Si no se complicaban las cosas, allí y a esa hora aparecería la señora Dolz. Tenía que ser puntual: pararse delante de un escaparate más de un minuto resultaba sospechoso en aquel tiempo. Pero, después de la llamada de Heidenreich, Polo no estaba seguro de la conveniencia de acudir a la cita. ¿Lo había llamado Heidenreich, en nombre de la vieja amistad, para avisarle de que lo vigilaban?

Dolz le había pedido que la acompañara a lo que podía ser el refugio de Matthias Bohle (Polo quería verlo con sus propios ojos), y Dolz, una experta, no se habría atrevido a tanto si hubiera sentido algún peligro en el aire. Según Dolz, de acuerdo con lo observado dos veces, Nicole Dermit saldría de rue Watt pasadas las cuatro (se habría escapado del ABC después de cantar en la función de las tres, ni se quitaba el maquillaje) y en rue de la Croix-Jarry se sumergiría en un pasadizo que, por lo que Dolz imaginaba, daba al fondo de una vieja fábrica de gaseosas y sifones en manifiesto estado de abandono. A eso de las siete y media volvería a aparecer a la entrada del pasadizo: la segunda función del ABC empezaba a las ocho.

¿Le decía la cantante a Decomble que dedicaba las horas perdidas a perfeccionar la técnica vocal o pianística bajo la vigilancia del perro guardián convertido en chófer faldero? ¿Estaba Decomble al tanto de la relación íntima de Nicole Dermit con un Matti Bohle vivo, y la misión del perro guardián consistía en proteger los encuentros de los dos enamorados más que en proteger los pasos de la cantante? El hombre de Decomble nunca salía del Juvaquatre: vigilaba la entrada al pasadizo desde la esquina de rue Watt, a unos treinta metros de distancia.



En el Bar-Tabac Hugo, como si no pasara el tiempo, Polo miró otra vez la hora en el reloj sujeto al cuello de la botella: un espadachín levantaba su copa en la etiqueta del armañac Henry A. Sempé. Y el comisario levantó su vaso, brindó con el espadachín, bebió, pagó y se despidió del camarero amigable, que hasta se había alegrado de que volviera su nuevo cliente.

En cuanto vio el Renault Juvaquatre negro parado con las puertas abiertas a tres metros del Hugo, intentó volver a meterse en el Bar-Tabac y, a cambio, recibió un golpe seco en la espalda que, a pesar del abrigo y del traje, iba a dejarle una moradura. Polo pensó en el cañón de una pistola, una Walther P38, si no se equivocaba, es decir, si no había perdido sensibilidad en los últimos días. ¿Cómo no se había dado cuenta de que lo estaban siguiendo desde que salió del Hôtel Barbicane? Ya tengo más de sesenta años, pensó.

—Bougez pas, monsieur.

Le ordenaban con mucha consideración que no se moviera y al mismo tiempo lo empujaban hacia delante, hacia el coche. ¿Querían aplicarle la ley de fugas? Eran dos hombres, uno le clavaba a cada paso la pistola en la espalda, otro lo agarraba por el brazo derecho.

—Vous vous croyez au cinéma, ou quoi? —dijo Polo con la cara torcida, intentando ver al de la pistola, que no debía de ser un hombre bajo por la altura a la que el cañón chocaba contra la columna vertebral o el riñón derecho. Vio el ala de un sombrero.

—Allez. Et fermez votre gueule si vous ne voulez pas que je vous la fende en deux.

—C'est la bonne formule, le remède infaillible. Les flics le savent bien — lo animó el que aún no había sacado el arma.

—Y a rien d'infaillible en ce monde —lo rebatió su camarada.

Polo asumió que aquello no era el cine y no se arriesgó a que le partieran la boca, remedio infalible para quitar las ganas de soltar tonterías, aunque no haya nada infalible en el mundo, conclusión con la que Polo estaba de acuerdo. Obedeció: no volvió a despegar los labios. Aunque hablaran de partirle la boca, sus secuestradores decían lo que decían en un tono médico, profesional, como si hablaran de cortar una pierna, y conocían con quién trataban: Polo era un flic, un policía, un partebocas, un colega al fin y al cabo. Se acomodó en el asiento de atrás del Juvaquatre, entre sus dos compañeros

de viaje. ¿Los conocía de haber coincidido otro día en el Bar-Tabac Hugo? Le resultaba familiar lo poco que veía de la cara del chófer, que no había considerado interesante echarle un ojo al viajero forzado: como si estudiara una radiografía, se concentraba en un microglóbulo de aire, una imperfección del cristal del parabrisas. Ni siquiera se asomaba al espejo retrovisor. No quiere ver lo que pasa en el asiento de atrás, pensó Polo. Quién sabe las cosas que habrá visto ese hombre en este coche. El coche arrancó.

Cuando Polo examinó de reojo a sus compañeros de asiento, primero al de la izquierda y luego al de la derecha, los encontró con la mirada al frente, impasibles. Si de vez en cuando no tragarán saliva, podrían pasar por las estatuas de cera de dos gánsters gestapistas. No decían una palabra. No tenían nada importante que decir y no abrían la boca, una demostración de sensatez, así lo consideró Polo. ¿Cómo no se había dado cuenta de que lo seguían? Y entonces lo entendió: el camarero del Hugo, un hombre amable con todo el mundo, les había avisado de que el pájaro estaba en el nido.

Entraban en el boulevard Raspail cuando Polo miró la hora en el reloj del individuo que, sentado a su derecha, en ese momento se tomaba el pulso y contemplaba el horizonte como un estadista en una foto oficial. Eran más de la una de la tarde. ¿Por qué no estoy ya en Granada?, pensó Polo, y se acordó de Alodia Dolz: ella controlaba el papeleo de la Oficina Española, Viladeu lo había dicho. De acuerdo con Palma, empeñado en encontrar un oro que no estaba en ninguna parte, Dolz no le había tramitado los salvoconductos necesarios, y ahora evitaba que se fuera para que la ayudara a encontrar a Palma, o eso especulaba Polo.

Estaba decidido: aunque fuera contra su voluntad, no acudiría esa tarde a la cita con la señora Dolz.

## VIII. EL BOMBARDEO

### 41

Pasaron el boulevard Kellermann, llegaron a rue de l'Interne Loeb y, a la vista de los vagones de mercancías condenados al desguace, Polo se preguntó si en la factoría fantasma de Monsieur Decomble lo recibiría el patrón o lo conducirían directamente para hacerlo pedazos a la nave donde funcionaba la sierra industrial. En el patio seguían las dos camionetas Peugeot DK5J y el Delahaye 135. En uno de los dos Renault Juvaquatre que faltaban iba Polo, que situó el otro Renault no muy lejos de allí, por rue des Cinq Diamants o rue Watt. La luz eléctrica seguía encendida en la segunda planta de la nave principal. Cuando el coche de Polo apagó el motor, se acercaron tres de los caballeros a los que Polo había conocido en su primera visita a la factoría Decomble. Miraban a través de los cristales del Juvaquatre como esos curiosos que espían a las puertas de los juzgados las salidas y entradas de los detenidos. Del Juvaquatre no se bajaba nadie. Ni siquiera abrían una ventanilla.

Uno de los caballeros se volvió hacia la nave, hacia la ventana iluminada y velada por una cortina. ¿Esperaba una señal? Tardó en recibirla poco menos de quince minutos. La atmósfera del coche era irrespirable, respiración humana y humo respirado sin quitarse el sombrero, y cuando Polo estiró las piernas, más largas de lo que el Juvaquatre admitía, y aspiró aire más limpio, se mareó, el mundo se inclinó como un avión y tuvo la sensación de perder el equilibrio, de caerse. Lo sujetó por un brazo el pistolero hipocondriaco que se tomaba el pulso en el coche. No era amabilidad. No se trataba de que lo

hubiera visto tambalearse: empujaba a Polo al despacho de Monsieur Decomble, a la cámara del Interrogatorio Reforzado (la *verschärfte Vernehmung*, por decirlo en alemán), o directamente a los dientes de la sierra industrial cortametales.

Ese día estaba más solo y más viejo el hombre que dominaba el mundo desde su silla giratoria. No se había quitado Monsieur Decomble el chaleco del traje gris sobre la chaqueta de un pijama de seda. El pelo seguía creciendo pobre, gris, escaso y rizado, y el humo seguía saliendo del ascua del cigarro y de la boca del señor Decomble. La gran cabeza con gafas casi invisibles y el torso potente del fumador no habían perdido poder intimidatorio, ni las manos, pero el papel de fumar y el paquete de picadura de tabaco sin marca, el pantano de ceniza y colillas del cenicero, los dos teléfonos, la caja fuerte, los archivadores, la mesa auxiliar con la máquina de escribir encapuchada y la silla vacía en la que ya no se sentaba el mayordomo-médico ahora guardián de Nicole Dermit, todo, la conciencia de que la cantante no aparecería en bata para ofrecerle a Monsieur Decomble café y aspirinas, todo le dio a Polo una sensación de desamparo o decadencia incipiente, empezando por una vieja caja de zapatos marca Delta-Libertas llena de albaranes amarillos, rosa y celestes, lo único nuevo ese día sobre el escritorio de Decomble.

—¿Usted bien, Monsieur le commissaire?

—C'est n'est pas agréable...

—En español, s'il vous plaît. He vivido en Tánger, en Larache, en Tetuán. Yo comprendo su español, commissaire, no su francés.

Decomble se esforzaría otra vez en hablar español para otra vez permitirse no entender, no llegar a expresarse con exactitud, no llegar a decir lo que quisiera decir, pensó Polo: no encuentra las palabras, ni siquiera las tiene, o las que tiene dicen lo que no quería decir, y tiene que decir más, que tampoco era lo que quería decir, vous savez, todo tiene alrededor mucho humo y mucho ruido.

—No es agradable que a la salida de un bar lo tiren a uno à main armée a una piscina helada a primeros de abril —dijo Polo.

—Pero, señor mío, eso ha sido petit à petit, un poco y un poco, ¿no es así? Usted ha ido metiendo el pie, la jambe... ¿Cómo es en votre langue?

—La pierna.

—Voilà, la jambe. Et l'estomac. Et la tête et...

—Et je me suis noyé.

—¡No! No se ha ahogado, pas encore —lo corrigió Monsieur Decomble—. ¿Usted ha encontrado su oro? A mí el oro no interesa, señor le commissaire. Lo mío son los muebles viejos, el papel y el cartón, el metal viejo, je suis ferrailleur, chatarrero, chiffonnier, trapero, ¿no? Yo trabajo el aluminio, el cobre, el plomo, le nickel... L'étain?

—El estaño.

—Lo estaño, oui, le mercure, l'amiante et le zinc. Tout ce que brille n'est pas or. Buscan oro y lo convierten en cosas viejas, pinturas, esculturas, libros polvorientos, esas cosas, merde et merde. Yo busco cosas viejas y las convierto en oro. Usted entiende a mí. Vienen los americanos. Compro casas viejas. Se caen por aquí, se caen por allí, c'est mon quartier, la Maison-Blanche, jusqu'à quai de la Gare, yo voy a hacer rascacielos americanos. ¿No? Vienen les américains, están en el aire, brrrrrrr. ¿Usted escucha? Écoutez, écoutez. Ce sont les Américains qui vont gagner la guerre. Tout le monde le dit. Les Boches, oui, les Allemands, ils sont foutus, foutus, ¿jodidos?

—Jodidos —confirmó Polo, que de repente tuvo una iluminación casi sin salir de la zona de la Maison-Blanche y arriesgó—. Usted ha tenido en su barrio, su quartier, una fábrica de sifones y bebidas gaseosas, boissons gazeuses. Palma m'a dit.

—¿Lo ha dicho Palma? C'est vrai. Pero no fábrica: un entrepôt, un almacén viejo con máquinas viejas, vacío de buenas cosas. ¿Ruina, se dice? Palma. Eso es que yo quería hablar con usted. Palma. ¿Usted ha visto Palma? Él quiere oro. Él trabaja para mí ahora, y él desaparece. Où est-il?

—No lo sé.

—Je vais tâcher de vous expliquer. Yo os explico. Yo soy contento con lo que es mío, no busco más. Pero yo no soporto que me trichen, que me trompen, que me dupen, ¿cómo se dice?, que me engañen y me engañen y me engañen, y se puede mentir sin abrir la boca. Klotz, usted conoce Klotz, le pianiste de Nicole, no llega a New York, yo sé, no cogió el barco, no es arribado a Lisboa, yo le di sus papeles, él iba a hacer musique de Hollywood. Entonces, ¿qué? Yo prometí Klotz iba en Amérique. Klotz hace esto y esto, lo que yo mando, y va a la América. Pero no va. No l'Amérique por Klotz. No Hollywood. Y entonces gente desconfía. S'il n'y a pas de la confidence

en Decomble, il y a une méfiance. No hay confianza en mí: c'est comme un doigt pointé sur moi, un dedo que me...

—Que le apunta, Monsieur Decomble.

—Je suis pas content. Yo veo. Los seres humanos ven la luz de una... Una bougie?

—¿Una bujía, una vela?

—Una vela a veintisiete kilómetros de distancia, yo veo hasta Lisboa, hasta l'Amérique...

—¿Ha visto usted a Bernard?

—Il m'a déçu. Él me ha...

—Decepcionado.

—C'est ça. Vous me comprenez, commissaire. Et Monsieur Bohle m'a aussi déçu. ¿Qué es Bohle? ¿Suizo? ¿Italiano? ¿Español? À la première occasion, il vous emmerde. No entienda mal, mon commissaire. Les espagnols no son malos siempre, pueden ser peores. ¿No es verdadero? Matti et Bernie: on dirait qu'ils cherchaient les emmerdements.

—Fui a ver a Bernard el domingo —dijo Polo.

—Dimanche? Et en quoi ça me concerne? J'en sais rien. No sé nada. Rien. Nada. Rien d'un nommé Bernard. Él no existe. Yo solo quiero saber dónde es Palma. ¿Usted sabe? Il travaille pour moi. Palma dice: Vuelvo viernes. No viene vendredi. No viene samedi. No viene dimanche. No viene. Je m'inquiète. Vous comprenez. Usted me dice dónde es Palma y usted se va.

—¿Usted no sabe dónde está Palma?

—Non, mon commissaire.

—Moi non plus.

—¿Usted tampoco? —dijo Decomble, y se movió en su silla giratoria, viéndolo todo sin mover la cabeza ni los ojos. Quizá usaba la silla giratoria como tranquilizante, para mover el fluido que llena los canales del oído interno y marearse y obnubilarse un poco—. Je crois que Palma vous aime beaucoup.

—No veo a Palma desde el viernes —dijo Polo—. Depuis vendredi.

—Moi non plus. Él dice que viene viernes, y no viene.

—Y el domingo usted va a ver a Bernard —dijo Polo.

—¿Dónde es Bernard? Yo no veo Bernard. Yo lo he dicho a usted. Il

n'existe plus, Bernard, pour moi.

Decomble debía parte del éxito en los negocios a una sólida reputación como cumplidor de todos sus compromisos, en primer lugar de los que adquiriría consigo mismo, lo que lo convertía en un individuo especialmente vengativo. Abrió un cajón de su mesa de contable.

—Je me suis cassé un ongle —dijo, y se miró la uña que acababa de romperse. Metió la mano en el cajón, sacó un lápiz de carpintero y escribió en un papel dos números de teléfono—. Para usted, Monsieur le commissaire. Si usted sabe hoy o mañana dónde es notre ami commun, Palma, laissez-moi savoir. Usted me dice.

—Bien sûr.

Decomble pulsó uno de los timbres que tenía en la mesa.

—Puede irse, señor. Se le lleva a su hotel.

El sábado 3 de abril Polo todavía esperaba la aparición de la señora Dolz. El acuerdo era que si, por circunstancias indeseables, uno de los dos no acudía a la cita del viernes en rue de Naples, Dolz buscaría a Polo. Pero la señora Dolz no se dejó ver, y Polo volvió el sábado al BarTabac Hugo no porque hubiera olvidado que el barman era un soplón pagado por Monsieur Decomble, sino porque lo recordaba: quería estar en todo momento a disposición de Decomble por si había noticias de Palma, y el Hugo incluso tenía teléfono. En el hotel y en las proximidades del hotel se sentía incómodo, observado, aunque no supiera con qué interés se le vigilaba. ¿Trabajaba o colaboraba con Decomble en ese momento?

En el bolsillo llevaba los teléfonos del chatarrero. El conocimiento de esos números lo convertía en miembro de una comunidad muy selecta: el papel donde estaban escritos los números de teléfono era como el carnet de un club que solo admitía al escalafón superior de la industria bélica y criminal, de todas las policías y todas las milicias y todas las corporaciones, desde los alemanes a los infiltrados de los angloamericanos y los bolcheviques, de la Milice française a la Résistance, de los conservadores de museos y los coleccionistas de arte y los bibliófilos al arzobispado de París y los propietarios de vertederos de basura. Polo se sintió parte de aquella aristocracia.

Los ojos del camarero se abrieron como se enciende una linterna: veían a

aquel cliente de dos metros de altura, al que daban por definitivamente desaparecido, resucitar de entre los muertos, ileso después de estrellarse a más de cien kilómetros por hora contra una pared, sin ni siquiera un arañazo en la cara. Y el camarero trató al extranjero con una reverencia nueva: con veneración puso hielo y echó ginebra en el vaso mezclador, añadió con unción la dosis exigua de Dubonnet, removió y retiró el hielo. Polo consideraba que en el Hugo también lo encontraría, si lo necesitaba, la señora Dolz, una experta en rastrear los movimientos ajenos. Bebió dos tragos. Meditó: si era verdad que Bohle estaba vivo, Monsieur Decomble sería el primer interesado en saberlo, si no sabía ya que Bohle no era el presunto suicida de la gare d'Austerlitz.

Bebió más. Pidió otro Gin & Dubonnet. Cerró los ojos. ¿Qué pasa? ¿No ves nada? El fondo negro. Mira bien. Se ven cosas. Manchas. Luces. ¿De dónde vienen? ¿De la presión que el párpado cerrado ejerce sobre el globo ocular? La presión de los últimos acontecimientos le hacía ver lo que no había visto antes. Lo iluminaba el sacramento del Gin & Dubonnet. En algo tenía razón Palma: Bohle le había hecho trampa a Decomble, le había ocultado operaciones, lo había engañado y estafado, o como diría el propio Decomble, lo había trichado, trompado y dupado, triché, trompé, dupé, algo intolerable. Que se acostara con su amante o su protegida o lo que fuera Nicole Dermit para Monsieur Decomble, a Monsieur le daba lo mismo: toda Francia parecía considerar a Nicole Dermit amante de Decomble y novia de Bohle, y era difícil que a Decomble no le hubiera llegado lo que se decía en todas partes cuando en todas partes tenía ojos y oídos. Polo no sabía si en el affaire Dermit el amante traicionaba al novio o el novio al amante.

El domingo 4 de abril de 1943, a las diez de la mañana, el comisario Polo todavía esperaba la aparición de Alodia Dolz. El día se presentaba primaveral, de una suavidad y un azul espléndidos, lo decía *Le Matin* y no era mentira. La temperatura subía. Reabría el hipódromo de Longchamp, el más bello hipódromo del mundo: qué ocasión de salir de la ciudad y del metro, y respirar aire puro y ver las flores en la hierba y los olmos verdes de hojas nuevas, y disfrutar de la sombra de los castaños. Polo obedeció las consignas dominicales de *Le Matin* y se dirigió al hipódromo. No hay espectáculo más apasionante que una carrera de caballos bien disputada, muchas veces más



bella y apasionante que el quinto acto de un drama, decía *Le Matin*. Polo no sabía si era verdad.

Dispuesto a coger un metro que lo acercara a Longchamp, optó por la dirección contraria: la línea OrléansAusterlitz. Había pensado ir hacia el oeste y se vio camino del este, hacia rue Watt y los muelles de la estación. La personalidad es inestable, y uno se descubre haciendo cosas que no pensaba. Y ya estaba allí, en lo que quizá fuera el nuevo reino de Bohle, donde asesinaron a Asensio, o eso decía el atestado policial. Después de más de cuarenta años de servicio, el comisario Polo sabía que toda certeza obtenida de oídas no es certeza.

Repitió el trayecto habitual del Renault Juvaquatre de Nicole Dermit y su guardaespaldas: llegó por rue du Chevaleret a rue Watt, enrejada por arriba como si, bajo las vías del tren, fuera parte de una construcción penitenciaria. Por encima de Polo pasó un interminable tren de mercancías con un ruido infernal y todo tembló. Aunque Polo se había parado, aún oía pisadas. Alguien cruzaba los puentes ferroviarios. Filtrado a través de las rejas, las vías y las vigas, el sol convertía la rue Watt en una red de sombras. Aquella calle tenía algo de cárcel, pero también de iglesia. Era idónea para un atraco. Una baranda metálica bordeaba las aceras, convertidas en pasillos, un metro largo por encima de la calzada, y los pasillos, como los ascensores, pueden ser peligrosos: solo están presentes el atacante y la víctima. A Asensio uno le cortó el paso en la acera, lo obligó a pararse y, por detrás, otro se acercó y le dio un navajazo en la nuca.

Como Nicole Dermit, Polo salió de rue Watt por el lado del río, por rue de la Croix-Jarry, una calle que parecía la prolongación de una fábrica seis o siete meses después de la bancarrota. Vio el cartel carcomido de Boissons Gazeuses La Source: un sifón del tamaño de una puerta en el que se apoyaba una alpinista rubia. Se asomó a un pasadizo que, curvando hacia la derecha, se metía en lo hondo de una nave industrial ruinosa. Escondarse en un inmueble propiedad de Decomble, el sitio donde menos lo buscarían, un cobertizo propiedad de su perseguidor, era muy propio de Corpi, o de Bohle, como quisiera llamarse en ese momento, y puede que se llamara así de verdad.

Polo decidió comer en el restaurante de la Gestapo de rue Saint-Georges adonde, recién llegado a París, lo había llevado Palma. No fue porque

esperara que Palma se presentara en su restaurante preferido, sino por recordar a Palma, porque pensaba que no volvería a verlo.

Acababa de comer, estaba ya fuera del restaurante, en la puerta, cuando sonaron, casi al unísono, la alarma aérea y el fuego de artillería, las explosiones. Hacia el Bois de Boulogne, al oeste, y hacia el sur, en la orilla izquierda del río, el cielo se llenó de humo. Y se terminó. Los aviones se habían ido. Entre la alarma y el bombardeo transcurrió un minuto. No hubo tiempo de espantarse y correr a los refugios. Revolucionarios cazas nocturnos se habían construido para acabar con los ataques aéreos de madrugada, o eso decía *Le Matin*, Polo lo había leído, pero los cuatrimotores bombardeaban a mediodía.

No funcionaba el metro, y Polo empezó a recorrer a paso rápido los cuatro kilómetros que, según sus cálculos, separaban rue Saint-Georges de la plaza Stuart-Merrill. ¿Habían caído bombas en el hipódromo de Longchamp? Los prados de Longchamp, los lagos, el hipódromo y el velódromo, los palacios requisados y transformados en oficinas alemanas: eso veía Polo mientras, bajo nubes de humo, respiraba la calma de la ciudad sin motores, sin gasolina, medio deshabitada, los encantos de la Ocupación y la derrota. Iba a ver a Alodia Dolz.

Entró por la puerta principal de la casa de place StuartMerrill y se dirigió directamente a la garita de la portera. Enseñó la placa de la Dirección General de Seguridad que lo identificaba como comisario del Cuerpo Superior de Policía. A la portera, fiel a un cosmopolitismo policial aprendido en su trato con milicias, brigadas especiales y policías francesas y alemanas, no le extrañó aquella nueva insignia extranjera que superaba en materia, colorido y protuberancia a las credenciales de papel de los gestapistas. Aquella insignia española tenía la prestancia de un loro. Madame Dolz?, preguntó el comisario. Prenez l'ascenseur, monsieur. Última planta, la puerta que sube a las habitaciones de servicio. Habitación número siete. Madame la concierge lo guiaba al cuartucho de Madame Dolz con aires de haber conocido tiempos mejores a lo largo de sus más de cincuenta años de vida, y con cara de estar confirmando en ese mismo instante todas sus sospechas criminales sobre la mujer de negro a la que llamaba l'Aragonaise. Miraba al techo de vez en cuando, como si esperara la caída de otra bomba.

Polo llamó a la puerta, pero l'Aragonaise no abrió. No abría, pero no dejaba de moverse, hacía ruido, no disimulaba que estaba dentro, no quería abrir.

—Señora Dolz, soy Polo.

La puerta se entreabrió con la cadena de seguridad echada y el humo del Naja le dio a Polo en la cara. Dolz lo miraba sin decir una palabra. Estaba en bata, un batín brillante rojo con un jersey rosa debajo. El ascua del cigarro que tenía en la boca apuntaba a Polo, lo mantenía a distancia.

—Han bombardeado —dijo Polo.

—¿Ha venido a decírmelo?

—¿Puedo entrar?

—¿Qué quiere, comisario?

—Buscar a Palma, encontrar a Bohle.

La señora Dolz quitó la cadena y expulsó una bocanada de humo, como si le doliera algo. Estaba blanca, tenía el pelo de punta, sulfúreo, más sulfúreo que hacía tres días.

—¿Puedo sentarme? —dijo Polo, y se quitó el sombrero.

Un gesto de la mano que sostenía el cigarro señaló hacia la única silla de la habitación, casi pegada a la cama ese día y ocupada por el cenicero, que parecía no acabar de llenarse nunca, y un vaso con coñac. Polo dejó el sombrero encima de la cama, cogió el cenicero y el vaso y los puso en la mesa.

—Quite el sombrero de ahí, trae mala suerte —dijo Alodia Dolz y, en cuanto Polo retiró el sombrero, se sentó en la cama, cruzó las piernas y fumó, el codo apoyado en el muslo, el cigarro siempre cerca de los labios, como tapándose parte de la cara. Debajo del batín de boxeador llevaba unos pantalones de pijama de hombre verdes. El blanco de la cara era casi de cuarzo. Las colillas del cenicero no tenían pintura de labios.

—Vuelva a ponerse el pelo negro, pínteselo con lo que sea. Vaya el lunes a la Oficina Española y arrégleme mis papeles. Quiero irme. No tengo papeles ni billetes porque usted no ha querido. Supongo que su amigo Palma me quería buscando un oro que no existe y usted ahora me tiene buscando a Palma.

—¿Qué pasó el viernes? —respondió Dolz.

—Consígame papeles y hablamos de lo que usted quiera, señora.

—¿Por qué no habla con Viladeu? —La señora Dolz encendió otro Naja y se bebió el coñac que le quedaba en el vaso—. ¿Puede ponerme un poco más? Hay otro vaso en la mesa. Yo le doy el miércoles sus papeles y sus billetes para que se vaya ese mismo día por la noche, y usted viene conmigo esta noche a hablar con Bohle. Me debe quince mil dólares.

—¿Le debo quince mil dólares?

—Es lo que cualquiera pagaría ahora mismo por unos papeles falsos, pero los suyos serán auténticos. Bohle me debe quince mil dólares y sabe, estoy segura, dónde está Palma. Podría decirle que los dólares no me importan, que solo me importa Palma, pero sería mentira. Yo también quiero irme de aquí. ¿Me pone el coñac?

—Usted no había visto a Bohle por casualidad cuando fue a decírmelo al hotel. Usted solo quería llevarme con usted a donde ya sabía que se escondía Bohle.

—¿Qué más da? No me creí que el muerto de la estación de Austerlitz fuera Bohle. Nadie compra papeles falsos por quince mil dólares para matarse: no hay que presentar la documentación antes de tirarse al tren. —Se levantó, se sirvió coñac, llenó para Polo medio vaso, lo dejó sobre la mesa y Polo no lo cogió—. Puede irse. Tendrá sus billetes el miércoles. No me debe nada.

Entonces Polo cogió el vaso, se bebió el coñac como quien cierra un trato y se echó más.

—Según Palma, Bernard y la gente de Decomble habían tirado a Bohle al tren —dijo.

—En algo acertaba, ¿no? Es un imbécil, pero no es tonto. Hubo un muerto. Alguien se cayó al tren.

—¿Klotz?

—¿El pianista? —preguntó la señora Dolz.

—El señor Decomble me mandó el viernes una invitación a punta de pistola para que fuera a verlo. Me dijo que Klotz no había llegado nunca a Lisboa ni mucho menos a Hollywood. ¿Me entiende?

—¿Le cuento lo que está usted pensando, comisario? A mí se me acaba de ocurrir. Bohle ha estafado a Decomble y Decomble le encarga al socio de Bohle, a Bernard, que se deshaga de Bohle. Una prueba de fidelidad al jefe.

El certificado de que Bernard no trampeaba con Bohle. Y entonces los dos socios, Bohle y Bernard, Bernard y Bohle, tiran al tren al pianista de Nicole Dermit para cerrar una noche de fiesta compartida por los cuatro, Bohle, Bernard, Dermit y Klotz, que celebraba su viaje a América, y le meten en los bolsillos la pistola y la documentación de Matthias Bohle. Bernard también está muerto ya, me lo dijo usted. Quedan Bohle y Dermit.

—El muerto de la gare d’Austerlitz llevaba, por lo que sé, el abrigo de Bohle.

—Bohle era muy generoso con los amigos. Les regalaba ropa a los más bajos, a los de su talla. Y ya sabe cómo son las fiestas. La gente se intercambia cualquier cosa.

—Hablando de intercambios, Decomble me sugirió que él había pagado el viaje del pianista a América.

—¿A cambio de qué? —preguntó la señora Dolz, y se contestó a sí misma—: Supongo que a cambio de que Klotz ayudara a Bernard a matar a Bohle. Klotz no ha llegado a América y Decomble empieza a pensar en la posibilidad de que Bohle y Bernard se deshicieran del pianista. O, por lo menos, eso es lo que usted se figura y quizá sea verdad.

—Usted tiene recursos. ¿Por qué no ha ido sola a cobrarle a Bohle?

La señora Dolz se echó a reír. Estaba un poco borracha, o le faltaba medio coñac para estarlo, coñac que se sirvió inmediatamente. Le temblaban los labios cuando se encendió otro Naja. El cenicero mágico seguía llenándose.

—Pensé que a usted le gustaría preguntarle a su viejo amigo italiano por esos cuatro kilos de oro con los que sueña Palma.

—¿Por qué me lleva con usted a ver a Bohle? —insistió Polo.

—Hay dos motivos. Bohle puede tener compañía. Atrae a la gente, la conquista, les gusta a las mujeres y a los hombres, es lo que usted piensa, ¿no? A usted le gustaba su amigo italiano, el del oro, me lo cuenta todo Palma, y Palma vio la foto, el italiano y el comisario. ¿Por qué quiero que venga usted conmigo a ver a Bohle? Le digo el segundo motivo: más difícil es matar a alguien en presencia de un testigo, y matar a una sola persona es más fácil que matar a dos, a usted y a mí. Y si usted conoce a Bohle, Bohle lo conocerá a usted, digo yo, y algo le contará cuando lo vea aparecer. Se entretendrá un momento con su amigo el comisario antes de matarme. Lo que no entiendo es por qué no me ha matado ya. Si es la mitad de listo de lo que

yo imagino, ahora mismo sabe que creo que está vivo y que lo estoy buscando.

## 42

Nicole Dermit llegaba al ABC pocos minutos antes de las siete y media para cantar en la función de las ocho. Y pocos minutos después un Citroën 11 policial se acercaba a Polo en rue de Monceau, en la confluencia entre avenue de Friedland y boulevard Haussmann. Era la señora Dolz, que acudía a una cita acordada tres horas antes. Se había comprometido a buscar un coche y lo había encontrado. Llevaba un traje gris-pardo lenguado muy próximo a los colores de rue Watt y rue de la Croix-Jarry, y se cubría con un pañuelo color plomo. Parecía una provinciana que iba a París a ver a un notario. Polo, vestido siempre de gris marengo, subió al Citroën. Entre los dos asientos delanteros había un bolso gris de ante. Polo lo sopesó con el pretexto de moverlo hacia Dolz y vio el interior sin necesidad de sus ojos de rayos X: Alodia Dolz llevaba pistola, una Star, pronosticó Polo, un recuerdo de sus guerras en Madrid, un kilo de peso.

Dejaron el coche en rue du Chevaleret. Era casi de noche, y en rue Watt, por encima de sus cabezas, algún ferroviario recorría las vías con una linterna y proyectaba en el suelo y las paredes luces movedizas que añadían oscuridad y dejaban más oscuridad a su paso. En rue de la Croix-Jarry tomaron el pasadizo que utilizaba Nicole Dermit para entrar en la antigua fábrica de gaseosas Boissons Gazeuses La Source, y acabaron ante una persiana metálica, como la de un garaje, cerrada. En los últimos cincuenta metros se les había hecho de noche. Polo golpeó con la palma de la mano la persiana metálica. Signore Corpi, sono Polo, gritó una vez, dos veces, como si esperara que el sonido de la lengua materna hiciera más hospitalario a Corpi, si el italiano era la lengua materna de Bohle. ¡Corpi! ¡Corpi!, llamó. El bolso gris se volvía negro. La señora Dolz tenía la mano izquierda dentro del bolso, que colgaba del antebrazo derecho. Dolz era zurda, aunque Polo solo la hubiera visto usar la mano derecha cuando tomaba notas taquigráficas.

Salieron del pasadizo para entrar, a unos quince metros de distancia, en

otro pasadizo parecido, el acceso al inmueble colindante. Una escalerilla compuesta de barras de hierro empotradas en el muro como los tiradores de un cajón subía a la azotea. Polo y Dolz saltaron a la techumbre de la fábrica de gaseosas La Source. El depósito de agua tapaba dos ventanas, y la señora Dolz forzó una: usaba como herramienta el cañón y la culata de la Star, que devolvió inmediatamente a su escondite. Aprovechaba la ruina, los cristales rotos, las maderas viejas. Se vieron en un cuarto con el techo muy bajo: Polo casi tenía que doblarse, la señora Dolz inclinaba la cabeza. Encendió una linterna que sostuvo con la mano de la que colgaba el bolso, no solo llevaba pistola, y aparecieron cajas de botellas vacías, dos bombonas de dióxido de carbono, sifones sobre una mesa de ping-pong verde, sombras en la pared: humanoides sin cabeza o con cabezas picudas de pájaros. La poca luz potenciaba los ruidos: se oía roer a los bichos. Algo goteaba en algún sitio.

Y entonces se encendió la luz, se abrió la puerta. Era Corpi, o Bohle, con una pistola en la mano, apuntándoles. Había demostrado un extraordinario talento para desaparecer, pero dominaba también el gesto de presentarse al público.

—Saca la mano del bolso, Alodia, y apaga la linterna. Me duelen los ojos. Benvenuto, commissario. Avanti, sono molto felice di rivederla.

Polo no se alegraba de ver a aquel Corpi, a quien hubiera preferido inexistente ya. El nuevo Corpi llevaba una camisa parda y un traje marrón que recordaba los uniformes de los reclutas o los presos. Cuando se apartó de la puerta para dejarlos entrar en lo que ahora parecía su casa, Polo lo miró a los ojos: conservaba la mirada azul de hacía tres años, pero tenía una mancha de sangre en el blanco del ojo derecho, entre las cuatro y las cinco si el iris fuera una esfera de reloj. Y cuando los siguió, apuntándoles siempre, escalera abajo, obligándolos a parar peldaño a peldaño, el oído de Polo creyó percibir que il bello Paolo, l'ingegnere Corpi, en su estado actual arrastraba un poco la pierna izquierda. Por fin, en la planta baja, el comisario y la funcionaria de la Oficina Española pudieron ponerse derechos frente a tres bombonas de dióxido de carbono, una embotelladora de sifones, mangueras, una máquina semejante a un buzo con escafandra, tubos, poleas y gasómetros. Una bombilla protegida por una jaula de tela metálica amarilleaba el marrón de café torrefacto de aquel cobertizo dedicado en otro tiempo a la elaboración y embotellamiento de bebidas carbónicas.

—Caro commissario, Lei è venuto a Parigi soltanto per trovarmi? —dijo Corpi, ahora apoyado en la manivela de la máquina-buzo.

—Sono venuto soltanto per farmi restituire la mia pistola, ma vedo che a Lei serve, ingegnere.

Esperaba que la vieja Ruby solo le sirviera al italiano para apuntarles, no para matarlos. Los pantalones de Corpi databan de una época en la que su dueño había sido más alto y habían perdido la raya. Il bello Paolo tenía pinta de que no le sobraban los amigos en ese momento, una circunstancia semejante a la de ser pobre: te da un aire sospechoso, como si el solitario y el pobre no pudieran disfrutar del privilegio de ser honrados.

—Mi piaceva di più prima, caro commissario —dijo Corpi, adivinándole el pensamiento al comisario, al que también le gustaba él menos que antes.

—Grazie per la sua sincerità, ma preferirei parlare in spagnolo, por respeto al público. —Y señaló hacia la señora Dolz.

—Sí, señor, me gustaba usted más antes, en su Gran Granada.

Ahora hablaba desde un sillón giratorio en el que quizá, en otro tiempo, se había sentado Monsieur Decomble. Tenía cerca, a su derecha, una mesa de cocina o de oficina, quién sabe, sobre la que se había producido una reunión rara: un guante de goma, un martillo, dos paquetes de tabaco Raleigh, un encendedor de plata que quizá llevara las iniciales GP, una pastilla de jabón y una jabonera o una polvera que hacía las veces de cenicero. De la pared, a su espalda, colgaban facturas pinchadas en un aro de alambre, como si l'ingegnere Corpi se dedicara en esa época de su vida a administrar una empresa inexistente que esperaba saldar cuentas alguna vez con otras empresas que tampoco existían. Se había achicado. Era más bajo de lo que había sido. Pero el don de encantar al prójimo, frío y como burlándose un poco de sí mismo y de los demás, lo conservaba intacto, resplandeciente. Polo vio un parecido entre Decomble y Corpi, dos individuos bendecidos por los dioses, de esos que provocan en quienes los tratan un deseo de servirlos y complacerlos.

—Ya ve dónde me ve. Hubiera preferido irme. Pero... ¿Le digo la verdad? No tengo amigos que me ofrezcan su casa. ¿Qué quiere?

—¿Dónde está Klotz? —dijo Polo.

—¿Afinando el piano?

—¿Con Asensio, que en paz descansa?



—En Hollywood, en Hollywood, sí. Dense la vuelta y vayan hacia la salida. Nos vamos.

Esperando, se le había hecho tarde, tarde para todo. Iba a pegarles un tiro, Polo lo vio como si ya hubiera pasado.

—¿Dónde está Palma? —dijo entonces la señora Dolz.

—¡Alodia Dolz! ¿Vienes a cobrarle a un muerto tus auténticos papeles falsos expedidos por la embajada de España en Vichy? ¡Una artista! ¿No has recibido tus quince mil dólares? ¿No te los llevó Bernie? ¡Todos estamos esperando hoy día diez o quince mil dólares! ¡Irnos! Ya me ves dónde me ves. Coge todos los dólares que encuentres, todas las libras, todos los marcos, déjame los francos, es lo único que tengo. Criaturas inteligentes pueden malograrse por la estupidez de sus superiores, ¿dónde lo he oído? Es lo que te ha pasado a ti, Alo. Estás fea con esa capa de plomo que te has puesto en la cabeza y ese traje...

—¿Y el oro de su amigo Salas, ingegnere? —preguntó Polo, menos por curiosidad que por alargar la reunión. No le apetecía que se acabara todo de un tiro.

—¿Quiere alargar la reunión, caro commissario? È un piacere. Sono contento di rivederla! Y a ti también me alegro de verte, Alo. Estoy muy contento de tenerlos aquí. Y...

—¿Y el oro de Salas?

—El oro. ¿Dónde está el oro? ¿Suiza, Luxemburgo, Liechtenstein? El oro era mío. Me lo dio su dueña, la mujer de Salas, Isabel. Era de Isabel y mío, per così dire. No se lo podía vender a los alemanes: me lo hubieran requisado y ahora lo estarían usando para comprar la mercancía que les vendía el propietario del oro, yo, yo mismo, Matti Bohle, si le parece. Me lo dio Isabel, era nuestro seguro de vida casi eterna, y luego me dejó tirado, Isabel, doña Isabel Meyer de Salas, yo preparé... ¿La fuga, se dice? Todo lo pagué, billetes, documentación, salvoconductos, para mí y para la signora Isabel, nada falso, nada del laboratorio secreto de la señora Dolz, todo salido directamente, pagado y bien pagado, del Ministerio de la Gobernación y de la embajada de Italia en Madrid, todo para nada y todo verdad, lo juro. Dense la vuelta, péguense a...

—¿Me permite una pregunta más? Usted siempre ha escuchado y...

—Es la última. —Corpi no dejaba de rascarse la cabeza.

—Usted mató a Asensio, ¿verdad? Asensio sabía que usted no era el muerto de la estación de Austerlitz y cuando oyó hablar del oro quiso chantajearlo, supongo, a través de Bernard. Citaron a Asensio en rue Watt, Bernard le salió al encuentro y usted lo mató por la espalda. ¿Usó el cuchillo con el que remataba a los jabalíes cuando salía a cazar con su amigo Salas?

—¿Está seguro de todo lo que dice? —dijo Corpi, que dejó de rascarse la cabeza y levantó unos centímetros la pistola.

—No.

—Siga, siga fabulando. Si disparas un cartucho de perdigones contra un zorzal, muchos perdigones se pierden en el aire, pero algunos dan en el blanco. Siga. ¿Puede decirme por qué no maté también a nuestra querida señora Dolz? No es una imbecille magistrale e totale, nadie compra papeles falsos para tirarse al tren. ¿Sabías que estaba vivo, Alo?

—No te estaba buscando a ti, Matti —dijo Alodia Dolz, que pisó en ese momento algo que rechinó como el diente de leche de un gato—. ¿Dónde está Palma?

—Se fue lejos de mí, está llegando a Hollywood. Con Klotz el pianista. Hollywood? È il primo nome che mi viene in mente se lo immagino lontano —canturreó Matti Bohle en italiano y siguió cantando en español—. Hollywood... Es el primer nombre que me viene a la mente cuando me lo imagino lejos, lejos...

Dejó de cantar en seco.

—Saca la mano del bolso, los dedos bien extendidos, Alo.

—¿Vas a pegarme un tiro?

—¿Lo dices por la pistola? No, no, no. La llevo para protegerte. Te apunto: te protejo, te convengo de que te calles por fin. Saca la mano, despacio, piano...

Alodia Dolz disparó una vez a través de la piel del bolso, y Bohle salió despedido hacia atrás sin levantarse de la silla: cara volada, borrada. La señora Dolz se había entretenido en ahuecar la punta de la bala con un punzón. El proyectil se aplastó al entrar en la carne y romper el hueso, se abrió, ensanchó la herida. Y Corpi, o Bohle, se quedó definitivamente sin cara ni nombre después de haber tenido más de uno.

—No me llamo Alo —dijo entonces la señora Dolz.

Lo leyó en *Le Matin* cuando, unos minutos antes de las siete y media de la mañana del lunes 5 de abril, volvió a la habitación 21 del Hôtel Barbicane: Un nuevo crimen de los asesinos angloamericanos. Ayer a las 14.15 sus escuadrillas lanzaron una avalancha de bombas sobre las afueras de París. 250 toneladas de bombas desde 400 metros de altura. Centenares de muertos y heridos, innumerables viviendas destruidas. Los agresores perdieron siete cuatrimotores y un gran número de cazas. Una bomba reventó la estación de metro de Pont de Sèvres. La reapertura de Longchamp, el hipódromo más bello del mundo, fue sangrienta. El sol brillaba, el césped estaba verde, se respiraba alegría en el aire. Los parisinos paseaban por los Champs-Élysées bajo los verdes castaños. Alguien había oído una alarma, pero no le dio crédito. Y entonces se produjo un fenómeno asombroso: los vélo-taxis ya no se dirigían al hipódromo, sino que volvían. El hipódromo había sido bombardeado. Por primera vez caían bombas en el recinto de París. Toda la tarde estuvo oyéndose el ruido de las taladradoras y los perforadores automáticos de los bomberos buscando restos entre los escombros. Vi a una conserje que buscaba un pie, contaba el periodista. La carrera se retrasó una hora en Longchamp. Los caballos Tornado y Arcot se repartieron 500.000 francos.

A las ocho y veinte sonó el teléfono en la habitación. Era Heidenreich, escandalizado por las terribles novedades, el nuevo crimen de los terroristas aéreos. El tono viró de repente, como cuando se mueve una nube y todo se ilumina. ¿Acaba de llegar al hotel, mein lieber Kommissar? Sí, Polo recurrió a la voz con que se cuenta un secreto que quizá sea una broma. Se había encontrado con una vieja amiga del París de 1941. No cambia usted, mi querido Polo, dijo Heidenreich. El marido estaba presente, aclaró Polo, y pensaba en el joven explorador polar de la foto, junto a la radio Telefunken de la señora Dolz. Polo había esperado en casa de su amiga, por prudencia, la hora a la que acababa ese día el camuflaje de luces, las seis y cincuenta y ocho de la mañana, explicó. Es usted bien acogido en París, dijo Heidenreich, que llamaba al comisario para que los acompañara, a él y a Frau Heidenreich, en la comida del domingo 11 de abril. Polo agradeció con calor la invitación: estaría encantado de volver a ver a Frau Heidenreich, muy honrado de

sentarse a su mesa. Y sintió que le caía encima una sombra: se le iba a retener en París una semana más, hasta el domingo por lo menos. ¿Para qué? La señora Dolz le había prometido que podría irse el miércoles o, como muy tarde, el jueves. Y entonces pasaron el lunes y el martes, y no apareció la señora Dolz.

El miércoles 7 de abril, a las nueve de la mañana, decidió ir al apartamento de Alodia Dolz y, si era necesario, a la Oficina Española en busca de sus papeles para salir de París. Todos los enigmas estaban solucionados, aunque el comisario sabía que la idea que se había hecho de los últimos acontecimientos, desde el suicidio de Matthias Bohle en la gare d'Austerlitz hasta la muerte de Asensio en rue Watt y de Paolo Corpi en una fábrica abandonada de rue de la Croix-Jarry, no difería en lo sustancial de la forma que le atribuimos a una mancha en la pared, que siempre tiene algo de arbitrario: según pasan las horas, el mismo individuo ve distintas cosas en la misma mancha, y la silueta de un camello de pronto se convierte en una catedral con dos torres.

Le llevaría, eso sí, una buena noticia al industrial tabacalero-azucarero Salas: no había oro. Guardar el oro en la caja fuerte se arreglaba entregándole el oro al Estado y, a lo sumo, perdiéndolo y cumpliendo algún año de cárcel. Pero sacar el oro al extranjero constituía un delito de traición, y el oro de los Salas-Meyer había acabado en Suiza, Luxemburgo o Liechtenstein, quién sabe, y eso no era interpretable como una mancha en la pared. No haría en ningún momento referencia al supuesto idilio entre l'ingegnere Paolo Corpi y doña Isabel Meyer de Salas, que antes de dar el decisivo paso fatídico parecía haber aceptado que en la España nacional el matrimonio era tan indisoluble como la misma España.

Aunque el oro perteneciera a la herencia oculta de su esposa, a Salas, que administraba esa herencia, le iba a ser difícil demostrar que no se había asociado con el italiano Paolo Corpi para exportar cuatro kilos de oro. El comisario se sabía de memoria el decreto número 36, de 14 de agosto de 1936, de la Junta de Defensa Nacional: los que sacaban oro de España pasaban el trámite de un juicio sumarísimo del que se conocía la sentencia sin necesidad de que se reuniera el tribunal. Si el oro hubiera aparecido en París, el señor Salas habría tenido la oportunidad de saber qué se siente ante un

pelotón de ejecución. Polo iba camino de la puerta del Hôtel Barbicane cuando lo paró el conserje. Tenía una llamada telefónica.

Era Viladeu. La señora Dolz había vuelto el martes muy desmejorada, pelada, blanca y delgada como un papel. Quizá estén hoy sus documentos y sus billetes de tren, comisario, yo mismo se los llevaría si así fuera, dijo Viladeu, e inmediatamente se disculpó: él no podría llevárselos, pero aprovechaba la llamada para despedirse y transmitirle el agradecimiento del Consulado General y de la Oficina Española por los servicios prestados. Esa mañana tenía una obligación ineludible: asistir a las diez a los funerales por los 338 muertos del bombardeo.

Polo dejó el abrigo y el sombrero en la percha del vestíbulo del Barbicane, pidió, si era posible, un café y una botella de agua de Seltz, y dedicó la mañana a leer los periódicos, oír la radio y beber agua y el sucedáneo que le sirvieron. Transmitían ráfagas sobre el funeral en la place de la Mairie. Avisaron de que ese día cerraban los teatros, los cines y toda clase de espectáculos. No habría música ni orquestas en los restaurantes y los cafés. El Restaurante de la Cascade, en el Bois de Boulogne, ya no existía, ni el viejo molino de Longchamp, ni la clínica de Boulogne-Billancourt.

El cielo estaba cubierto de nubes que se reflejaban en los sables de la guardia a caballo. Cordones de policías custodiaban la tribuna de las personalidades: la Maréchale Pétain, de luto, los ministros de Finanzas y Agricultura, Cathala y Bonnafous, el embajador de Francia para los territorios ocupados, el prefecto del Sena, el Cuerpo Diplomático en pleno, las autoridades de Ocupación con el general Schaumburg, Kommandant del Gran París, a la cabeza y escoltadas por cuatro suboficiales portadores de coronas con los colores del Reich. ¿A través de qué cristales manchados estaría viéndolo todo Viladeu? Polo pidió más agua, miró el reloj de pared: eran más de las doce. La señora Dolz no llegaba. En la radio sonaba la música de los Gardiens de la Paix.

A las diez de la mañana Monseñor Suhard, cardenal arzobispo de París, había ocupado el trono episcopal a la izquierda del altar de campaña, dijo la radio pasadas las doce y media. El coro de Notre-Dame entonó el Requiem Aeternam. Cuando el príncipe de la Iglesia se dirigía a la tribuna para tomar la palabra, empezó a llover. Resonó en la radio la voz sagrada de Monseñor: Terrible, espantoso contraste entre la belleza del domingo de primavera y el

huracán de hierro que de repente aniquilaba todo lo que tocaba. Han sembrado la muerte en nuestras gentes pacíficas. El *Dies Irae* se elevó cuando el cardenal-arzobispo volvía a su trono, dijo el locutor, y el sol nimbó de un resplandor vivo el emblema nacional en la fachada del Ayuntamiento, cubierta de telas negras. La banda tocó «Aux champs». La señora Dolz apareció en el vestíbulo del Barbicane. Se reanudó la misa cantada. Polo dejó el periódico que tenía en la mano y se levantó.

Dolz vestía otra vez de negro riguroso. Un peluquero le había tintado el pelo de un negro corvino y la había peinado, como pudo, con raya a la derecha, fijador y brillantina. Se había pintado los labios de un color pálido, casi incoloro. La señora Dolz daba miedo, más que la señora Horst. Le tendió la mano al comisario.

—¿Quiere tomar algo, señora?

—No, gracias. Me voy ya.

Pero se sentó, y Polo la imitó.

—Sus papeles. Su tren sale esta noche. —La señora Dolz había puesto un sobre encima de la mesa antes de encender un Naja.

Polo no abrió el sobre, no lo tocó.

—Se lo agradezco, señora Dolz. ¿Son falsos?

—Si no fueran auténticos, me debería quince mil dólares. Y soy yo la agradecida.

—Voy a quitar la radio —dijo Polo.

—No, déjela. Ya me voy.

—He estado pensando. Siento haberle hablado del oro a su amigo Palma.

—Me figuro que habrá estado pensando y habrá pensado lo mismo que yo —dijo Dolz—. Pero a Palma lo mató Bohle por mi culpa. Yo había estado siguiendo a Dermitt en el Citroën que usaba Palma. Bohle sabía por Bernard que Palma buscaba el oro, y creyó que quien iba en el coche era Palma. Se sintió amenazado. Lo mató como mató a Asensio.

—A usted no la mató. —La banda de los Gardiens de la Paix tocaba en la radio una marcha fúnebre.

—Yo arreglo papeles —dijo Dolz—. Podía necesitarme en algún momento, para la cantante, para Nicole Dermitt, por ejemplo.

—El lunes estaba cantando en el ABC, lo he leído en *Le Matin*: voz rara y

profunda, dice la crítica. ¿Puedo hacerle una última pregunta, señora? Si quiere irse, ¿por qué no se va? Algún dinero debe tener si ha estado vendiendo documentación.

—¿Quién ha dicho que he vendido documentación? ¿Bohle? ¿Un asesino? ¿Qué quiere? ¿Detenerme, o comprarme papeles falsos por si algún día le hacen falta?

Quizá por si la señora deseaba algo, un camarero se había dejado ver con el gesto que ponemos mientras somos testigos de una conversación telefónica en un idioma del que no entendemos ni una palabra.

—Nunca se sabe en estos tiempos, comisario. —Sonaron en la radio las últimas notas de la marcha fúnebre—. Ya ve, yo tengo papeles a nombre de tres personas distintas, como la Santísima Trinidad.

—Sí —dijo Polo—, tres personas distintas y una única Dolz verdadera.

La señora Dolz aplastó el Naja en el cenicero. Guardó en el bolso el tabaco, dejó encima del sobre cerrado una carterilla de fósforos como si fuera un pisapapeles, se puso de pie y le tendió la mano al comisario, que se levantó.

—Ha sido un placer estar con usted, señor comisario. Buen viaje —dijo, y se fue.

El comisario se sentó, cogió los fósforos: una carterilla roja con el perfil en negro de Victor Hugo y la leyenda Bar-Tabac Hugo Cocktails Rue de l'Isly. ¿Le confesaba la señora Dolz que había seguido cada uno de sus pasos en París? Polo llamó al camarero y le pidió un Albert Robin doble. Miraba la colilla del Naja en el cenicero, la ceniza, el lápiz de labios rosa en lo que quedaba del cigarro. Olía a Tabaco.

# NOTAS

<sup>1</sup> Han descubierto que la fuente de la juventud / es una mezcla de gin y vermut.

<sup>2</sup> Si hay dos, hay un traidor. ¿Por qué cree que he elegido la soledad? (*Risas*)... El comercio con los hombres es muy peligroso.

<sup>3</sup> Nosotros, unos pocos, los pocos felices, una banda de hermanos.